LAS PARTERAS DE URAMA GRANDE

OMAR EDUARDO ROJAS BOLAÑOS

LAS PARTERAS DE URAMA GRANDE

Las parteras de Urama Grande
Primera edición, Lima, enero del 2018
© Omar Eduardo Rojas Bolaños, 2018
e-mail: socialomar25@gmail.com

Ilustrador: Luis Tomas La Madrid
Diseño de cubierta: Juan Carlos Manrique Pérez
Corrección de estilo: Álvaro Meneses Mena – Fray Eugenio Torres, O.P.
Investigación: Ángela María Duarte Higuita – Itayosara Rojas Herrera – Sirey Zabeth Rojas

Editado por Saxo.com Peru S.A.C.
https://yopublico.saxo.com/
Calle Dos de Mayo 534. Of. 304, Miraflores
Lima – Perú

Impreso en enero de 2018 por:
Aleph Impresiones S.R.L.
Jr. Risso 580, Lince - Lima
Tiraje: 100 ejemplares
ISBN: 978-612-4279-43-0
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú con N° 2018-00541
El presente texto es de única responsabilidad del autor. Queda prohibida su total o parcial reproducción por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica extractada o modificada, en castellano o en cualquier idioma, sin autorización expresa del autor.

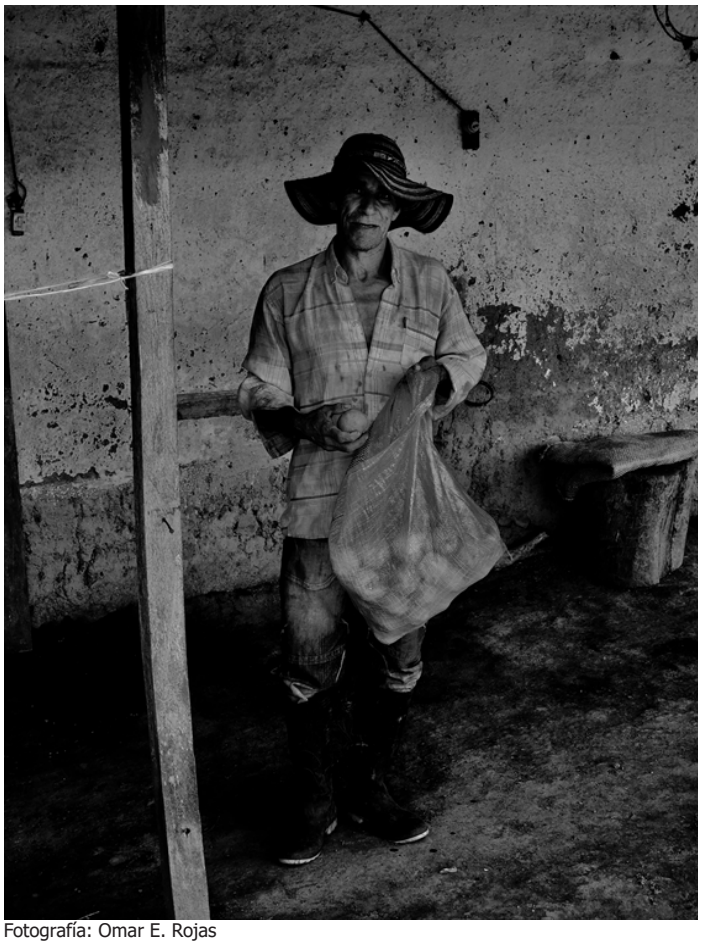
A Itayosara y Sirey Zabeth, mujeres de fuego;
A Ángela y Luz Dary, mujeres del viento;
A Magnory, Clara y Lidia, mujeres de tierra;
A Andrea, Natalia, Paola y Cindy, mujeres de agua;
A Rosa Elena, mujer de fuego, viento, tierra y agua;
A las madres que inevitablemente parieron sus hijos para la guerra.

Después de todo, en efecto, la persona a quien uno se dirige siempre tiene la posibilidad de no hacer oídos a lo que se le dice. Puede [sentirse] ofendida, puede rechazarlo y, en definitiva, puede castigar o vengarse de quien le ha dicho la verdad

Foucault

TABLA DE CONTENIDO

Cara Cortada 13
Cuando los muertos logran hablar 29
A puertas de un pueblo fantasma 43
Las parteras de Urama Grande 59
Medio Metro. 75
La vieja casa de Bahareque 85
Las botas de Gilibert 93
Los altos de Cazucá. 105
Ante la diestra de Dios Padre. 115
Justiniano el cura del frac 135
El diario de Ana Frac. 149
El gran amor de las grajillas 157
El coronel sí tiene quien le escriba 171
En este pueblo no ha pasado absolutamente nada 177
El Gran David 193
La vergüenza también hacer delirar 201
En este pueblo no hay memoria 211



Fotografía: Omar E. Rojas

CARA CORTADA

—Sí, yo lo vi, con estos ojos que se los han de comer la tierra—. Afirmaba el hombre de manera categórica.

—Eran pasadas las cuatro de la tarde, como a cinco minutos del casco urbano de Dabeiba, en el paraje del Mohán, precisamente sobre el puente que conduce a San José de Urama, o Urama Grande, como también lo conoce la gente. Como me hice el muerto después que nos asesinaron, de igual manera como se tira un joto nos arroja-

ron al río; y digo que nos asesinaron porque de todos los ocho que nos bajaron de la escalera, a pesar del tiro de gracia, fui el único que salí con vida aquel día. Sólo me queda de recuerdo, además del sobrenombre de *Scarface*, el turupe en el entendimiento y la cremallera que me atraviesa la jeta de más de quince centímetros de largo que me hizo, precisamente, alias Escalera con un machete en la cabeza. La chaguala era tan grande que el cuero cabelludo quedó colgando sobre la cara. Me salve de chiripa, gracias a las oraciones y al hecho de no gritar ni moverme después del último machetazo—.

—No era que fuera muy macho, ni muy hombre en ese entonces, como tampoco lo soy ahora. Lo que pasó es que me quedé tieso como una piedra, pero tieso del susto; hasta alcancé a mearme en los pantalones. La sangre que arrojaba la herida los hizo pensar que me habían asesinado. Estuve de buenas porque en otras ocasiones picaban los cuerpos y luego los tiraban—. No alcanza a terminar la frase cuando realiza su acostumbrado gesto ritual de la manera bizantina. Mientras alza su brazo derecho hasta el centro de la frente, los dedos de la mano, pulgar, índice y medio se juntan por las yemas, entre tanto el anular y el meñique se doblan hacia la palma. Sin perder la posición de los dedos, hace descender la mano hasta la altura de su pecho para luego pasarla al hombro derecho y posteriormente al izquierdo. En el mismo momento de persignarse, su cuerpo trata de inclinarse hacia adelante, en señal de sumisión. Termina el rito dándole un beso a los dedos pulgar e índice.

—Aquel día ningún campesino protestó, ni se defendió, porque no teníamos ni una aguja; la tropa en la terminal se encargó de cerciorarse que ninguno de los que abordamos la escalera estuviéramos armados. Como usted no es de éstos lados, tengo que aclararle que por acá la escalera es la misma chiva, esa que acondicionan sobre el

motor de un camión con colores vivos y los colores de la bandera nacional. Mientras que en la gran ciudad la utilizan para el transporte de turistas, por estas tierras la usan para el transporte de personas, trasteos, abono y de animales. Como tengo buena memoria, a pesar del golpe en el tuste, recuerdo que a la escalera la llamaban el Sagrado Corazón porque en la parte de atrás, al lado donde se encuentra una de las escalerillas para subir a la bodega, tiene pintado bien grande la paloma de la paz, y al otro costado, el Corazón de Jesús—.

—Nos estaban esperando con la "lista del terror" en la mano. Es curioso que en ella nos encontrábamos todos a quienes momentos antes el ejército nos decomisó el mercado, porque en esa época, a finales del noventa y siete, únicamente permitían que se llevara por familia una libra de arroz, una de lenteja, una de sal, un kilo de carne y una caja de sardinas. El caso era que el mercado no se podía pasar de quince mil pesos, de lo contrario el ejército y la policía nos señalaban de guerrilleros, o colaboradores de éstos. Ese fue el pecado y la causa por la cual nos mataron, y todo por querer echar un vistazo a la cabecera municipal de Dabeiba porque divinamente en Urama se podía mercar. No les bastó que les dijera que era para ocho personas durante quince días. En ese tiempo, no podía darme el lujo de estar bajando desde Camparrusia cada quincena, porque lo que producía la tierra no daba para estar gastándolo en transporte—.

—La telefonista de Urama fue la que más llevó del bulto, de pronto por escuchar más de la cuenta. A pesar de gritar que se encontraba preñada, y como estaba en toda la esquina de la banca por el lado que no hay salida, la bajaron jalándola de las greñas, o sea, la sacaron de las mechas, y a las malas. Alcanzó a encomendarle al chino, como de siete años, a la paisana de al lado, de pronto ni la conocía. Quien lo recibió solamente le tapó los ojos y la boca al crío para que no se

delatara. Si los paracos se hubieran dado cuenta lo desnucaban, porque en la guerra eso de dejar familiares con vida es dejar enemigos de por vida; los hijos crecen y con el tiempo piensan en la venganza y cobran las deudas, sea como sea. Así no más la cogieron entre todos y la mataron a golpes. Por respeto a su alma no le puedo detallar todo lo que le hicieron antes de asesinarla. Como chillaba mucho, Escalera que se encontraba muy bien uniformado de militar, después que se sació con su cuerpo delante de todos, además de empalarla, sacó la pistola y le pegó como tres tiros en la cabeza. A los otros ya nos habían asesinado rematándonos con un tiro de gracia. Como quedamos al extremo de la carretera, entre dos o tres cogieron los cuerpos de las manos y de los pies y meciéndonos nos arrojaron al río Páramo, el que en esos días estaba muy caudaloso por ser época de invierno—.

El viejo, antes de continuar con la narración, se tomó todo el tiempo del mundo para tomar un nuevo aliento. La historia de la operadora lo consternó y no lo pudo ocultar. Alzó la cabeza mirando por el pequeño ventanal de madera como intentando escapar de los recuerdos. Mientras su mirada se perdía sobre el horizonte de la ciudad, los rostros de víctimas y victimarios se apoderaron de su cerebro. Después de tantos años fácilmente podría dar detalles minuciosos para que un experto en retratos hablados hiciera su labor. Hasta las risas malévolas de alias Escalera y Medio Beso, quienes eran cortados con la misma tijera y asesinaron a la funcionaria y los campesinos, resonaban repetitivamente en su cabeza. No era la primera vez que la escena se apoderara de sus pensamientos. Durante las largas noches de sus últimos tres años la imagen de la telefonista, de Escalera y sus secuaces, llegaban a su memoria, a pesar de que nunca, con ninguno de ellos, hubiera intercambiado palabra alguna. Los recuerdos de aquel día le provocaron cierto tipo de trance cortándole el don de la

palabra. Luis Eduardo entendió. Si en aquellos momentos lo mirara a los ojos o preguntara sobre los acontecimientos, una efusión de lágrimas hubiera provocado. A pesar que el hombre de las botas de Gilibert consideraba un acto sublime el llanto de los hombres, no deseaba en esos momentos ser la chispa inspiradora de éste.

No fue necesario que el entrevistador rompiera el prolongado silencio. Cuando menos se esperaba, el consultado continuó con el relato el que emprendió con cierto grado de tartamudez.

—…Como en ese tiempo los paras no se atrevían a llegar hasta Urama, la Balsita y Camparrusia por temor a la guerrilla, los que iban en la escalera se encargaron de regar el cuento en toda la población. La cucha y los niños, además de llorar mi muerte como por veinte días, me guardaron luto. Hasta el cura Justiniano, antes de que le pasara lo que le paso, alcanzó a celebrar una misa en la parroquia del pueblo por el alma de los ocho muertos, o sea, bendijo mi alma antes de que me fuera para el otro lado. No se cuánto tiempo duré inconsciente en el río, creo que unos tres o cuatro días, lo cierto es que cuando desperté no veía por ninguno de los ojos, la sangre los tapó; me asusté muchísimo y al lavarme la cara me di cuenta que todavía miraba. Como no era pendejo, porque sabía lo que podía pasar, tenía pleno conocimiento de que no debía pisar el suelo del hospital porque algún sapo me denunciaría, de ahí que decidí irme caminando río abajo hasta Dabeiba donde cogí sentido contrario al río hasta llegar a la población de Uramita, a orillas de la vía principal, donde decidí salir. Estuve de buenas porque un camionero verraco y sin miedo, me escondió en la carga y me trasladó hasta la ciudad donde fui al hospital y me curaron. Al camionero nunca lo volví a ver, pero a él, a María Santísima y a mi Dios les debo la vida—.

—La matazón de ese día sobre el puente de Urama fue el primer mensaje de los paras para los campesinos de la región por encontrarse viviendo en zona guerrillera. Si el puente de Urama contara todos los asesinatos que se cometieron allí nadie lo creería, lo cierto es que en ese mismo sitio alias Escalera recibiría su merecido años después. Escalera fue el terror paramilitar de la región, el encargado de asesinar a sangre fría. Se ubicaba a un costado del puente de Urama, escondido entre los matorrales, y cuando pasaba la chiva salía como hiena al acecho y bajaba de ella a quien creía o señalaba de ser auxiliador de la guerrilla. No sé cuántos campesinos asesinó, pero sí le puedo decir que la guerrilla le madrugó un día llegándole más temprano al puente; nunca los paramilitares se imaginaron que eso pudiera suceder, en toda la nariz de su territorio. Cuando llegó Escalera lo estaban esperando, y delante de los que iban en la chiva lo ultimaron, no sin antes preguntarle a los campesinos si le debían perdonar la vida. El silencio de los paisanos facultó a los guerrilleros para asesinarlo. Los lugareños, quienes en un principio no lo podían creer, salieron más que despavoridos gritando por toda la región lo que presenciaron. Muchos de los campesinos nos alegramos con la muerte de Escalera, lo que es muy malo, pero era más malo dejarlo seguir asesinando gente inocente con la venia y el silencio de las autoridades—.

—Aproximadamente al mes de la masacre del puente se metieron a Urama Grande. Llegaron como en ocho escaleras y unas quince camionetas hasta el colegio que se encuentra a la entrada del pueblo, allí las dejaron bajo la custodia del ejército, luego se embutieron en el pueblo. En ese entonces el rancherío era próspero y habitaban como doscientas personas; en casi todas las cuadras, de las dos únicas que existen, había por lo menos tres negocios. Se daban el lujo de tener hasta dos carnicerías, otro número igual de tiendas de abarro-

tes, una panadería y un negocio de cachivaches. Cuando los paracos de Dabeiba mandaron la orden de cerrar el comercio todo el mundo salió corriendo del pueblo, unos para la Comuna Trece, otros para Dabeiba y sólo dos casas quedaron con personas entre las que encontraba la vivienda de la loca del pueblo. Ni tan loca, porque a pesar de no saber leer ni escribir, no tener presencia, balbucear y tambalear un poco al andar, ha tenido siete partos, de diferentes hombres; todas las criaturas gozan de buena salud no tan tocadas como la vieja. Los hijos, cuando llegan a ser mayores de edad, después de que la madre los criara con muchos sacrificios desconocen a la vieja, de ahí que esta continúe deambulando por el pueblo, de casa en casa, buscando quien le dé de comer. De los padres no se debe preguntar, lo cierto es que se sabe a ciencia cierta que el último hijo es del paraco que la violó el día que se metieron a las malas a la población. Los campesinos que llegaron a la Comuna Trece de Medellín, unos años después, les tocó nuevamente salir corriendo por la Operación Orión; algunos quedaron enterrados y olvidados en la Escombrera sindicados de ser integrantes de la subversión—.

—El primer día que se metieron los paracos a Urama llegaron como ochocientos. Iban armados hasta los dientes; estaban seguros de su victoria gracias al apoyo del ejército. Colocaron francotiradores en el colegio del pueblo apuntando hacia los solares de las casas, luego pasaron por cada una de ellas obligando a las personas a entregar los aparatos telefónicos que un mes antes la Gobernación había entregado a los pobladores. Quemaron los dos kioscos que existían en el pueblo y mataron a tres campesinos que se encontraban de compras, uno por ser auxiliador de la guerrilla. La población se encerró durante dos días, con sus noches, y al tercer día ¡a volar paticos! En esos días la guerrilla no se encontraba por esos lados, se topaba por los lados de Camparrusia, como a una hora de camino

en carro por carretera destapada. De todas maneras, ese día el grupo de paras le perdió el respeto y el miedo a los güerillos, como le dije antes gracias a la protección de la milicia, sin embargo, la guerrilla no iba a darse el lujo de permitirse perder terreno, ni mucho menos asustarse, más cuando Urama es una de las entradas para el Parque Nacional Natural Paramillo, cerca del cual hay grandes extensiones de coca—.

—¿Qué es lo que me pregunta? ¿Qué si denuncié lo que hicieron? ¡Usted está loco! Mire mayor, tal vez porque usted tiene ese uniforme no se da cuenta de la gravedad del asunto, cuando por estos lados se denuncia, además usted es de los mismos, o sea de los que tenían que defender a los débiles y se colocaron al servicio de los fuertes, apoyados por el ejército de paras. De la misma manera como usted puede estar dudando de mi historia, los que reciben las denuncias lo hacen; en estas tierras denunciar es prolongar el dolor y pasarle el problema a los otros familiares. No quiero que me maten nuevamente, me niego a que asesinen a mi familia, así no más. ¿Cómo iba a denunciar si la tropa y la policía, que eran los que supuestamente se encontraban para protegernos, respaldaban a los asesinos no solamente en Dabeiba sino en todo el país? No más mire. Si los pobladores de Dabeiba, que son los que viven en la cabecera municipal, sentían miedo, cómo no lo íbamos a sentir nosotros los que vivíamos propiamente en el campo. Si habla con la gente que vivía en el área urbana le van a contar que los paracos andaban recorriendo las calles en camionetas. Llevaban unos garrotes y con ellos les proporcionaban fuertes golpes en la cabeza a las personas, las dejaban como atontadas, las amarraban al carro y salían como locos arrastrándolos por frente de la estación de policía, ante la cara de policías y soldados, y por encima de todo, delante de las oficinas de la Fiscalía y con la venía del cura; el silencio de este y su complacencia, a pesar

de los gritos de los condenados, ayudó para que ningún parroquiano "cantara". Que mi Dios no me escuche porque pensará que después de que me salvó la vida estoy hablando mal de su representante en la tierra—.

—¿Qué dónde está la denuncia? seguirá preguntándose. ¿Por qué nos piden a los campesinos denunciar, si los que saben leer y escribir, los lustrados, a quienes se les paga con nuestros impuestos, no colocan la denuncia e investigan? En esos años, la autoridad y todos los funcionarios se encontraban al servicio de los paracos, nadie se atrevía a denunciar. Yo que soy ignorante, que sólo aprendí a hacer un garabato como firma, le digo, que de los más de cinco mil asesinatos cometidos en Dabeiba por paracos, güerillos, policías y soldados, no se ha aplicado justicia ni en un muerto, ¿así cómo cree usted que deba profesar que hay justicia en este país? Mayor no dude de mí, tráigame a los que investigan y que delante del pueblo, como debe ser, rindan cuentas frente al número de criminales sentenciado por esos asesinatos—.

—Años después, el gobierno a través del programa de acción social, para lavarse las manos y silenciarnos, compró el dolor y el sufrimiento de los que perdieron a sus seres queridos por la violencia de la región, pero como al final del cuento a mí no me mataron, y como ando escondido para que no acaben con la tarea, a mi vieja y a mis críos no les dieron nada. Además, tampoco me lo va a creer, lo que no lograron los campesinos sanos que perdieron a sus seres amados en esa violencia lo lograron las madres de los paramilitares muertos en esos días. Ni me lo pregunte, pregúnteselo a los que manejan el tal programita ¿cuántos familiares de los paras, de los que asesinaron a los campesinos e indefensos, le cobraron y le cobran al Estado la muerte de sus hijos asesinos? A los campesinos, a las

familias de bien, le negaban esa platica pero a las familias de los paracos, por los favores recibidos, se las dan, así no más. Como le dije antes, sólo me queda la cicatriz, el chichón en la tuste, y el malestar de haber dejado el pedazo de tierra y el rancho. Muchas veces he querido regresar pero tengo miedo, no sé a quién voy a encontrar en el rancho, no sé quién estará recogiendo las pepitas de café que tanto bregué para sembrar—.

Una larga pausa de su inquirido es aprovechada por Luis Eduardo para formularle un nuevo interrogante, el que además de sorprender al viejo Fraternal, lo deja iracundo.

—Mayor, ¿qué es lo que es lo que se encuentra insinuando? Yo no puedo responder por lo que hagan mis hijos, ellos ya son grandes y saben lo que hacen. Si uno roba y el otro mata, no es mi responsabilidad. Yo sólo hice lo que Dios manda desde el púlpito, hacerlos. Se les dio la comida y se les enseñó el camino del bien, hasta ahí no más. Además por el que usted me pregunta, John Mario, ese se lo llevaron los militares a las malas a prestar el servicio militar, si aprendió a ser criminal fue allá, el muchacho cuando se fue era jornalero dedicado a la siembre de café, contrario al mayor quien si se fue para la guerrilla a voluntad durante unos años. Ese con el tiempo se voló del grupo para meterse de soplón en el ejército, eso es lo que decía la gente en ese entonces, yo no sé nada más señor. Nuevamente le digo, de John Mario no sé nada acerca de lo que hacía, tan sólo supe hace como dos meses que se encuentra en la cárcel por unos muertos en Soacha pero no he hablado con él porque no he tenido plata para ir a visitarlo, ¿cómo quiere que se lo diga o se lo haga entender? —

—Mire usted, no me lo está preguntando, pero le voy a contar cosas dolorosas de mi vida que ni al cura Justiniano se las podía contar porque de pronto le llevaba el chisme a un grupo o al otro. A usted

se las digo porque todos dicen que usted es un tombo diferente, que por lo menos escucha. Lo que le voy a contar de pronto le sirve algún día para hacer algo por los campesinos de este país, quienes están jodidos, además de adoloridos. Mi mujer ha tenido trece partos, dos de los críos se murieron antes de nacer, dos han muerto en su ley, dos todavía dan de que hablar pero de lo malo, uno se encuentra de güerillo, dos de paracos, uno es soldado, otro, a pesar de tener cerca de los veinte años, todavía anda bajo las naguas de la mamá sin producir absolutamente nada. Y qué decir de las mujeres, esas siguieron los pasos de la mamá, se encuentran reproduciéndose como conejos—.

—No se me asuste comandante con esta confesión, lo que pasa es que los que no quieren estar toda la vida con el azadón al hombro tienen que tomar otra opción y es la de coger un fusil e irse para uno o para el otro bando. Hoy en día los muchachos del pueblo sólo tienen la oportunidad de escoger entre ser soldado o policía, guerrillero o paramilitar, o delincuente o bobo. Escogen ser asesinos y criminales de un grupo o del otro, escogen conseguir dinero de una forma o de otra. Esto que le digo no es para que los juzgue o me meta a la cárcel por cómplice, simplemente se lo digo porque es así, si piensa lo contrario es porque entonces usted es un señorito que mira los problemas de los campesinos desde el escritorio. Lo invito a andar los campos o los barrios populares, hable con el pueblo, no con los que dicen ser sus representantes—.

***

El viejo Fraternal, antes de tomar el fusil, juró ante la tumba de su primogénito que lo vengaría, por eso se fue para la guerrilla donde únicamente duró dos años. Tiempo después, en el sector de la Sierra, en uno de los barrios de invasión de Medellín, las heridas no lo deja-

ban dormir, pero no eran las heridas producto de los machetazos que le había propinado alias Escalera, sino al tener pleno conocimiento que dos de sus hijos se unieron en Turbo a los paramilitares, que otros dos se los había llevado el ejército a prestar el servicio militar y que otro se encontraba en uno de los combos de la comuna nororiental. Esa tarde, a pesar que las palabras se le atragantaban, entre llanto y llanto, trajo a su memoria los cerca de sesenta años de su vida.

Jamás estuvo tan concentrado frente a un monólogo. Durante tres horas y treinta y cinco minutos escuchó al campesino, casi sin parpadear. Solamente, cuando llevaban dos horas del conversatorio, hizo un alto para cambiarle las pilas a la grabadora, y en un momento realizó rápidamente una o dos preguntas. Frente a los argumentos de aquel, que se autodenominaba analfabeta por no haber pisado un aula de clase, Luis Eduardo no tenía ni idea de cómo refutarle. A pesar que de ante mano construyó un instrumento para realizar una entrevista estructurada indagando acerca del perfil de John Mario, el reclutador, la información del viejo le permitía ampliar su estudio acerca de los homicidios perpetrados por los paramilitares y los guerrilleros durante la última década del siglo veinte y la primera del veintiuno. No tuvo la necesidad de mirar las preguntas ni por un segundo. El interlocutor fue lo más explícito posible en todo lo que sabía.

Al terminar la entrevista, intentaba buscar alguna frase para romper el silencio que se apoderó del lugar. La historia de vida del campesino, que por acción de los violentos se encontraba desplazado en el sector denominado la Sierra del Valle de Aburrá, lo dejaba sin palabras. Ni un gracias, por haberle permitido la entrevista, pudo ofrecerle. Simplemente trató de tomar apresuradamente, del pocillo desportillado, algunas bocanadas del agua que le ofrecieron al mo-

mento de llegar a la casucha. Los ojos del paisano, quien no pasaba de los cincuenta años de edad pero que aparentaba los setenta, se encontraban enrojecidos producto del llanto silencioso que lo acompañó mientras hablaba, intentaba secarse las lágrimas con la manga derecha de la camisa. Luis Eduardo, frente al envejecimiento prematuro de Fraternal reflexiona que era consecuencia de las condiciones de discriminación, vulnerabilidad y violencia en la que se encontraban los pobladores del campo en su país.

Al intentar incorporarse, el hombre de las botas media caña tambaleó, no pudo dar ni un paso, su cuerpo estaba completamente dormido, lo que no pasaba con sus pensamientos, estos intentaban buscar algún tipo de explicación acerca de lo acababa de escuchar. Bruscamente, para no caer de bruces, tuvo que apoyar sus dos manos sobre la vieja mesa de madera lo que produjo un fuerte sonido sobresaltando al perro de la vivienda. Sus piernas estaban completamente dormidas. A fin de ayudar al cuerpo a volver a la normalidad, realizó algunos ejercicios de calentamiento muscular comenzando por los dedos de los pies. Le llevó algunos segundos, inclusive minutos, para que el cuerpo volviera a la normalidad. Cuando estuvo completamente erguido, nuevamente recuperó el don de la palabra.

—Fraternal, no se qué decirle por lo que me acaba de relatar. Además me pide que haga algo por usted y por los campesinos de la región. Tan sólo soy un servidor público que busco hacer mis labores lo mejor posible, dependo de lo que me ordenen mis superiores.

—Mayor, usted es diferente de los otros comandantes, de los que se venden, de los que atropellan al pobre por tener un uniforme, un arma y las leyes a su favor. Usted, como ser humano, como servidor público honesto, tiene mucho que hacer por la comunidad. Su

obligación no es para con los que compran el poder con su dinero, es para con el pueblo, usted mismo al comienzo de la conversación me contó que sus viejos eran campesinos. Le relaté todo para que la historia sangrienta no se vuelva a repetir, ni en Dabeiba como en ninguna otra parte del país. La historia se la presenté sin tapujos, sin pelos en la lengua como dirían mis viejos, sin aumentarle a las cosas, todo lo contrario, fui simple para no sobresaltarlo. Usted no se limita a escuchar las quejas dándole solamente un golpecito en la espalda a las personas para que se calmen, para que se tranquilicen, a sabiendas que las cosas no van a cambiar. Mayor después de lo que escuchó no se quede sin hacer algo, no sé qué, pero hágalo.

—Fraternal, me deja sin palabras. Al igual que usted ¿quién me va a creer que en éste país durante esos diez años se cometieron más de 50.000 homicidios?, los que se contaron ¡claro está! Esas cifras solamente quedaron registradas en algunas revistas de la época. En regiones los muertos ni se contaban por orden de la Presidencia, se los llevaban los ríos, se los comían, o quedaban en fosas comunes en algún paraje de algún pueblo olvidado del país—.

No había terminado la frase cuando el viejo campesino lo interrumpió, aprovechando los argumentos de Luis Eduardo.

—Mayor no sé si me ha creído, por eso le hago una propuesta, verifique la historia en Dabeiba, Urama, Camparrusia y La Balsita, hable con otros campesinos. Anímese, no me dijo que su institución le ordenó investigar, ¿o acaso se encuentra en éste lugar es por su cuenta? Mayor desde que alias Escalera me hizo lo que me hizo, me ha dado miedo regresar al pueblo, pero usted me empuja, me da fuerzas para retornar. Haga algo para que no se repitan las cosas feas que le conté y las que no he contado. Estoy dispuesto a regresar, pero

con usted—. Ante las palabras del campesino Luis Eduardo quedó pasmado.

Si la historia del campesino lo silenció, las últimas palabras, además de asombrarlo, lo colocaban en una encrucijada. El aldeano, sin proponérselo, pronunció las palabras mágicas, aquellas por las que siempre terminaba haciendo lo que a la población beneficiaba y a sus superiores incomodaba. Trajo a la memoria la escena de la última conversación con el inspector quien, además de impartirle instrucciones, le entregó copia del informe *¡Basta ya!: Relatos de guerra y dignidad,* al que reparó como profesional en ciencias sociales, sobre todo en las cifras de homicidios durante los últimos años del conflicto. Le había seguido el rastro, muy detalladamente, año tras año, al fenómeno del homicidio en el país, y consideraba que las cifras presentadas en el informe del último gobierno discrepaba de la realidad por mucho, muchísimo más, de lo que informaba. La invitación para revivir la memoria histórica reciente de una región era todo un reto.

El policía de las botas de media caña, escuetamente se quedó mirando por algunos segundos a Fraternal, y como no lo hacía desde años atrás, una leve sonrisa se reflejó en su rostro. Sin dar una respuesta ya había tomado una decisión.





Fotografía: Ángela M. Duarte

CUANDO LOS MUERTOS LOGRAN HABLAR

—No todos los muertos son iguales. Hay muertos de un peso, hay de dos pesos, de tres pesos o de cuatro pesos. Así como hay muertos que no valen ni una moneda de centavo, hay muertos que valen mil. Hay muertos que movilizan a todo un pueblo mientras son llevados al necrópolis, hay otros que pasan al olvido sin alcanzar a llegar al cementerio. Algunos se recuerdan con una botella whisky, otros con una copa de vino, otros con una de champaña y otros con una botella de cerveza, todo depende, si se quiere perpetuar o se quiere celebrar. Otros muertos logran estremecer hasta el más duro de los hombres poniéndolos a berrear. ¿De cuál de todos quiere que le hable, mayor?

Luis Eduardo quedó pasmado ante la respuesta de su inquirido. Nunca imaginó encontrar este raciocinio en el lugar menos esperado y supuestamente por la persona menos indicada. No lograba comprender si las palabras atrancadas que acababa de escuchar, le permitían construir un análisis frente a la muerte o si estas le producían cierto grado de angustia o de miedo. Hasta alcanzó a pensar que la reflexión se desmeritaba por la imagen de aquel hombre, de cara pálida y cuerpo engibado, quien escasamente cursó hasta segundo de primaria. Su cuestionado era delgado, de estatura media, extremidades inferiores alargadas y con las manos llenas de callosidades. La ausencia de los premolares superiores, como de los incisivos inferiores, generaba, en la persona que se le acercara, más que desagrado, cierto grado de pavor. Vestía un overol azul oscuro, tirando a negro, y las botas ennegrecidas, muy diferentes a las suyas, eran de caucho. Su cuerpo expelía cierto olor entre añejo y tierra lo que fácilmente llevaba a especular sobre su cuidado personal.

Muy seguramente, si le hubiera contestado el saludo de mano, esta se encontraría fría por el gélido que prevalece en los cementerios. De pronto, caviló, el lánguido hombre no le extendió la mano por encontrarse sudoroso y tenerla ocupada con la pala. Aprovechando el silencio de su indagado, por algunos segundos, se limitó a contemplarlo de manera minuciosa recordando que toda la vida la presencia de los sepultureros, en especial los de los pueblos, le provocaba cierto grado de temor, como si ellos fueran responsables de los muertos que llegaban a sepultar. Además se encontraba convencido, hasta ese día, de que los enterradores no hablaban más de la cuenta, y cuando lo hacían, se limitaban únicamente a menear la cabeza, ya fuera para afirmar o para desmentir. Esa característica correspondería al protocolo de servicio que los administradores de los cementerios les exigirían a sus empleados. Al mirar al cavador, estaba seguro de que

el gremio adquiría con el tiempo algunas características físicas y tenebrosas que los identificaba a todos. Especulaba que al momento de reclutar al sepulturero, el encargado seleccionaba a la persona más aterradora del pueblo con el propósito de darle cierto ambiente fúnebre al necrópolis y sus alrededores. Encontraba cierta presunta existencia de complicidad de los regentes con las historias tétricas promocionadas por los clérigos acerca del más allá.

Deseaba apartar la vista lo más rápido posible de aquel hombre tenebroso, sin embargo se quedó asombrado observándolo. Se dio todo el tiempo del mundo con el propósito de arrancarle palabras a su interlocutor alcanzando a puntualizar, de una vez por todas, que el rostro de las personas con el tiempo adquiría particularidades de acuerdo a la profesión que profesaran, y los sepultureros no eran la excepción. Al encontrarse impedido de desviar la mirada, determinó que cierto imán debía tener aquel enterrador y deseaba descubrirlo. El cavador conservaría en su memoria suficiente material para llevar a cabo un proyecto de historias de vida, pensaba. Sería bastante interesante sentarse a departir con los enterradores, mostrarían aspectos de la vida y de la muerte de los otros invitando a escribir un libro. Tiempo atrás había pensado que si algún día lograra entrevistar a uno de ellos no perdería la ocasión para indagarle si la frialdad de los sacramentales se quedaba en el lugar de trabajo o era transportada hasta el seno de sus hogares. Pero en aquellos momentos no se encontraba para esa clase de estudios, a pesar de ello, se las arregló dándose el tiempo necesario para sentarse a conversar con el personaje más medroso del pueblo, no tanto por las historias espantosas que contaba, sino para sacarle la mayor información posible acerca de los cadáveres que ocupaban las sepulturas.

No pudo ubicar al entrevistado en una silla para que estuviera más cómodo y suelto para hablar, siguiendo, al pie de la letra, los

protocolos aprendidos en la universidad para realizar una entrevista. A pesar del pudor se vio obligado, con cierto temor, a sentarse por cerca de dos horas sobre una de las tumbas, nunca lo había hecho. Le hubiera gustado continuar escuchando al interpelado. La caída de la noche y el fuerte aguacero lo obligaron a salir, casi corriendo, de aquel lugar.

Llegó hasta el pueblo siguiendo la pista del sargento que le juró que la milicia recurría a fosas comunes para sepultar cuerpos, pero que a diferencia de las fosas de los paramilitares, estás se encontraban en los cementerios públicos donde los muertos eran soterrados enteros, no desmembrados. El insomnio de la noche anterior lo había llevado a reflexionar, en voz alta, como lo venía haciendo durante los últimos meses, que si los militares siguieran al pie de la letra las prácticas de sus supuestos camaradas, no tendrían como demostrar los resultados de sus operaciones. La milicia, por el perdón de los crímenes no debía por qué preocuparse. Esta se encontraba incluida en los ofrecimientos prometidos. En ceremonias públicas y vistosas, los representantes de Dios, con anterioridad, ya se habían encargado de bendecir las armas con las que formalizaban las ejecuciones extrajudiciales.

El sargento, quien se encontraba en la unidad de protección a testigos, no como funcionario sino como protegido, le proporcionó las coordenadas exactas de la ubicación del necrópolis donde él personalmente había sepultado a diecinueve jóvenes, supuestamente guerrilleros. No le fue difícil llegar hasta el condado. Cada vez que Luis Eduardo realizaba un comentario o una pregunta, el sepulturero con voz ronca soltaba palabras cortas y una leve carcajada al encontrar cierta ingenuidad y desconocimiento de la persona que lo interrogaba. En el momento de pedirle que lo trasladara hasta la fosa común

donde se enterraba a los terroristas que no eran reclamados por los familiares, una fuerte carcajada se escuchó. Hasta las ánimas del purgatorio la escucharon. Tuvo que esperar algunos segundos hasta que el sepulturero se calmó, quien forzosamente le preguntó que a cuál de todas quería que lo llevara. Cerca de treinta fosas comunes se encontraban en el lugar, con aproximadamente cincuenta cadáveres cada una, según la versión de su entrevistado. La información lo impactó. Nunca se imaginó que estas fueran tantas y almacenaran tantos cadáveres. Los que las ocupaban, eran supuestamente jóvenes subversivos entre los dieciséis y los veintisiete años, todos aparentemente sin familia, de acuerdo al cavador. Nadie reclamaba los cuerpos. Tiempo después conocería, por los medios de comunicación, que había llegado al cementerio militar clandestino más grande del país.

En un principio pensó que su interrogado se negaría a que las palabras quedaran grabadas, pero el inquirido aceptó, más aún al ver que la conversación se realizaba con un esfero espía, el que nunca había contemplado. Con la respuesta dedujo, que por la soledad que reinaba en el cementerio, el enterrador hablaba hasta por los codos, de todo un poquito. Además, sin ninguna objeción, le permitió tomar fotografías a cada una de las fosas comunes. Deseaba llevar información precisa para que los fiscales ordenaran la exhumación y las autopsias de los cuerpos. Existía una gran ventaja con la legislación existente, ni familiares ni militares se podían negar a una necropsia forense. —Los muertos también pueden hablar— le recalcó en varias oportunidades el consultado.

Durante toda la tarde inquirió al enterrador quien le manifestó que durante largas semanas, meses y años, ningún residente del pueblo había fallecido, sólo se observaba movimiento dentro del camposan-

to cuando la tropa llegaba con los occisos. Jocosamente le manifestó que en algunas ocasiones había enterrado unos cuerpos hasta dos veces, durante la misma semana.

El enterrador tenía toda la razón. Con el tiempo las necropsias dejaron al descubierto aspectos desconocidos sobre las causas de la muerte de quiénes ocupaban las fosas. Los resultados permitieron que los indiscretos no se cansaran en testificar que los mancos podían disparar y que los cojos caminar. Los cuadripléjicos no requerían ningún dispositivo ortopédico para recorrer las selvas, cargando sobre sus hombros fusiles y sobre sus espaldas equipos militares. En el país del antiguo sagrado corazón se registraban esta clase de milagros, gracias a la labor de la milicia, sobre lo cual ningún sacerdote o periodista se atrevía informar porque figuradamente se presentaban en la integridad de comunistas, cavilaba. Después de la reflexión vino la tristeza. A pesar de no haber conocido personalmente al Gran David, el niño con secuelas neurológicas por la meningitis bacteriana asesinado en un falso positivo, el rostro de éste arribó a su memoria. Se lo imaginaba perdido en su camuflado verde militar, con sus pies nadando en las botas, tratando de dar pequeños pasos por las trochas frondosas de las selvas del Catatumbo. Fue tanta su concentración que en un momento sintió que sus manos eran torpes para cargar el fusil y sus hombros demasiados débiles para llevar el equipo, los mismos elementos militares con que apareció el Gran David, en el magazín amarillista, el día del aparente enfrentamiento con los militares.

Aquella noche se convirtió en la más tormentosa de su vida. Largas figuras descompuestas brotaban de las tumbas del camposanto buscando al osado perturbador. Cuerpos dilatados se prolongaban a lo largo del poblado, dejando al pasar una mancha grisácea, la que

tardaba en desaparecer. Las formas, casi humanas, no emitían ninguna clase de sonido, pero a su paso todo quedaba en penumbras, de ahí que quiénes las observaban quedaran paralizados. Un fuerte frío se apoderó de todo su cuerpo. Las figuras llegaron hasta su lecho; las paredes ni las puertas pudieron detenerlas. Quiso escapar de ellas cobijándose todo el cuerpo, sobre todo la cabeza, pero no lo consiguió. Aquellos seres invadieron la totalidad de su existencia. Comenzó a transpirar heladamente y un nudo en la garganta le imposibilitó gritar. Perdió el don de la palabra.

Desesperadamente trató de sacar la pistola de debajo de la almohada pero no lo consiguió, su cuerpo se encontraba completamente inmovilizado. Algunas figuras se sentaron a su lado, otras levitaban alrededor de la habitación, sobretodo encima de su cuerpo. De repente aquellos seres se transfiguraron en cuerpos de niños, con rostros escuálidos, quienes rompiendo el silencio empezaron a sollozar. Intentó, en varias ocasiones, levantarse de la cama pero alguna fuerza sobrenatural lo aferraba a ella. Al percatarse de su impotencia, se resignó. Se entregó por completo a los espantos sin ningún tipo de resistencia, como nunca lo había hecho ante sus opositores. Debilitado se dedicó a observar cómo, poco a poco, los niños dejaban de sollozar adquiriendo cierta sonrisa melancólica en sus rostros. Trató de tranquilizarse dejando de cavilar cómo se iba a librar de aquellos fantasmas que osaban atormentarlo. Minutos después, cuando todos los fantasmas se transformaron en niños sonrientes, logró incorporarse del lecho. Solamente en ese estado se atrevió a abrir lentamente los ojos. Al momento de lograr contemplar toda la habitación, ya las criaturas y los espantos habían abandonado el lugar.

Después de la pesadilla, por largos minutos permaneció inmóvil, totalmente sentado encima del camastro, con las piernas pegadas al

pectoral y las manos agarrándolas. La cabeza descansaba en medio de las piernas. No se atrevió a pronunciar sonido alguno por temor a descubrir la pérdida del habla. Se imaginó haber mermado la capacidad de razonamiento pero prontamente se percató que una multitud de pensamientos se apoderaba de su existir, lo que era un buen indicador. Comenzó a imaginarse lo que sería un muerto en su cuarto, después lo que serían dos y lo que serían tres. Meditaba que en aquel pequeño cuarto, uno encima del otro no cabrían más de veinte cuerpos y que el hotel donde se hospedaba no tendría la capacidad de alojar ni a una décima parte de los cadáveres en situación de no identificados que se encontraban en las fosas clandestinas. Sus pensamientos lo llevaron a sentir un fuerte escalofrío dejándose apoderar por el miedo, su cuerpo temblaba. Se imaginaba la plaza principal de aquel pueblo lleno de despojos humanos, todos vistiendo uniformes militares, todos buscando con la mirada alguna alma caritativa que les rezara un Padre Nuestro o una Ave María. Sus ojos, enrojecidos, soltaron un mar de lágrimas, su cuerpo se estremeció sintiendo el frío del necrópolis, y su olfato percibió, a pesar de la distancia, el olor de muertos en descomposición. Un fuerte sollozo varonil se escuchó en todo el cuarto el que fue escuchado por todos los huéspedes del hotel. Si tuviera la oportunidad de apreciarse así mismo se encontraría demacrado, con el rostro pálido y el cuerpo completamente sudoroso. Su transpiración humedeció, tanto la piyama como los tendidos de la cama. Las fuerzas lo abandonaron dejándolo sin alientos hasta el punto de no tener fuerzas para continuar con el sollozo.

Tardó un tiempo en evaluar lo sucedido; al momento de hacerlo, a pesar de sus convicciones, dedujo que las ánimas lo transportaron a experimentar cierto tipo de catarsis. Sin embargo no se encontraba lo suficientemente purificado para alcanzar un estado innocuo, tendría que descubrir y denunciar a cada uno de los victimarios aunque tuviera que trasladarse hasta el último rincón del país. A partir de

esa noche, los fantasmas y las criaturas no lo abandonarían, de ahí el insomnio por el resto de su vida.

Le hubiera gustado quedarse más tiempo en la población, pero al detectar de que una patrulla militar no le quitaba los ojos de encima se acobardó. No quería terminar en una de las fosas comunes enseñadas por el sepulturero. Se acercó lo más rápido posible a la estación de policía buscando seguridad, pero el rostro de sus compañeros de armas lo intimidaron. Especuló que los uniformados deducirían que su presencia obedecería a la realización de una investigación sobre el actuar policial; algún pecado esconderían, pero en aquellos momentos no se encontraba para ello, especulaba.

Con el pretexto de buscar un café bien cargado, como le gustaba, abandonó la dependencia dejando la maleta con todo el equipaje para que no fueran a sospechar. Gracias al descuido de un transportador de ganado, logró desertar del pueblo, escondido entre las vacas. A pesar de bañarse cada dos horas, el olor de la mierda del ganado se impregnó a su piel acompañándolo alrededor de siete días. No bastó la loción *Burberry Brit* a la que estaba acostumbrado, el olor seguía aferrado a su cuerpo. Durante ese lapso de tiempo ninguno de sus compañeros y subordinados se atrevió a acercársele, lo que le agradaba porque nadie lo podía hacer desviar de su misión. Las palabras del enterrador le retumbaban en la cabeza, sobretodo lo relacionado con que los muertos también hablaban, por lo que le otorgó toda la razón.

***

Sobre la mesa del comedor, la que gradualmente convirtió en escritorio, biblioteca y armazón para guardar documentos, descargó, con furia, el expediente judicial. El sumario se perdió rápidamente

entre el arrume de documentos el que alcanzaba cerca de los veinte centímetros de altura. Hasta en el suelo se encontraban apilados, muy descuidadamente, legajos acerca de investigaciones relacionados con crímenes militares. Una persona tardaría semanas en descubrir que el documento que acaba de arrojar era de una temática diferente de los almacenados en la habitación. Sólo él lo sabía. El sumario trataba de la sentencia proferida contra Triple Quince por paramilitarismo.

La ira se produjo al evaluar el contenido del acto de la sentencia. No concebía como después de declarar 4.720 hechos delictivos, 37 masacres y 937 homicidios, la Fiscalía solamente le formuló cien cargos los que sirvieron de base para sentenciarlo únicamente a cuarenta y tres años de prisión y el pago de 20.100 salarios mínimos. Lo irrisorio estaba en la condena. El Juez lo halló responsable por el reclutamiento de 417 menores de edad, concierto para delinquir, utilización de uniformes e insignias de uso privativo de las fuerzas militares, homicidio en persona protegida, y secuestro agravado, al comandar el bloque paramilitar que azotó el antiguo territorio de los indígenas Cofán y el viejo pueblo de la Cruz, sobre el océano pacífico.

No lo podía creer. El hombre que alcanzó a tener 2.100 paramilitares en sus filas y que dejó cerca de 15.000 víctimas, entre asesinados y desaparecidos, responsable de cientos de desplazamientos, solamente pagaría ocho años de cárcel, máxima pena promulgada en Justicia y Paz, marco legal de la desmovilización de paramilitares. Como para lavarse las manos, reflexionaba, compulsaron copias para investigar a 1.430 políticos del país y 2.340 militares comprometidos en los delitos declarados, de ahí que tenía pleno conocimiento que la mayoría de investigaciones no producirían ningún

efecto judicial. Los altos jerarcas de la Fuerza Pública, los políticos, los empresarios y los ganaderos comprometidos con nexos con las Autodefensas Campesinas AUC continuarían como perros rabiosos buscando ampliar el fuero militar y modificar, a su acomodo, la justicia penal militar.

Pero su ira no obedecía solamente porque su secuestrador pagaría una pena irrisoria. Cientos de paramilitares, con mayores delitos, pagarían como condena tan sólo 416 semanas de prisión. Para empeorar su estado de ánimo, una semana antes, los medios de comunicación colocaban el grito en el cielo al momento en que un juez condenara a un hombre a ocho años de prisión, sin derecho a excarcelación, por robarse de un supermercado una chocolatina. — ¡Justicia de mierda, justicia de mierda! — gritaba al recorrer los cincuenta metros cuadrados del apartamento donde vivía. Ese día lo convirtió en el día más puteado de su vida. Fue necesario que el portero del edificio lo llamara al citófono para que mermara la voz. Todo los residentes del edificio se enteraron del acontecimiento, pero a nadie le importaba. Ninguno había perdido un ser querido por el accionar paramilitar.

El hombre de las botas de Gilibert, como era conocido en las Fuerzas Armadas, no tenía la virtud de la pudicia, pero se negaba a entrar como cliente a los prostíbulos. Su negación no obedecía porque fuera moralista, ni mucho menos que menospreciara a las meretrices, a quienes admiraba por la capacidad de tener el don de escuchar. De no ser por las cortesanas, el número de suicidios se incrementaría, argumentaba. Su deducción frente a las prostitutas la vivenció ese mismo día. Luego de una larga insistencia de marcar al celular de su psicóloga de cabecera, decidió entrar a un burdel. Siempre había asistido a esos recintos en cumplimiento del deber, de ahí que se sintiera confundido. No se fijó en cuerpos ni caras,

simplemente se sentó junto a la primera mujer que se le atravesó. La mujer trató por todos los medios de seducirlo pero el interés de Luis Eduardo no era el de tener relaciones sexuales, dedicaron toda la tarde a contarse chascos de la vida, ambos rieron con sus anécdotas. Mientras la mujer bebía tragos de champaña él, como si fuera todavía un impúber, se dedicó a ingerir bocanadas de agua. Al terminar la conversa, la prostituta no le quiso recibir dinero, sin embargo Luis Eduardo se las arregló para conocer el número de hijos de la meretriz haciéndoles llegar al día siguiente una muda de ropa para cada uno. A partir de ahí comenzó a apadrinar a los infantes.

En la medida que el tiempo pasaba, y la justicia no se pronunciaba sobre los crímenes militares, le dio el calificativo, a la dama de la justicia, el de la gran puta. No se refería a la grandísima puta de Babilonia, aquella que conoció por los albigenses al realizar un estudio acerca de la fe dogmática cristiana contemporánea. Tampoco quería darle el calificativo a las diosas Isis y Maat, del antiguo Egipto, o a las deidades helénicas Temis y Dice. Se refería a la dama ciega y sorda, colocada, muy vistosamente, en todos los despachos judiciales de su país, la misma que aparentaba tener en su mano derecha la balanza de la verdad y la justicia, y en la izquierda una espada. De pronto, en otras sociedades, la dama de la justicia era símbolo de la imparcialidad, pero en su terruño, esta se vendía al peor de los postores. Tanto a la grandísima puta de Babilonia como a la gran puta de la justicia de su país les cogió fastidio, nunca más volvió a ingresar a un templo, como tampoco a un juzgado. No obstante, al ver el silencio de las Fuerzas Militares frente a los falsos positivos, comenzó a testificar que el mayor cliente de los prostíbulos judiciales eran quienes, aprovechándose de su cargo militar o policial, se dedicaban a perseguir a los indefensos, a los de abajo, a los que aparentemente no tenían nada que perder. Desde ese día tampoco volvió a pisar una guarnición militar.

Para Luis Eduardo no existía nada más nauseabundo que el mirar a un paramilitar pidiendo perdón, pero mucho más a un militar. Todo comenzó el día en que escuchó a un general celebrando, con grandes y bulliciosas carcajadas, el hecho de haber pedido perdón, en la plaza pública, por asesinar a un estudiante. Los oficiales permanecieron toda la tarde, aparentemente humillados, brindando porque la condena no era igual que la acción cometida alegando que la justicia los había ofendido en su orgullo militar. Los que se encontraba en el lugar, o pasaran por frente del recinto, debían celebrar la risotada, de no hacerlo eran reprochados. Luis Eduardo llegó en el momento más inoportuno por lo que fue agraviado. El general, conociendo la postura del hombre de las botas de Gilibert ante ese tipo de situaciones lo invitó a brindar, pero el mayor se negó, aspecto que fue tomado como una gran ofensa por el comandante. El general, ofuscado, mandó a llamar a los tres hombres más grandes de la seguridad del edificio quienes no dudaron en tomar por los hombros a Luis Eduardo obligándolo a beber. Todos festejaron cuando el oficial se vio forzado a beber el licor. Ese fue el trago más amargo bebido en toda su existencia.

Antes de retirarse de aquel festín, sin importarle las consecuencias, expresó públicamente que la salvación del individuo no se encontraba únicamente en confesar los crímenes. Para encontrar el perdón era necesario que los crímenes salieran de la conciencia a la luz pública. Invitó a todos los presentes, hasta al general, a exteriorizar los crímenes enfatizando que más que una decisión personal era la necesidad para que las leyes y los hombres los perdonaran. Las palabras no tuvieron eco, ninguno de los presentes se inmutó, todos siguieron celebrando de igual forma como celebraban cada vez que un enemigo de la política de seguridad democrática era ajusticiado.





Fotografía: Omar E. Rojas

A PUERTAS DE UN PUEBLO FANTASMA

Por primera vez en su vida profesional no iba a investigar el crimen, se encaminaba a perseguir la historia, de ahí su vacilación. La incertidumbre que lo agobiaba residía precisamente en ello. Detrás de todo crimen se escondía un delincuente a quien podía encarcelar, pero detrás de la historia… no lo alcanzaba a precisar. Contaba con la suficiente autoridad para aprehender criminales pero no para cuestionar la historia, reflexionaba. Sólo tenía un punto a su favor: su formación en ciencias sociales y la capacidad de realizar interrogatorios sin que sus entrevistados se percataran, era su mayor fortaleza. Como agente del orden había logrado capturar a cientos de delincuentes dejándolos en custodia porque ellos le confesaban la verdad, o al menos le daban elementos que le permitía descubrirla,

pero ¿qué hacer con la historia cuando esta acomodaba la realidad social y política de acuerdo a los intereses de las clases gobernantes? se cuestionaba desde que tenía uso de razón.

No existía en su país tribunal alguno que osara juzgar la historia y mucho menos cadalso que se atreviera a justiciarla. La verdad, cuando se llegaba a evidenciar, no era relevante puesto que la distorsión de la realidad, con fines políticos, prevalecía en historiadores leales al sistema. Los cronistas se encontraban en escuelas, colegios y universidades, privadas y públicas, cuidando y promulgando los intereses de sus protegidos. Mientras la historia estatal se acomodaba, de tal manera que los vencedores siempre eran los buenos, creando la sensación popular de ver a las víctimas como victimarios, la historia real, era todo lo contrario, por eso se vio obligado a buscar refugió en los postulados de Foucault quien siempre lo acompañaba dentro de esta clase de reflexiones. Permanentemente recapacitaba que aunque Michel Foucault no se atreviera a exponer durante el último curso de su vida, 1984, que la *parrhesía* el decir veraz, era la historia real, a él como simple catedrático mundano, y mucho menos como policía, ninguna persona lo podía juzgar por aseverar, casi jurar, que la historia tenía el coraje y el deber de decir la verdad sin disimulación, ni reserva, ni cláusula de estilo, ni ornamento retórico que pudiera cifrarla o enmascararla. *Parrhesía,* como lo había deducido de Foucault, era sinónimo de veracidad y ésta a la vez era sinónimo de historia. Sin proponérselo había convertido la parresia en un postulado teórico y práctico que guiaba su actuar, pensar, sentir y desear. Ante sus alumnos recitaba, al pie de la letra, las palabras de Foucault acerca de la *parrhesía* invitándolos a no distorsionar jamás la realidad. Quien presenciaba una de sus clases no dejaba de soltar una risa maliciosa al momento en que su maestro, con cierto tono poético y religioso, recitara las premisas de su teórico de cabecera.

—El parresiasta revela y devela lo que la ceguera de los hombres

no puede percibir, no levanta el velo que oculta el futuro. Levanta el velo de lo que es. El parresiasta no ayuda a los hombres a franquear lo que los separa de su porvenir, en función de la estructura ontológica del ser humano y el tiempo. El parresiasta ayuda a los hombres en su ceguera, pero en su ceguera acerca de lo que son, acerca de ellos mismos. No los ayuda en su estructura ontológica sino en sus faltas, en sus distracciones, en su disipación moral, consecuencia de una desatención, una complacencia o una cobardía—.

—Absolutamente todos los que pisan un aula de clase donde Luis Eduardo se encuentre se llevan en su memoria la palabra parresia—, afirmaba jocosamente uno de sus estudiantes.

Después de unos minutos de reflexión teórica consigo mismo decidió ser más profano. El reclamo que siete días atrás le hizo Fraternal frente a la justicia lo estaba enrumbando hacia la memoria histórica de unas poblaciones que ni siquiera aparecían en los mapas. Nadie se atrevía a hablar por los cientos de residentes, desterrados o asesinados, generados durante las últimas décadas de la región que osaba visitar. No obstante, era consciente que delante de sus jefes debía ser bastante cuidadoso al mencionar la palabra memoria puesto que sobre ello tuvo una fuerte discusión con el inspector general, en una de sus tertulias. Ante él concluyó la tesis que la memoria simplemente era una expresión de rebeldía frente a la violencia y la impunidad; si su comandante o los demás generales lo escucharan hablar de memoria lo tildarían nuevamente de subversivo. Claro que no le incomodaba que lo etiquetaran. Se encontraba convencido que existían aspectos en la sociedad que debían ser abolidas, o corregidas, y él escuetamente, desde su ingreso a la institución policial, inició una guerra frontal contra la corrupción, la impunidad y la injusticia. Consideraba que éstos tres elementos, más que el fenómeno de la

subversión, eran el cimiento de los males que azotaban la sociedad en la que vivía, lo cual era de conocimiento del público como también de la organización uniformada a la que pertenecía.

Frente a la nueva misión, que él mismo acomodó de acuerdo a las circunstancias e intereses, consideraba que era muy distinto emprenderla con todos los medios institucionales a su disposición, que iniciarla por su cuenta y con todas las condiciones en su contra. Se sentía perturbado desde el momento en que vestido de paisano, se encaramó al bus intermunicipal, sin compañeros y sin ninguna clase de protección. Desde ya extrañaba el uniforme, en especial las botas media caña que no lo habían abandonado en veinticinco años de trabajo, además era la primera vez que llegaba a un lugar desconocido sin portarlas. En su lugar llevaba por sugerencia del guía, quien lo hizo cambiar de zapatos, un par de botas de caucho a las que intentaba acomodarse forzosamente. La pistola nueve milímetros la reemplazó por un esfero y una grabadora tipo periodista. Su chaleco antibalas lo sustituyó por una suave ruana de hilo que le llevó Fraternal. El pesado equipo policial, al que estaba acostumbrado, no fue necesario, una mochila de lona lo reemplazo. En el morral empacó tan sólo una muda de ropa y los elementos básicos de aseo personal. Para pasar desapercibido, debía vestirse, actuar y hablar como cualquier aldeano. Por recomendación de su recién conocido llevaba cinco días sin rasurarse y trataba de no peinarse con la intención de lograr pasar aún más inadvertido. Como era consciente del impacto del olor de las lociones y los desodorantes en el olfato de las personas, los había dejado de utilizar días atrás.

Dudó por algunos segundos emprender el viaje, cuando su compañero de marcha manifestó que no era recomendable llevar el celular, el que no manipularía, de igual manera le recalcó que no maneja-

ría dinero plástico. La incertidumbre se originó al dejarse transportar por los recuerdos. Recapituló cómo el sargento, cuando pretendían ajusticiar y silenciar a John Mario el reclutador, quería despojarlo del teléfono portátil, el día en que lo estaba obligando a ascender hasta la Sierra del Perijá. Del mismo modo habían despojado de los aparatos de comunicación a las miles de personas asesinadas, supuestamente en combates. Decidió confiar en aquel humilde campesino, quien sin tener ningún tipo de formación militar se hallaba escoltándolo. Sonrió, de manera fingida, al pensar que ni él como su escolta contaban con una aguja para defenderse. Ante la aparente sonrisa Fraternal lo miró con cara de preocupación puesto que desconocía la razón de esa silenciosa carcajada. Pero la expresión no era simplemente por cavilar en que no portaba arma alguna para defenderse, sino al pensar que parte del viaje lo realizarían en la escalera. No se cansaba de repetirse a sí mismo que él no se encontraba de visita, y mucho menos de turismo, recordando que al pueblo de sus viejos buses destartalados eran los encargados del transporte de los campesinos.

No le prestó mayor atención al paisaje durante la salida de la ciudad; le parecía un panorama normal típico de la geografía andina latinoamericana. Al momento de dejar atrás Santa Fe de Antioquia y emprender el viaje hacia el Urabá, su percepción cambió, no tanto por la característica del terreno al presentar un gran abismo a un costado de la carretera sino por el estado de la vía. Esta aparentemente se encontraba pavimentada, empero cada cinco metros los vehículos se veían en la necesidad de frenar para evitar caer en alguno de los huecos. A pesar de que se trataba de una de las vías principales del país, siete horas fueron necesarias para recorrer ciento setenta y cinco kilómetros para llegar al municipio de Dabeiba; todo debido a que ésta era una trocha polvorienta, ahuecada y casi pavimentada. Tiempo después los campesinos le confesaron que el estado de la

vía respondía a la estrategia de las bandas criminales para impedir la comunicación con la capital de Antioquia, ello con el aval de los políticos de la región, y la complicidad del gobierno nacional quien no colocó ni un solo peso durante los últimos ocho años de conflicto para el mantenimiento de la vía.

A pesar que Fraternal le previno acerca de los miles de muertos ocurridos en el municipio de Dabeiba, su interés se centraba en los corregimientos de Urama, Camparrusia y La Balsita. El transbordo lo realizaron lo más rápido posible, de lo contrario deberían esperar hasta el día siguiente. Le pareció bastante coincidencia que la escalera que abordaron llevara dibujado, en la parte de atrás, el Sagrado Corazón, lo que lo intranquilizó al acordarse de la historia contada por el viejo campesino. Al percatarse de la incomodidad, Fraternal lo tranquilizó recalcándole que no existía razón para preocuparse puesto que solamente existían tres escaleras para llegar a su destino, y estas se rotaban los recorridos de los pueblos. Al acomodarse sobre la banca de madera, y percatarse que el vehículo emprendía el recorrido por la trocha, se cuestionó acerca de las miles de historias que podría contar la escalera si ésta tuviera el don de la palabra. No solamente historias de violencia, también historias de amores y desamores, meditaba.

No alcanzaron a avanzar cinco kilómetros cuando Fraternal, al llegar al puente de Urama, le manifestó que el Estado y sus instituciones aparentemente llegaban hasta ese lugar. A partir de allí, donde el terreno se apreciaba más quebrado y la vegetación se observaba más espesa, no encontrarían ni soldados, ni policías, como tampoco médico o enfermero. Era tierra gobernada por paramilitares, narcotraficantes y guerrilleros. Sin esperar de que se preocupara aún más, Cara Cortada le recalcó nuevamente que tampoco llegaba la señal de

celular. Luis Eduardo simplemente se limitó a mirarlo fijamente a los ojos y guardó silencio.

Como si el destino pretendiera que el hombre de las botas media caña se compadeciera de la región, el conductor estacionó la escalera a un costado del puente de Urama, testigo silencioso de cientos de asesinados cometidos por paramilitares, narcotraficantes, guerrilleros y militares. Toda vez que el camino era de un único carril, el vehículo se detuvo al encontrarse de frente con un viejo camión, encallado en uno de los huecos de la vía. Durante la parada Luis Eduardo reparó minuciosamente la topografía del lugar centrando su atención en la vegetación. Con el propósito de no preocuparse por el orden público de la zona, centró su atención en los aromas que alcanzaba a percibir. Los campesinos y el lugar expelían ciertos olores, unos más fuertes que otros, que trataba de identificar en vano, uno a uno. Trató de describirlos con palabras pero no logró su cometido. Al ser consciente de su fracaso centró la atención en los sonidos. El agudo ruido producido por el río lo identificó fácilmente más no así los sonidos de las aves. Ciertos silbidos provenían de especies de volátiles que anteriormente no había observado ni escuchado.

Desde una de las orillas del puente, sin ningún tipo de barandal de seguridad, descendió la mirada hacia abajo del peñasco fijándose en el curso del río pero rápidamente sus ojos cambiaron de dirección. Una gran águila blanca en el firmamento llamó su atención. Su curiosidad respondía no tanto porque en su juventud estuviera empecinado con el mundo de las aves, o porque fuera conocedor de que las águilas fueran las aves más depredadoras del mundo, sino al conocer que era una de las aves emblemas del Parque Natural Paramillo. No necesitó de una brújula para ubicarse sino que recurrió a los conocimientos aprendidos en su formación secundaria. Se encontraba en el

extremo norte de la cordillera occidental, al norte del departamento de Antioquia y al sur de Córdoba. De repente un escalofrío se apoderó de todo su cuerpo. El estremecimiento no era producto de las corrientes de aire del lugar. La información de inteligencia policial leída días atrás acerca de la región lo inquietaba. Ninguna patrulla militar o policial se atrevía a pasar el puente de Urama por temor a sufrir un atentado, caer en un campo minado o ser víctimas de algún tipo de secuestro. El área era considerada zona roja vedada para las Fuerzas Armadas. El temor y el miedo se apoderaron de su existencia haciéndolo estremecer. De no ser por el cacaraqueo de una guacharaca, *ortalis ruficauda*, que desde un matorral llamaba a la hembra, sus pensamientos lo hubieran perturbado aún más. El ka-karak-ka producido por el ave lo llevó a centrar la atención sobre esta. El ave galliforme medía cerca de los cincuenta centímetros, tenía patas robustas, pico corto ligeramente curvado, y el plumaje en la cabeza, el torso y el cuello era gris pizarra, el del vientre blancuzco, y la cola negro verduzco terminando las plumas de esta en punta castaña.

Mientras tanto Fraternal se encontraba pasmado, casi muerto, en una de las sillas de la chiva. Suspendido en el tiempo no despegaba la mirada del puente, su rostro reflejaba un alto grado de desconsuelo. Su estado obedecía al hecho de haberse ubicado en el mismo lugar de donde años atrás sacaron a empujones y de las greñas a la telegrafista. Sin que lo mencionara, Luis Eduardo se imaginó que se encontraba repasando cada uno de los acontecimientos del día en que aparentemente lo asesinaron. Días después el viejo, saboreando una taza de café, le confesaría que aquella tarde nuevamente alias Escalera lo asesinó como lo había hecho con la telegrafista, como desnucó a los otros campesinos. Al revivir los hechos alcanzó a visualizar una imagen no contada en su historia hasta ese momento. Mientras eran asesinados, del otro lado del puente, la misma patrulla

militar que los requisó al momento de abordar la escalera, a la salida del pueblo, los observaba. La larga figura y el rostro pálido del capitán de la milicia se apoderó de su memoria. Los soldados no tuvieron las agallas de detener la violación, la empalada y la ejecución de la telegrafista y los campesinos. La risa satírica de Escalera y sus secuaces nuevamente retumbaron en su mente, de igual manera como retumbaban en sus noches de desvelo. Años más tarde la cara del capitán la encontraría nuevamente en un periódico nacional donde condecoraban al recién ascendido a general con la máxima presea del Congreso de la República.

Cerca de una hora permanecieron sobre el puente. Durante ese tiempo los pasajeros se dedicaron a observar, de pie, el curso del río; ninguno se atrevía a pronunciar palabra alguna. De pronto cada uno recordaba historias propias y ajenas ocurridas sobre el puente de Urama. Al penetrar en el pensamiento de los campesinos se percibiría los rostros de familiares, amigos y conocidos asesinados, desmembrados y arrojados al río Páramo pocos años atrás. Aunque algunos campesinos reflejaban dureza, en algunos instantes, con las mangas de las camisas, se limpiaban las lágrimas de sus rostros, antes de realizar el rito religioso de santiguarse el cual Fraternal realizaba cerca de quince veces al día. El ruido grave del río y la vegetación del lugar ambientaban los recuerdos.

Al desvararse el camión, la escalera continuó con el recorrido. El primer caserío que divisaron se encontraba a un lado del peñasco, se trataba del corregimiento de Las Cruces. Las viviendas, hechas de barro y de guadua, alguna que otra de adobe, se encontraban en hilera. No pasaba la docena de viviendas terminando estas al borde del abismo. Abajo el río Páramo rugía sin cesar; el sonido que producía durante su recorrido traspasaba el cañón de Camparrusia

llegando a varios kilómetros de su cauce. Los pobladores, tal vez por las costumbres pueblerinas, se dedicaban no tanto a mirar a los que se apeaban sino a los que continuaban el recorrido. Pero mientras ellos curioseaban no se percataban que estaban siendo observados, casi fotografiados, por uno de los pasajeros. Luis Eduardo intentaba guardar en su memoria los rostros de los aldeanos, la forma de hablar, la forma de vestir y hasta sus olores. Las risas de los niños descalzos, sin barriga, con las manos, rodillas y las caras sucias, lo cautivaban. Le llamó la atención hasta los perros del lugar. Los sabuesos eran largos y flacos, el cuero simplemente les cobijaba las costillas, fácilmente la mirada los podía traspasar. El hombre de las botas de Gilibert entendió rápidamente que la población escasamente tendría que comer. La flaqueza de los pequeños y la languidez de los perros así se lo demostraban.

No llevaban media hora de haber continuado con el recorrido cuando las casuchas comenzaron a transformarse. Éstas se construían con varas de caña brava, especie de bambú, con un diámetro no superior a los dos centímetros. El diámetro de las moradas no superaban los tres metros cuadrados y en un mismo salón se encontraba la alcoba, la sala y la cocina; no se observaba inodoro alguno, ni en la vivienda ni en sus alrededores. De igual manera que en el caserío mayor, grupos de personas se precipitaban a echar un vistazo a la escalera y sus ocupantes. Figuras lánguidas de niños, se apreciaba al frente de los ranchos. Los infantes suspendían sus juegos juveniles, por la curiosidad de ver los rostros de las personas que se trasladaban en la escalera. Naranjas o limones se convertían en balones en los pies descalzos de los infantes.

Muy cerca de las casas de caña brava, se encontraba una escuela de ladrillo, se hallaba desocupada, los pupitres vacíos y el patio sin

los niños jugando, así lo evidenciaban. Al indagar la razón de la soledad de la escuela, un campesino manifestó que la maestra iba de vez en cuando puesto que ningún órgano de control se atrevía a ir más allá del puente de Urama. Doce kilómetros más adelante la esfinge de la virgen María le anunció la aproximación a Urama Grande. Era la misma virgen que algunos años atrás osó pronunciarse contra la violencia de los diferentes grupos armados que azotaban la región. Al pasar frente a ella alcanzó a escuchar a algunos aldeanos comentar que de vez en cuando escuchaban al niño de la virgen lloriquear. Le hubiera gustado apearse de la escalera para contemplarla, no porque fuera creyente ni mucho menos devoto sino para tener elementos más precisos para contar la historia, pero la cara añeja y gruñona del conductor le impidió pedir el permiso correspondiente. Desde allí bastaron tan sólo cuatro largos kilómetros para llegar al condado.

Una leve sonrisa de satisfacción surgió en su rostro, al momento de encontrarse con la primera vivienda del poblado. Se trataba de una edificación, colindando con los predios de la iglesia, de un único piso, construida en adobe en la cual un gran aviso de la Misión Médica se divisaba. Pensó que Fraternal lo había engañado, pero lo habría hecho por ignorancia toda vez que desde que le sucedió lo que le pasó no se había atrevido a regresar al terruño que lo vio nacer. Si existía la edificación muy seguramente se encontraban médicos y enfermeros, pensó, pero ese mismo día, en las horas de la noche, tuvo conocimiento que tan sólo cada dos meses algunos enfermeros se atrevían visitar la población. Hacía varios años que ningún médico pisaba el condado. Días después, cuando se vio en la necesidad de comprar unas aspirinas, comprobó que los medicamentos que vendía la farmacia del pueblo, eran las medicinas que un político se robaba del hospital de la cabecera municipal, el sello de uso institucional lo certificaba. A pesar de conocerse el rebusque del político con el tiempo la población lo eligió como Alcalde del municipio.

Al lado contrario de lo que llamaban centro médico se apreciaban solares desiertos. Casas en ruinas, con tapias casi desplomadas, se encontraban soportando aún puertas y ventanas. El poder devastador de artefactos explosivos se evidenciaban en las pocas paredes que quedaban. Las viviendas que todavía se negaban a desplomarse, por efectos de la guerra y del tiempo, seguían de pie y habitadas. Si alguien se detuviera a mirar las fachadas de la casas minuciosamente observaría que no existía ninguna casa en el pueblo sin que en sus tapias no hubiera residuos de metralla. Puertas y ventanas, todas de madera, tenían los recuerdos frescos de los días de violencia. Municiones de paramilitares, guerrilleros e inclusive del ejército, se apreciaban incrustadas en muros y portillas. Los sobrevivientes vivían agradecidos con las tapias. La tierra, como chaleco antibalas, no permitió que las balas ni las granadas alcanzaran sus habitantes cuando los grupos armados se tomaban a la fuerza la población. Los campesinos debían esconderse debajo de las camas, lo sótanos o los solares de sus casas.

A diferencia de la población de las Cruces, y de los residentes de las casas de bahareque y de caña brava del camino, la población no salió a curiosear. Llegaba a un pueblo fantasma, azotado por la violencia de ejércitos legales e ilegales. El silencio que reinaba en el pueblo provocó que invitara a la nostalgia la que no tardó en invadir su existencia. No comprendía por qué sentía cierta sensación de indefensión al recordar las historias narradas por Fraternal. A pesar de no haber presenciado las ejecuciones del puente de Urama relatadas por el campesino, su mente recreaba cada uno de los homicidios. Se imaginó a la telegrafista sentada en la escalera, momentos antes de que la bajaran de las greñas, entregándole a su hijo a la paisana que le salvó la vida. Su mirada se perdió en el horizonte como intentando huir de aquel pueblo perdido en una de las cordilleras del país.

La tos lo acompañó durante todo el recorrido. Esta provocada por el polvo levantado por la escalera, a medida que avanzaba, no extrañándose, al momento de apearse, observar que la piel del negro Fraternal había cambiado de matiz. Al pisar suelo urameño advirtió que la polvareda se había impregnado en todo el cuerpo de su compañero dejándole la cara blanca, el cabello aleonado y los brazos rubios. Se abstuvo de manifestar públicamente su risa acostumbrada al imaginarse que él también habría cambiado de color, para constatarlo simplemente se dio una palmadita en una de sus piernas percatándose cómo el polvo volaba de su vestimenta. No obstante, el viejo Fraternal no pudo atajar la risotada y los dos, como niños pequeños, no dejaron de carcajear.

Le bastaron tres días para romper el hielo y ver rostros de los pocos lugareños, y todo ello gracias a Fraternal, de lo contrario nunca habría podido penetrar en aquella comunidad. El viejo campesino, a pesar de que nunca fue terrateniente, contaba con admiradores leales quienes le tenían gran consideración. Los paisanos reflejaban su respeto hacia Fraternal, no porque resucitara a los tres días después de que lo asesinaran, al igual que Jesucristo, sino por su don de gente, el amor que le profesaba a la tierra y las ganas que colocaba al trabajar, a pesar del pleno conocimiento de que algunos de sus hijos no alcanzaran a heredar las buenas y sanas costumbres del papá. Ningún viejo o adulto se atrevía a llamarlo *Scarface*, quienes se atrevían lo hacían en voz baja, pero él era conocedor de el alias con que lo bautizaron luego de lo sucedido años atrás, en el puente de Urama. Además, si algún día quisiera que le cambiaran de sobrenombre no contaba con el suficiente capital para mandarse a realizar una operación facial. Lo mismo le sucedía a los habitantes de la población, quienes durante toda la vida debían soportar que los llamaran por el alias producto por alguna similitud de su cuerpo con algún ani-

mal, o un evento especial en su vida comunitaria. En el pueblo no se podía preguntar por Carlos Mario, Luis Duarte o Javier Higuita porque nadie los llegaba a conocer, sin embargo si se preguntaba por La Vaca, La Perra, El Conejo, Cucarrón, Tominejo, El Manicortico, Cachi, Tábano, El Pato o la Gata, todos daban referencias, hasta lo llevaban al lugar donde se encontrase. Pero el seudónimo no recaía únicamente sobre quien era bautizado, automáticamente se extendía a toda su casta de ahí que los hijos de alias Conejo eran los conejitos y su esposa la Zanahoria.

La aparente soledad del caserío tan solo era entresemana. Los jueves, viernes y sábados por la noche el silencio desaparecía. El pueblo dejaba de ser fantasma, hasta algunos infantes se atrevían a salir a jugar en el único parque de la población. Cada tienda competía por el que mayor volumen le colocara a los equipos de sonidos. A ello se sumaba la predicación del pastor, quien además de robarse la devoción de los cristianos, se aferraba al micrófono leyendo toda una tarde versículos de la biblia. Era tal el grado del volumen de los equipos, que a varios kilómetros del condado, en las veredas, los campesinos sin llegar hasta el pueblo podían darse el gusto de bailar o de rezar, de acuerdo a sus intereses. Con el volumen llegaba las ganas de beber, despertando en la población toda clase de sentimientos, de pronto porque a muchos, cuando les asesinaron a sus parientes, les negaron la dicha de llorar. En los días de la violencia, quien se atreviera a lloriquear, al otro día ocupaba el lugar del asesinado.

El fervor de los fines de semana no era solamente de los hombres. Era común ver a algunas de las mujeres bebiendo, codo a codo, con los hombres. Riñes callejeros, tanto de hombres como de mujeres, se presentaban los fines de semanas. Algunas campesinas terminaban barriendo el caserío con su cuerpo puesto que la vencedora de las

melenas la cogía y la arrastraba hasta darle la vuelta a todo el pueblo. Menos mal que éste únicamente contaba con una sola cuadra, por lo que tan sólo le daban la vuelta al parque principal. Las armas que se encontraban entre la comunidad no habían evolucionado. No tenían armas de fuego, éstas únicamente las portaban los integrantes de los grupos belicosos; los campesinos debían armarse con machetes o algún tipo de bordón.

Era muy común que los días domingos por las tardes, o los lunes por la mañana, ver a los heridos transportasen en la escalera, tendidos en la última banca o tirados sobre el techo del vehículo. Existía cierta lealtad entre los agresores y las víctimas porque nunca el perdedor se atrevía a ir hasta la cabecera municipal a colocar alguna clase de denuncia. Existía más posibilidad de que los pobladores recurrieran a los grupos ilegales que a las autoridades para que éstos administraran justicia; además, cuando se presentaban homicidios ninguna autoridad de la cabecera municipal se atrevía llegar hasta la población. Ni la policía, el ejército, o los integrantes de la Fiscalía, osaban traspasar el puente de Urama. El levantamiento de los muertos no se realizaba en el sitio donde ocurría los hechos. Los familiares, o algún alma caritativa, se encargaban de subirlos a la escalera y enviarlo hasta donde estaban las autoridades; muchos de los cuerpos eran enterrados en el cementerio del pueblo sin que se hicieran las pesquisas judiciales necesarias. En las veredas, especialmente de Camparrusia, algunos de los pobladores contaban con sus propios cementerios, muy cerca de sus ranchos. Años atrás la naturaleza se encargó de romper la tradición al momento de desbordarse el río sobre algunas de las viviendas.

Mañanas, tardes, noches y algunas madrugadas, de cerca de quince días, le fueron suficientes para realizar su compromiso. Más de diez entrevistas formales logró realizar, ello sin contar las largas

conversaciones informales que lo desvelaban. Durante las tertulias, consumía desesperadamente el contenido de una gran olla con café el que, a pesar de ser considerado la pasilla de la cosecha, era preparado, muy delicadamente, por las compañeras de los campesinos, generando la mejor taza de la región. Toda la historia del pueblo le fue contada la que no distaba de la historia de otras comunidades. Los actores de la violencia siempre eran los mismos, lo mismo que las causas, simplemente cambiaban los nombres, las caras y los alias, tanto de quienes cometían los homicidios como de los asesinados. Días después, cuando Luis Eduardo se encontraba reflexionando sobre la muerte de los campesinos, determinó que los autores materiales de los homicidios, como si se pusieran de acuerdo, competían entre sí para ver quién era más innovador en la forma de exterminar, la sevicia como los asesinaban era su punto de argumentación.



Fotografía: Omar E. Rojas

LAS PARTERAS DE URAMA GRANDE

Aproximadamente a unos cien metros de la casucha, se divisa el bosque tropical. Sobre la copa de un árbol se posan tres osos perezosos, hembras, de tres dedos, *bradypus veriegatus,* mamíferos placentarios. Se confirma su género dado que las hembras deambulan en grupo a diferencia de los machos, los que además de caracterizarse por permanecer en soledad hasta la época de procreación, presentan una mancha de color naranja entre sus escápulas. Por su tamaño se deduce que son adultas; tienen una longitud entre sesenta y setenta centímetros de largo cada una. El color del grueso pelaje que cubren sus cuerpos, excepto la cara, es café oscuro; la piel presenta algunos parches verdes producto del crecimiento de algas sobre sus cuerpos las que toleran para lograr camuflarse de sus depredadores. A simple

vista, el oso perezoso es un indefenso y tranquilo animal habitante especialmente de Centro y Sudamérica, de dieta vegetariana. Se desplaza de manera letárgica por los bosques, pasando desapercibido ante cualquier devastador; frente a una agresión lánguidamente se defenderá con sus garras, uñas ganchudas y sus dieciocho dientes, no obstante el ser humano es su principal depredador.

Por hallarse en época de celo, las hembras emiten prolongados chillidos desvaneciéndose en la espesura de la vegetación. Los gemidos escuetamente tienen la intención de llamar la atención de sus machos. Inesperadamente los aullidos son opacados por un agudo grito de desesperación. El grito proviene de una de las mujeres que se encuentran dentro del rancho. El sonido, además de provocar que los niños que se topan agazapados en uno de los cuartos se aferren entre sí, incita a que la yegua, amarrada por el cabestro a un tronco al pie de la cocina, se sobresalte y parta con tronco y todo, como alma que lleva el diablo, a lo largo de la cañada. Momentos antes, la apresura del jinete impidió que a su llegada desenjalmara la bestia. Como los jotos, amarrados sobre la enjalma, su propietario no los alcanzó a desamarrar y bajar, provocan que a medida que trota la yegua, éstos golpeen continuamente la grupa del animal haciéndole creer que el jinete la está obligando a trotar más de prisa. Cerca de ella no se haya ningún cristiano para que la agarre. Al día siguiente la bestia, después de galopar sola hasta el pueblo, el cual queda a más de cinco horas de camino, regresará por su cuenta a las manos de su propietario.

A pesar de la insistencia del jinete de penetrar en el cuarto, de donde segundos antes se originó el gemido, quien se encuentra al frente de la situación no le consiente la entrada, de ahí que se ve forzado a ingresar a la habitación de al lado, dándose a la tarea de

consolar a ocho críos enclenques, que abrazados entre sí, no dejan de sollozar y moquear. La única que no se halla en pánico es Ángela, quien con apenas diez años, y dada la salud de su madre, osadamente trata de saciar su curiosidad al mirar los acontecimientos por un pequeño agujero de la puerta, la que se encuentra construida rústicamente con tablas de madera sin cepillar. De algo le sirve, que días antes, su madre le haya expresado que mientras ella se encuentre enferma, y dada la ausencia de sus hermanos mayores, deba asumir todas las funciones del hogar, como el lavado de la ropa, el cuidado de sus hermanos, la búsqueda de leña y la preparación de los alimentos. Aparentemente la autoridad otorgada por su madre, como constantemente le hace saber a sus hermanos, la faculta para tomarse ese tipo de atribuciones.

En el cuarto contiguo donde se encuentran el hombre y los infantes, la mujer del grito, quien se halla únicamente con una gran camisola a cuadros desteñida, a pesar de la inconformidad de la partera, ha asumido la postura litotomía, tumbada sobre su espalda, boca arriba. Momentos antes se aferraba animosamente a la cabuya que descuelga de la viga principal del techo, ubicada encima del camastro desanimándose al no alcanzar los resultados esperados. Es la misma cuerda que en días pasados el campesino guindó a petición de la partera, cordel que cuando los viejos no se encuentran en el rancho es utilizado por los niños de columpio.

La mujer intenta infructuosamente agarrarse de un borde de la estera, elaborada con juncos gruesos de palma, toda vez que el camastro no cuenta con colchón. Es tanta la fuerza que realiza que las yemas de los dedos, al afianzarse a la esterilla, empiezan a sangrar. Sus piernas permanecen abiertas en un ángulo aproximado de cuarenta y cinco grados y las plantas de los pies descansan totalmen-

te sobre la alfombra. Mientras que el rostro refleja desesperación y cansancio, el cuerpo demacrado se encuentra totalmente sudoroso. A medida que las contracciones son más intensas, éstas rítmicamente son acompañadas por gritos más profundos los que en un momento dejan de escucharse, no porque no los emita sino porque éstos se pierden en la garganta de la madre, como producto del dolor y la desesperación.

Las constantes palabras de la matrona para que tome una postura más cómoda no logran tranquilizarla. De vez en cuando, al momento de dejar de ordenarle que puje, la partera aprovecha la ocasión para acomodarle sobre la frente una cataplasma a base de sauce, cártamo, ulmaria, agua y alcohol con el propósito de aliviarle el dolor y reducirle la fiebre. No obstante de la experiencia en esta clase de eventos, con el paso de las horas, la partera, quien también se encuentra sudorosa, se ve obligada a llamar al hombre de la casa, quien sin esperar un nuevo llamado burdamente atiende la solicitud. Debido a la apresura con que asiste a la habitación y a su estado de alteración, al momento de ingresar el campesino recibe un fuerte alarido de la peticionaria, el cual tiene la intención de invitarlo a tranquilizarse, además de ordenarle que se coloque en completa disposición para asistir en el parto.

Es tanta la angustia, tanto de la partera como del campesino, que no se percatan que al ingreso de éste a la habitación también lo hace Ángela, quien en un completo silencio y sin denigrar observa minuciosamente cada uno de los acontecimientos. El hombre, quien trata de seguir ciegamente las instrucciones emitidas por la partera, ayuda a la mujer a incorporarse sujetándola por la espalda con el propósito de que tome una postura más natural, la vertical. Al levantarla totalmente, la debilidad de la mujer provoca que el cuerpo asuma la posición de cuclillas la cual, además de reducirle la dolencia y tranquilizarla, provoca que prontamente dé a luz.

Un prolongado y melancólico vagido se escucha a lo largo de toda la vivienda anunciando la llegada de un nuevo miembro familiar. A pesar de que solamente permaneció en el vientre de la madre, por cerca de veintiocho semanas, el recién nacido se encuentra animoso caracterizándose por sus largos miembros inferiores y sus grandes pies. Si en esos momentos la partera contara con una balanza, se percataría de que el peso del pequeño no alcanza a llegar a los mil quinientos gramos. Los labios del bebé son tan pequeños que no podrán agarrar el pezón de la teta de la madre, razón por la que la matrona improvisa un tetero con un pequeño frasco de goteo el que llenará con leche de la recién parida. Para alimentarlo, durante los primeros días, será necesario depositar en su boca el alimento con el gotero. A falta de éste bastará un pequeño copo de algodón que humedecerán con el alimento natural de la madre.

Con la sapiencia de la comadrona, el campesino, sobre una pequeña batea rústica de madera, improvisa una incubadora artesanal. Posteriormente, la vieja dará instrucciones precisas, tanto a Ángela como a la mujer, para la sobrevivencia del nuevo habitante debido a su bajo peso. Para mantener el calor de la criatura, cuando ésta no se encuentre sobre el pecho de la madre, deberán calentar un poco de maíz, echarlo en el fondo de la artesa y encima de esta colocar un tendido de pañales para que sirva de cuna al bebé. La matrona insistentemente le recalca a la mujer que en estos casos no hay nada mejor que el regazo de la madre, o del padre, al estilo canguro.

Mientras que la partera termina su trabajo, el hombre, quien con sumo cuidado ha tomado la criatura en sus brazos, no deja de sonreír, máximo al darse cuenta de que es varón. Como si el dolor desapareciera, el rostro de la madre, quien ha sido recostada en la cama y cubierta con una sábana, refleja felicidad al recibir el crío entre sus

brazos. Es tanta la felicidad que se ha olvidado del malestar producto del desgarro que sufrió minutos antes en el periné. Tanto la mujer como el campesino y la partera no dejan de santiguarse. La emoción de los adultos conlleva a pasar desapercibido el hecho de que Ángela haya presenciado su primer parto humano; con el tiempo esa será su profesión, gracias al conocimiento transmitido empíricamente por su primera institutriz, la comadrona del pueblo. Anteriormente, dado que no cuentan en la región con veterinario alguno, la pequeña ha asistido al viejo, durante varias veces, en los partos de algunas de las vacas y el de la yegua, de ahí que tenga experiencia previa en esta clase de acontecimientos.

Al momento de salir la partera de la habitación, los pequeños, quienes se han cansado de berrear, se hallan agrupados a un costado de la morada. Unos se encuentran acostados, otros arrodillados y los demás sentados. La presencia de la comadrona los coge por sorpresa, por lo que todos pegan un rápido brinco quedando de pie. La comadrona, quien lleva consigo la jofaina repleta de sábanas, se detiene al frente del grupo de infantes y, sin pronunciar palabra alguna, venciendo la ley de la gravedad, con una mano trata de limpiarle los mocos al más pequeño, higienizándose ágilmente la mano con la falda, inmediatamente después continúa el recorrido. Los chiquillos de más baja estatura se han dejado amedrentar por la presencia de la comadrona, ocultándose detrás de los de mayor altura, no dejando de hacerlo hasta escuchar el acelerado llamado de Ángela, quien pronuncia en orden de edad, de menor a mayor, el nombre de cada uno de sus hermanos.

Mientras los cinco más pequeños chillando se abalanzan a abrazar a la mamá, los de mayor tamaño siguen muy de cerca a quien asistió a la parturienta quien, sin mediar palabra alguna, se dirige hasta el pequeño riachuelo del lugar. La intriga de los mayores obedece a que las sábanas que transporta la partera en la jofaina se encuentran total-

mente ensangrentadas. No obstante, dejando de un lado el temor y el miedo que les produce, persiguen aceleradamente y en silencio a la comadrona hasta el lavadero del hogar. Las sábanas son descargadas precipitadamente sobre dos grandes piedras a orillas de la quebrada, quedando éstas flotando sobre el agua. En la medida que la partera golpea, con un pedazo de leña, los tejidos para lavarlos, el agua se va tiñendo de rojo, generando un largo hilo a lo largo del curso del riachuelo, provocando cierta maquinación en la mente de los niños máximo al observar que momentos después la comadrona entierra algo a un costado de la cañada. Ninguno de los infantes, de pronto por temor a los adultos, se atreverá a preguntarle a la partera sobre lo sucedido, tragándose en silencio la curiosidad. Tampoco tendrán el suficiente valor de desenterrar lo que momentos antes la matrona enterró.

La tarea de la comadrona no termina con la escondida del sol. Durante cuarenta días y noches, permanecerá pendiente de que la mujer que parió obedezca al pie de la letra cada una de las recomendaciones. Como quiere procrear más hijos, como manda el Señor, el campesino con anterioridad se las ingenió colocando un criadero de gallinas en la casa, en el que tiene exactamente diez gallinas para la dieta de la mujer; de ser potentado tendría una gallina para cada día de dieta. De igual manera ha previsto el chocolate y la canela para la alimentación de la mujer. Mientras que el campesino es el encargado de matar las gallinas, sobre Ángela recae la responsabilidad de aliñarlas, cocerlas y llevarle la comida a su mamá, procurando que ningún mal aire alcance los alimentos por lo que con un pequeño limpión deba tapar los recipientes.

En los primeros días de dieta, la abuela de Ángela visitó su vigésimo noveno nieto, aprovechando la ocasión para dejarle a su hija

medicinas naturales. Para ello se encerró en el monte por cerca de tres días y tres noches, regresando hasta que recogió puchos de abrótano hembra, álamo negro, caléndula, sauce, manzanilla, jengibre y ortiga, entre otras, dándose a la tarea de preparar algunos medicamentos naturales para la puérpera. Para reducirle la fiebre a la mujer, le preparó agua de la caléndula y para el desgarre en el perineo le aplicó un emplasto de sauce, cola de caballo, ortiga y milenrama. Las recetas no terminan ahí. Para amamantar bien al crío, al ser sietemesino, le recomendó tomar todos los días, mañana, tarde y noche, leche con yerbabuena, a falta de éste líquido bastará ingerir agua de panela. Como quien se pondrá al frente de las labores domésticas es Ángela, la anciana le explica, muy detalladamente, cómo debe preparar los bebedizos, hacer los cataplasmas y hasta hervir el chocolate con canela, además de cocinar los caldos con las menudencias de las gallinas.

Nunca antes concurrió a un parto tan difícil. Siempre su trabajo lo lograba realizar entre una y dos horas, pero el efectuado el último día le llevó cerca de cuatro, a pesar que la mujer que asistió no era primeriza, amén de que anteriormente ya la había auxiliado en nueve de sus partos. En toda la región no existe partera alguna que logre superar su cifra de nacimientos. Ciento noventa y dos infantes ha traído al mundo, sin que éstos en su vida adulta se acuerden de quién los ayudó a parir. No cuenta con ningún registro escrito sobre su labor, pero tiene la suficiente memoria para nombrar uno a uno, con nombres y apellidos, las criaturas que ha tenido que ver nacer, pero esta información solamente se encuentra en su memoria, además nunca alguien se ha atrevido a preguntarle por perjuicio, miedo o temor. No le es tan difícil grabarse los apellidos de los infantes porque todavía culturalmente a la mayoría de los hijos de los no casados, tanto los viejos como los curas, les niegan el apellido del padre, tal vez con el

propósito de que no puedan llegar a heredar. Cerca del ochenta por ciento de los niños de la región son considerados bastardos.

De todos los partos que ha atendido sólo uno se ha muerto y no fue en sus manos el día del nacimiento. El infante murió por desnutrición crónica, siete días después de haber brotado al mundo, en el momento en que sus padres lo transportaban en la escalera desde Urama hasta Dabeiba en busca de atención médica. Que los niños mueran de hambre no son casos aislados en la comarca, continuamente los campesinos ven morir a sus hijos por falta de alimentos. Fue tanta la desilusión de los progenitores que ninguna autoridad tuvo conocimiento, ni del nacimiento como de la muerte del infante. Al momento de percatarse del fallecimiento de la criatura, los viejos se apearon de la escalera y se dieron a la tarea de devolverse al pueblo caminando por cerca de tres horas. Cuando llegaron al caserío iban con las manos vacías, no llevaban ningún crío; tal era el estado de ánimo que ningún campesino se atrevió a preguntarles acerca de lo sucedido, como tampoco lo que hicieron con el cuerpo de la criatura.

Tanto el viejo como la mujer se llevaron a la tumba el sitio donde sepultaron el impúber. El cuerpo del angelito no recibió ninguna bendición ni oración por parte del cura Justiniano, lo cierto es que muchos años después, al momento de estar limpiando la esfinge de la Virgen María que le avisa a los transeúntes estar llegando al pueblo, se encontró un envoltorio con restos humanos debajo del monumento. Aquellos que no conocían la historia se dieron a la tarea de gritar el acontecimiento como si éste fuera un milagro, hasta alcanzaron a redactar un oficio dirigido al Santo Papa en Roma para que bendijera el lugar. No bastaron las explicaciones del padre Justiniano, lo cierto es que para todos los feligreses, los restos del infante eran el pronun-

ciamiento de la Virgen María por la débil devoción de los creyentes de la provincia. A partir de ese momento, quienes conocen la historia no dejan de aseverar que el niño que se encuentra en los brazos de la imagen de la santa no deja de sollozar, incluso algunos afirman que han visto algunas lágrimas en el rostro del infante.

Años después, al no tener un familiar para heredar sus conocimientos, la partera del pueblo le enseñó a Ángela su oficio, quien rompiendo tradiciones culturales antes de llegar a los veinte años se convirtió en matrona, y no en cualquier matrona, decía la gente. Ni a Ángela ni a la partera ningún instituto académico les otorgó diploma alguno para desarrollar su oficio, y si lo hubieran gestionado no alcanzarían a reunir los requisitos mínimos exigidos por el Ministerio de Salud y de Protección Social para desempeñarse como comadronas. Ángela, de igual manera que su maestra, siempre han recalcado que la postura horizontal en los partos es la más dolorosa para las mujeres, dado que corren más riesgos para desgarros en el periné, recomendando la postura vertical para parir por sus grandes ventajas. Insisten que las posiciones naturales resultan menos dolorosas durante los partos, al acelerar las contracciones y permitir a las madres participar más activamente en el nacimiento de sus hijos.

Con el paso del tiempo Ángela, quien sólo pisó los salones de clase en la escuela del pueblo hasta quinto de primaria, es la más versada frente al tema de los partos, de ahí que todas las mujeres fecundadas recurran a sus servicios, en especial las jovencitas. Hasta de otras poblaciones, a más de cuatro horas de camino, se trasladan las preñadas para consultarla. Toda su vida se la ha pasado recorriendo las veredas recomendándoles a las mujeres que se encuentran embarazadas, que al momento del parto permanezcan de pie dejando caer todo el peso del cuerpo sobre las piernas, que si llegan a encontrarse

solas simplemente se apoyen sobre una pared, que ella misma, sin ayuda alguna, se ha asistido durante sus dos únicos partos.

A pesar de que ninguna academia le ha transmitido los conocimientos, Ángela se volvió experta en asistir y recomendar las posiciones naturales para dar a luz, de ahí que siempre suplique a las campesinas que asuman las posiciones. Es tanta su devoción y entrega al trabajo que hasta llegó a comprobar que el mejor sitio para parir es en una quebrada. —¡A falta de ella una batea grande con agua basta!—, grita. Con el paso de los años, la comunidad le ha depositado toda la confianza para desempeñarse en su oficio, hasta el grado de hacer a un lado los conocimientos de los médicos que visitan la población cada dieciocho meses. Cualquier molestia, generada durante el embarazo, le es consultada por las mujeres, frente a lo cual recurre siempre a los conocimientos heredados de su institutriz combinándolos con las enseñanzas de su abuela, en especial lo relacionado al uso de medicinas caseras elaboradas con yerbas. Los pobladores no solamente una vez han confundido el oficio de Ángela, para algunos es la partera del pueblo, para otros, la yerbatera.

Durante los días que no se encuentra atendiendo a las parturientas, se dedica a observar el parto de los animales, asistiendo al nacimiento de terneros, potros, cerdos y aves. El aullido de las osas perezosas la cautiva, por lo que dedica largos periodos de tiempo para observarlas. Su conocimiento es tan profundo que asevera, sin temor a equivocarse, que su período de gestación es de once meses y dos semanas. De todos los animales que conoce asegura, que a pesar de su apariencia y lentitud, los osos perezosos son los seres vivos más comprometidos con el medio ambiente. Le llama la atención que estos, a pesar de que únicamente descienden de los árboles una vez por semana, no orinan ni defecan en las alturas. Cuando bajan,

por su poca masa muscular, se les dificulta caminar sobre sus patas, en recompensa, son expertos nadadores. Una vez en tierra, hacen un hueco al pie del árbol donde viven, y después de orinar y defecar lo tapan. Ángela, asegura con pasión, que el comportamiento de los osos perezosos es en señal de agradecimiento a la arboleda que les proporciona alimentos, su materia fecal le devuelve al árbol los nutrientes.

Nunca ha tenido un pedazo de tierra de su propiedad, un empleo formal, y mucho menos un hombre a su lado, como es la costumbre en la comarca, pero en su rancho de caña brava y bahareque jamás faltan los huevos, las gallinas, los plátanos o las yucas.

***

La confesión se prolongó por más tiempo de lo acostumbrado para ésta clase de situaciones. Por primera vez en su vida sacerdotal lo que acababa de escuchar lo dejó enmudecido. ¿Cuántos Padres Nuestros y Aves Marías debía imponer como expiación a aquella desdichada que se atrevía a pedir, a grito entero, que intercediera ante Dios Padre para que se acordara de su hijo, si éste gozaba de una excelente salud? El dolor de la infeliz, que osaba pedirle con todas las fuerzas de su corazón al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a María Santísima que se llevaran a su hijo debía ser muy grande; antes ya lo había pedido, ante Dabeibe, divinidad de los embera katíos, pero no fue escuchada. Ni siquiera demandaba que las autoridades lo apresaran, porque desde la cárcel cometería más delitos gracias a la protección del Estado; se encontraba convencida que la correccional era una escuela del delito. Suplicaba, con fuerte fervor, que el Todopoderoso penara a su descendiente. Desde el púlpito, Justiniano siempre había observado a la mujer caminar arrodillada, desde la

entrada del templo hasta la imagen de María Santísima al pie del altar; no se imaginó que la campesina cargara en su conciencia con tan grande dolor.

De no ser porque Justiniano se acercó a la mujer, esta nunca se hubiera confesado teniendo que seguir cargando los crímenes que jamás cometió. La mujer se encontraba esperando una señal del cielo para contarle al cura sus desdichas, de ahí que al momento en que Justiniano se aproximó, no esperó a que este le señalara el confesionario. Cuando menos se dio cuenta Justiniano, de tres largas zancadas la pecadora ya se encontraba arrodillada ante el cajón. A la mujer se le hizo un siglo el trayecto del sacerdote hasta el cajón. Al momento de sentir que el cura se encontraba acomodado soltó, además del llanto, las más insólitas historias que iban desde violaciones hasta desmembramientos, pasando por torturas, secuestros, desalojos, desaparición, canibalismo y apropiación de tierras, entre otros.

Justiniano se encontraba desconcertado, no tanto por las historias violentas narradas, comunes en el pueblo, sino por la calidad de la mujer. La madre de alias Medio Metro, el terror de la región, se encontraba en el confesonario contándole todo lo que sabía acerca de su hijo, hasta le relató el parto que lo vio nacer. Lo sanguinario de su hijo lo justificaba por ser sietemesino, llevar sobre sus hombros el hecho de ser su hijo número nueve y nacer el dos de noviembre, el día de todos los muertos. Si hubiera escuchado las recomendaciones del médico de Dabeiba, cuando asistió a la única cita médica de su vida, no hubiera dado a luz a aquel ser tan aterrador, le repitió en más de una oportunidad a Justiniano. El galeno del municipio, a las seis semanas de gestación, le sugirió abortar porque era un embarazo de riesgo en el que podía perder la vida. Dios la había condenado, porque en esa época alcanzó a pensar en interrumpir el embarazo,

por eso su hijo desde temprana edad firmó un pacto con el diablo, como decía la gente que lo llegaba a conocer.

No alcanzaba los cuatro años de edad cuando hablaba de machetear, apuñalar y traquetear a pesar de que no tenían señal de televisión, de tenerla, muy posiblemente todo el mundo diría que en ella aprendió todas las conductas desviadas que mostraba. A los doce años, con tan sólo tercero de primaria, decidió irse con la guerrilla, dejó la escuela y la oportunidad de ser el que heredara la tierra del viejo porque sus hermanos mayores, años atrás, habían tomado rumbos desconocidos. Se enamoró del grupo subversivo que operaba en la zona porque los guerrilleros, en aquella época, administraban justicia en toda la región. Al no contar con la presencia de policía cuando se presentaba cualquier eventualidad de convivencia como el robo de una gallina, el chisme de la vecina, la pelea con machete o el no pago de una deuda, la queja se la colocaban ante el comandante de la agrupación quien tenía toda la potestad para castigar. Era tanta su omnipotencia que se daba el lujo de imponer ley seca y toque de queda. Un porcentaje de los infantes guerrilleros obedecía a aquellos reclutados por las malas, otros porque sus padres se los entregaban voluntariamente al grupo insurgente y otros, porque llegaban por su propia cuenta a engrosar las filas de los subversivos, como lo sucedido con Medio Metro.

Pero no solamente como integrante de la subversión intimidó a la región. A los años llegó a quemar el pueblo, acabando hasta con el nido de la perra, pero esta vez no llegó en representación de descalzados sino de los terratenientes, quienes se encontraban acosados por la guerrilla y querían quedarse con todo el negocio del narcotráfico. La quema de los dos kioscos de paja del parque fue su primer mensaje. Pero más contundente fue el hecho que durante el saqueo,

para demostrar la finura frente a alias El Verdugo, tuvo que asesinar a su hermano menor quien era informante de la guerrilla. En el momento de prenderle fuego a uno de los kioscos, el hermano de Medio Metro, quien se negaba a abandonar el territorio, se interpuso alegando que no podían cometer esta clase de atropellos contra el campesinado. La osadía no podía dejarse pasar por alto, de ahí que El Verdugo, conocedor del grado de parentesco entre el recién ingresado al grupo paramilitar y quien se atrevía a oponerse a la quema, le ordenó a su subordinado asesinarlo. En un principio se estaba resistiendo, sin embargo frente al acoso, alzó la pistola, y para que su hermano no fuera a sufrir, le pegó la descarga rápidamente en toda la frente. No bastó que su consanguíneo le suplicara con la mirada que no lo asesinara.

La madre, quien los vio parir, presenció los hechos escondida entre un matorral, sin poder emitir el más mínimo gemido, de haberlo hecho hasta ese día hubiera vivido porque El Verdugo le hubiera ordenado a Medio Metro que la asesinara. En aquel momento, le confesó al sacerdote, alcanzó a pensar que debía gritar para que el asesino llevara de por vida el peso de exterminar a su progenitora pero se abstuvo, no porque le tuviera miedo a la muerte, sino porque el amor de madre la obligaba a no dejarle esa carga amarga a su descendiente. La vieja lloró en silencio la muerte de su prole, de igual manera que en silencio maldijo, con todas las fuerzas de su corazón, al autor material del asesino del menor de su camada. Pero éste no era el único hijo que la hiciera llorar, con el tiempo lloraría mañanas, tardes y noches por las acciones de otro de sus proles.

El día en que Medio Metro asesinó a su hermano, los del pueblo no lo podían creer, pero ninguno se atrevió a pronunciar palabra alguna, todos se encontraban acobardados.





Fotografía: Omar E. Rojas

MEDIO METRO

No obstante de encontrarse prestando el servicio militar obligatorio, era el soldado con más tiempo de ocio para descansar. Medía más de un metro con noventa y cinco centímetros, pesaba 60 kilogramos y calzaba 47. Ningún uniforme militar le quedaba a su medida; la camisa del uniforme, por sus largos brazos, le cubría únicamente media extremidad, y como debía utilizar talla XL por su gran estatu-ra, quedaba nadando, tanto en el pantalón como en la camisa, de ahí la burla de quienes lo miraban con el uniforme verde militar.

A pesar de su delgadez, se convirtió en el soldado que más raciones de campaña devoraba, como decían sus superiores. En menos de tres minutos era capaz de tragar ocho huevos cocinados, media

panela, dos latas de fríjoles, tres paquetes de galletas y dos tarros de leche condensada. A nivel nacional, ningún almacén de intendencia del ejército contaba con un par de botas para un soldado desproporcionado. Se quedó esperando en la guarnición militar, dos años, para que le dieran sus borceguís militares. Nunca le llegaron.

La única prenda militar acorde al cuerpo era el quepis, el que portaba con orgullo. Terminó de prestar el tiempo exigido para que le suministraran la libreta militar, sin llegar a uniformarse completamente. Jamás salió al monte a combatir, asistir a una parada o desfile militar, ni mucho menos logró, como añoraba, lucir las botas militares, razón por la cual no le otorgaron la libreta de conducta. Al no conseguir un uniforme a su medida, sobre todo por las botas, se dieron cuenta de la equivocación cometida al incorporarlo. No podían darse el lujo de reconocer su error públicamente. Sus comandantes, por los reproches recibidos al no lograr uniformarlo, juraron, además de amargarle la vida durante su estadía en el batallón, forzarlo a prestar todos los veinticuatro meses obligatorios de servicio para los reclutas que no contaban con educación secundaria.

Todo comenzó la misma semana en que lo presentaron a la brigada, cuando el general al mando le ordenó al mayor, comandante del pelotón, uniformar al soldado, en un plazo de veinticuatro horas, de igual manera como uniformó a los demás reclutas. Éste no lo logró, a pesar de que le transmitiera la orden al capitán y éste al teniente, quien a la vez se la transmitió al sargento. Desde la costurera hasta el sargento encargado del almacén de intendencia repararon la solicitud. La costurera sólo era diestra para realizar pequeños remiendos y el de intendencia no contaba con un par de botas número 47, sin embargo, el almacenista dedicó ciento cinco días a gestionar su consecución con sus homólogos en otras regiones del país. Ningún batallón contaba con unos borceguíes de esa talla.

Llevaba en el ejército cerca de doce meses cuando a alguien se le ocurrió mandarle hacer unas botas con el zapatero del pueblo. Fue un trabajo inoficioso, los borceguís le quedaron pequeños y desperfectos. A pesar que el zapatero se rehusó en un comienzo con la tarea encomendada, cuando el capitán le dijo que era una orden, por temor a las represarías del militar o de que lo fueran a señalar simpatizante de la guerrilla, cambió de parecer. Trato de acuñar las botas sobre una horma 43; era la que más se acercaba a la solicitada. El teniente al mando de la sección, a pesar de que los dedos se salían de entre la botas, lo obligó a calzarlas durante toda una tarde realizando ejercicios forzosos. En la primera y única postura, las botas quedaron inservibles. Medio Metro quedó con graves laceraciones en los dedos de los pies, llevándolo a la enfermería por cerca de cuarenta días, hasta que las ampollas de las heridas desaparecieron. Por no cumplir la orden, desde el sargento jefe del almacén de intendencia hasta el coronel, segundo al mando de la brigada, fueron reprendidos, de ahí su rencor y resentimiento hacia el soldado.

En el momento de incorporarlo, como la unidad militar tenía que completar la cuota exigida, no tuvieron en cuenta su gran estatura, y sobretodo el tamaño de sus pies. Todo el tiempo que duró como soldado permaneció en tenis y en pantuflas, asistiendo únicamente a la capacitación militar y realizando tareas correspondientes a la labor de estafeta dentro de la misma guarnición. Esta actividad le facilitó enterarse de aspectos considerados de reserva militar, conocer el manejo que a nivel interno se le daba al material de guerra, detectar contactos militares a través de la red de cooperantes y conocer algunos secretos de los oficiales de la unidad militar. Ninguno se imaginaba que todo este conocimiento lo utilizaría en el futuro, una vez dejara la institución militar.

Llegó al ejército a través de una batida, término empleado por los militares para denominar el ejercicio de reclutamiento en el cual inquieren a los jóvenes para prestar el servicio militar. Se encontraba en el terminal de la ciudad de la eterna primavera, a la que llegó prófugo de un frente subversivo. A pesar de estar militando en la subversión desde los doce años, se hallaba huyendo del grupo sedicioso al no cumplir con la última misión asignada. Le ordenaron asesinar, por ser del mismo pueblo, a una jovencita de quince años quien era la novia de un paramilitar del municipio de Dabeiba. Cuando fue a cumplir la tarea se percató que la conocía. Durante los dos únicos años de escuela, la belleza de la niña lo hechizó, era su amor platónico, siempre estuvo enamorado de ella y esta jamás le apartó la mirada. Las hormonas masculinas prevalecieron sobre la orden recibida.

Hasta ese día no había tenido el privilegio de tener una mujer tan próxima que no perteneciera a su entorno familiar. Mientras avanzaban por el collado para alcanzar la quebrada, sitio donde la asesinaría, la joven le confesó que en la escuela siempre estuvo enamorada de él. La confidencia fue mutua. Medio Metro, bautizado así por sus compañeros de escuela por su gran altura, le manifestó que el sentimiento era correspondido pero que su timidez, en aquella época, no le permitió expresar sus sentimientos. La revelación terminó en un acto pasional. No les importó no contar con una cama o una estera en ese momento; consumieron la relación a pleno día, con el sol como testigo, al píe de unas matas de plátano y unas de café. El sonido de la quebrada se encargó de opacar los gemidos de la mujer y los animosos gritos de felicidad del guerrillero. A pesar que únicamente contaba con la experiencia de contactos sexuales con sus allegados, alias Medio Metro se entregó por completo a la joven. En un principio tenía la idea de asesinarla después de la relación, no obstante cambio rápidamente de parecer; la entrega fue tan sublime que más

allá de lo carnal el amor floreció. Esa misma tarde, el dinero correspondiente para el pago de la coca que producían algunos campesinos de la región se lo entregó a la muchacha para que dejara el pueblo, a los dos días se reunirían en la ciudad de Medellín, lo cual nunca sucedió. A la llegada, el destino le reparaba su obligación militar. Desde ese día perdió todo contacto con la muchacha, acontecimiento que jamás olvidaría reprochándole al ejército toda la vida por la pérdida de su gran amor.

Su llegada al mundo correspondió al noveno parto de su madre. Hasta ese momento ninguno de sus hermanos había prestado el servicio militar, pero si el ejército hubiera indagado acerca de los antecedentes de su familia se percataría rápidamente que sus hermanos pertenecían a los grupos paramilitares que operaban en el Urabá antioqueño, esto sin llegar a desconocer que dos murieron integrando las bandas criminales denominadas "combos". En el momento que lo incorporaron, tenía anhelos por pertenecer a las fuerzas militares lo cual lo libraría de la persecución del grupo guerrillero, sin embargo dos circunstancias lo desmotivaron. Primero el hecho de que no le hubieran permitido encontrarse con la mujer que deseaba el día en que lo incorporaron, y segundo el que nunca lo lograran uniformar, cosa que no le sucedió en la guerrilla. Poco a poco le fue cogiendo tirria, tanto a la institución castrense como a sus superiores, sobre todo cuando estos últimos auspiciaban que fuera el hazmerreír de todo el pelotón, por su gran estatura, el tamaño de sus pies, su delgadez y ser el glotón de la brigada. No olvidaba la frase que mañana, tarde y noche le gritaban desde el dragoneante hasta el coronel: «Soldado usted no tiene derecho ni al aire que respira».

El paso por el ejército le permitió familiarizarse más profundamente con las armas de fuego. Una vez terminó de prestar el servicio militar no le costó trabajo incorporarse al Bloque de las Autodefen-

sas bajo las órdenes de alias Triple Quince, quien operaba en los municipios del norte y bajo Cauca antioqueño. Como, a pesar de su altura, todavía su rostro presentaba rasgos de niño le dieron la responsabilidad de cautivar y reclutar, para la organización, a jóvenes entre los diez y los diecisiete años de edad, residentes en la zona de influencia de Triple Quince.

El comandante, con complicidad de las autoridades civiles, militares y de policía de Tarazá, cogobernaba la administración municipal desde los años ochenta. Su rápido ascenso, dentro de la organización criminal, se debió al encontrar como mando medio del Bloque a alias Caballo Troya, quien anteriormente había militado en la FARC-EP. Éste último lo recomendó con alias El Verdugo, segundo al mando de la organización, quien integró las filas de la insurgencia en el Ejército Popular de Liberación EPL, hasta que fue sentenciado a muerte por ladrón. Logró escaparse asesinando con sus manos a sus verdugos, de ahí el alias. El Verdugo como Caballo Troya, le tomaron aprecio a Medio Metro, asignándole tareas supuestamente menores. Ellos se dedicarían exclusivamente a sus macro proyectos: proteger las hectáreas sembradas en coca, la expropiación de tierras, la extorsión, el cobro de vacunas, el cobro de peajes en las carreteras de las veredas, el generar terror y miedo en la población y el cometer asesinatos de acuerdo a los interés de la organización.

Con el fin de congratularse con Triple Quince, Caballo Troya y El Verdugo, Medio Metro semanalmente les llevaba, para saciar sus deseos, a jovencitas de entre los trece y los diecisiete años. Muy pocas jovencitas acudían por su propia voluntad, la mayoría eran reclutadas a las malas, para ello ingresaba a las escuelas de la región, y delante de los profesores y los alumnos, se las llevaba. Nadie se atrevía a denunciar, quien colocaba denuncia alguna, era asesina-

do. Fue tanta la relación con sus comandantes que hasta les conocía sus gustos sexuales en especial el de Triple Quince. El comandante una vez le confesó a un psiquiatra, antes de asesinarlo, que el deseo sexual se le incrementaba cuando torturaba a alguien, en especial cuando tenía ideología diferente. Antes de morir el psiquiatra, con la esperanza de que no lo estrangulara, lo asistió por cerca de dos horas como profesional. Le dictaminó que su fijación al sexo obedecía al tener desórdenes en los neurotransmisores por el estrés, la inseguridad personal, el sentimiento de inferioridad y temores por ser humillado o avergonzado delante de sus hombres.

Al torturar al psiquiatra, durante toda una tarde y noche, Triple Quince descubrió que entre más aberrante fuera, sus deseos sexuales se incrementaban. Siempre que cometía un homicidio requería, ese mismo día, tener relaciones mínimo con tres mujeres a la vez. Cuando Medio Metro no podía conseguirle hembras, ordenaba a sus hombres que le llevaran a sus enemigos, y delante de todos los violaba, de esa manera los desvaloraba, los volvía mujer. Jocosamente afirmaba que no existía mayor placer en el mundo que el humillar de por vida a los hombres. No podían soportar sentir que su enemigo los cogiera como perra en celo. De acuerdo a su experiencia, aquellos que tenían dignidad, después de la violación, le pedían a gritos que los asesinara, otros se suicidaban. Para Caballo Troya y El Verdugo no era ningún problema que Medio Metro no les llevara mujeres para saciar la libido. Perennemente tenían dentro de las filas a muchachitos, que por alcanzar algunas prebendas en la organización, accedían a todos sus caprichos carnales.

Con la llegada de Medio Metro, los comandantes de la agrupación se dedicaron a trabajar, por orden del nivel central, en dos direcciones. La primera apoderarse del Congreso, la segunda en transformar

las Autodefensas en partido político. El partido nunca se denominó como pretendían, pero si alcanzaron a llegar a las puertas del Palacio de Nariño, al recinto del Congreso de la República y a engrosar los organismos de seguridad nacional. La popularidad, efectividad y salvajismo de alias Medio Metro llevaron a la organización a entregarle la región de Dabeiba, paso obligado para llegar al Urabá antioqueño. Con alias Escalera, alias Medio Beso y alias El Verdugo, emprendieron su carrera hacia la ilegalidad, dedicándose a imponer el miedo y el terror, todo ello gracias al conocimiento de la zona y a los habitantes. Contaban con el dinero suficiente para comprar el silencio de las autoridades civiles, militares y policiales.

Su nueva tarea consistía en identificar campesinos colaboradores de la subversión. Cuando levantaba la mano y señalaba a alguien, no alcanzaba a pasar veinticuatro horas cuando el paisano caía bajo la barbarie de los fratricidas. De esta manera, cerca de doscientos campesinos fueron ejecutados solamente en el Cañón de Camparrusia, en menos de tres meses. El miedo de la población y el silencio de las autoridades, facilitaban su misión. No le costó ningún esfuerzo cumplir las tareas asignadas, años atrás las había realizado cuando llevaba sobre sus hombros el emblema guerrillero.

Aunque nunca cayó en manos de las autoridades y ningún enemigo lo eliminó, duró dentro de la organización criminal quince años, dos meses y tres días. Como a Triple Quince no le gustaba repetir niñas asaltó, a pleno día, un colegio en Frontino llevándose, con la complicidad de los directivos del plantel, a tres de las quinceañeras estudiantes. La suerte de criminal sólo le duró hasta ahí. Al conocer lo sucedido, una de las madres de las infantes se atrevió a ir hasta el campamento a exigirle que le devolviera a su hija. Como la muchacha le complació los caprichos sexuales a Caballo Troya, Medio

Beso y El Verdugo, luego de pasar por las manos de Triple Quince, Medio Metro decidió que a él también debía complacerlo. Se encontraba fuertemente atraído hacia la niña, por su linda cara, su carisma y ternura, además de su belleza. A pesar de la negación de la muchacha, la obligó a tener relaciones durante tres días y tres noches, no saliendo del cambuche hasta el momento de autorizar la entrada al campamento de la mamá de la infante. Durante sus días de romance, ordenaba a sus hombres que le llevaran los alimentos hasta su cama.

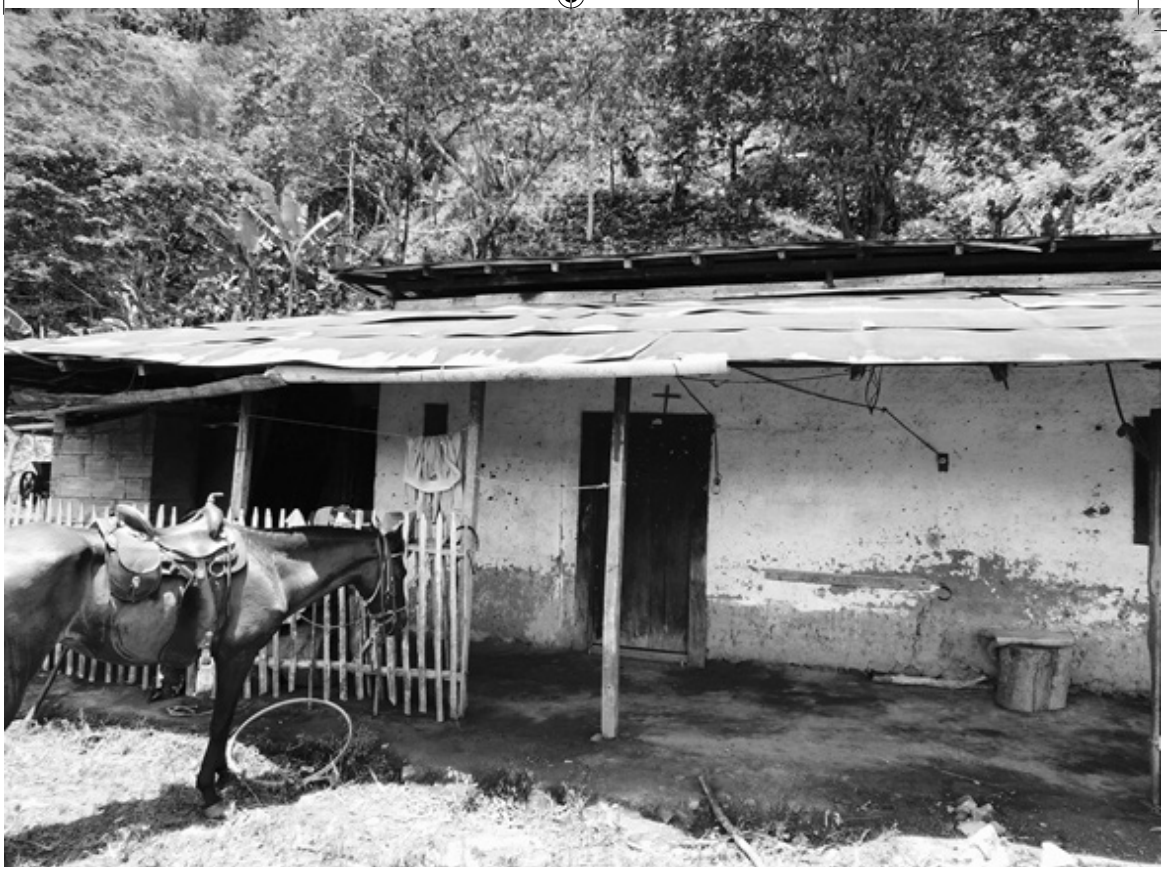
En un principio tenía la idea de darle unos pesos a la vieja, para que dejara el agite; de ese modo habían acostumbrado a las campesinas de la región para que se callaran y no acudieran a denunciarlos. En el momento de encontrarse frente a la madre de la jovencita, se llevó la sorpresa de su vida. Al verla su corazón palpitó aceleradamente, se trataba de la misma mujer que no asesinó años atrás, cuando se encontraba de guerrillero. Había removió cielo y tierra buscándola, pero la tierra se la había tragado sin dejar ningún rastro. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre ella con el propósito de abrazarla pero la mujer lo esquivó gritándole a pleno pulmón que le devolviera a su hija. Cuando estuvo más calmada, trató de escucharla quedando pasmado cuando la madre le contó que la jovencita que tenían secuestrada era su hija. Al escucharla, todos en el campamento, inclusive los que se encontraban a más de un kilómetro de centinelas, escucharon el grito de desesperación de alias Medio Metro.

La noticia no cayó muy bien. Como enloquecido ingresó a la enramada y sacó a empujones, casi a patadas, a la infante arrojándola a los píes de la mamá, quien con un largo y fuerte sollozo se dedicó a abrazarla y consolarla. Las dos se dedicaron por algunos segundos, tendidas en el piso, a berrear. En el momento de lograr calmase la mujer alzó la cara, y además de putearlo, lo maldijo con todas las

fuerzas de su existencia. Medio Metro, avergonzado consigo mismo, sólo tuvo valor para gritarle que lo perdonara. Ella solamente le repetía, que ni Dios podría hacerlo. Las palabras de su amada enloquecieron aún más a Metro y Medio quien, delante de toda la tropa les descargó los quince tiros de la pistola nueve milímetros que portaba, asesinándolas en el acto. En el instante de acercarse a los cuerpos, sólo se dio tiempo para cargar nuevamente el arma, y con ella, se disparó un tiro en la sien. En la medida que el cuerpo caía al pie de su ser amado, su mano derecha, inconscientemente, continuaba apretando el gatillo de la pistola la que se silenció solamente cuando se disparó el último tiro.

Al enterarse Triple Quince de lo sucedido, en señal de duelo, asesinó a quince campesinos ese mismo día, entre ellos a tres menores de edad con quienes primero sació sus instintos varoniles. Como si se tratara de un líder político ordenó que le hicieran cámara ardiente por siete días. Durante el velorio, día y noche, en cada esquina del ataúd colocó un paramilitar bien uniformado. Para el día del sepelio consiguió que el comandante de la brigada de la región le enviara la banda marcial y antes de enterrarlo hizo que los soldados de la patria tocaran las cornetas en señal de duelo. La bandera nacional y de las AUC fueron izadas hasta la media asta, en la mitad del campamento, en señal de respeto. Los cuerpos de la mujer y de la infante fueron tirados a una de las marraneras de la región, sin recibir cristiana sepultura.

El dolor de la muerte de alias Medio Metro acompañó a Triple Quince por varios años, hasta que se acogió a la Política de Paz y Reparación.



Fotografía: Omar E. Rojas

LA VIEJA CASA DE BAHAREQUE

De no ser por el color amarillento del techo construido con hojas de palma, a primera vista nadie se percata de que exista en medio de la maleza un rancho de bahareque. Una gran ceiba, un perrillo y dos cascarillos, árboles nativos de la región, ocultan la vivienda. Un despreocupado espectador tardaría en descubrir, colgando de una de las ramas del perrillo, una gran orquídea moteada y bronceada en sus bordes que trata de imponerse entre el verde claro de las hojas. Los pilotes estructurales de la vivienda son de abarco, *cariniana pyriformes*, árbol maderable de la región, lo que se evidencia por su color blanco cremoso y su apariencia fibrosa. Cualquier curioso a simple vista advierte que la casa se encuentra construida con un encofrado de esterillas de guadua relleno de argamasa con materiales propios

de la zona. El relleno de las paredes es disparejo y algunas huellas de manos y dedos se aprecian en las paredes, deduciéndose que ello es producto de la ausencia de un palustre durante su construcción. Los constructores no se dieron a la tarea de recubrir las paredes con una última capa de barro para luego lustrarla con algún tipo de cal. Alrededor de la base del rancho se observan algunas piedras medianas, que dan la impresión de ser las que sostienen todo el peso de la vivienda.

Pegado al rancho, muy cerca de la cocina, sin que el techo de palma la cobije, una gran piedra plana yace como lavadero. Sobre el fregadero permanece todavía, además de un pedazo de totuma, un viejo pantalón tieso e incoloro producto de la intemperie y del clima; encima de éste se ha aglutinado un pedazo de jabón de color azul, a la altura de uno de los bolsillos. Un balde plástico roto con algunas prendas de vestir, entre las que se alcanzan a ver unos pantaloncillos y unas medias de niño, está volteado en el suelo. El que la ropa se encuentre en estas condiciones lleva a pensar que la lavandera ha tenido que salir de manera apresurada. A un costado de la cocina, en el piso, un gran pilón artesanal de aproximadamente un metro está recostado contra la pared. Sobre éste descansa un enorme mortero de madera. En la cocinilla, de sendas horquetas, cuelgan una jarra y dos ollas medianas de aluminio, las cuales presentan algunas abolladuras por los costados. Como producto de cocinar con leña y combustibles naturales el menaje de cocina se topa cubierto por una capa gruesa de hollín fuertemente oscurecido. El fogón, enganchado a la pared sobre un armazón de madera, está conformado por tres medianas piedras que sirven de soporte para que las vasijas no se vayan a voltear. Alrededor de los pedruscos se perciben algunos trozos pequeños de leña y la acumulación de una gran cantidad de tizne en polvo, de color grisáceo. Las paredes y el techo tienen un tinte negro, en unas

partes más oscuras que en otras; su color obedece a la humareda que arroja el brasero cuando se encuentra prendido. A esta hora del día la luz del sol intenta colarse por un pequeño agujero redondo de un centímetro de diámetro aproximadamente, que se encuentra ubicado en el muro de la cocina, a un costado de las horquetas. Tres cucharas, dos tenedores, tres pocillos, un cuchillo de mesa y tres platos hondos desportillados que se perciben a un lado del hornillo, advierten la escasez en la que perviven los habitantes de la vivienda.

En la habitación, a un costado de la pared, cuatro trozos de madera redondos pastoriles sostienen dos largas tablas. Este andamiaje hace las veces de camastro. Sobre los tablones se observa una estera, especie de alfombra elaborada con juncos, la que sirve de colchón. Una mesa, una silla y un deteriorado baúl de madera hacen parte de los muebles de la morada. Éstos son rústicos y no tienen ningún tipo de barniz. En una esquina de la estera se ve, mal doblada, una manta colorida de algodón y una vieja almohada descolorida sin funda. A un extremo del aposento se encuentra una butaca sin una de sus cuatro patas que descansa sobre la base del asiento. Encima de la mesa una botella desocupada soporta, en la embocadura, la mitad de una vela de sebo cuyas gotas están, unas adheridas a lo largo del cuerpo del frasco y otras invadiendo la tabla de la mesa, dando la impresión de que ella es parte de la mesa. La adhesión del sebo impide descifrar el contenido del frasco antes de que lo hubieran convertido en mechero; si alguien necesitara retirarlo de la mesa tendría que hacer una fuerte presión para lograr despegarlo. Seis largos y anchos tablones de madera atraviesan el piso. Por el estado de aseo de la casa se aprecia que sus moradores se han esforzado por limpiar y barrer cuidadosamente la morada.

Al acercarse la media mañana la luz del día continúa intentando penetrar la vivienda, en especial por la pequeña ventana de la alco-

ba, que tiene un diámetro aproximado de 30 centímetros cuadrados. Sin embargo el resplandor del sol en la habitación es insuficiente para iluminarla en su totalidad. Para conocerla por dentro es necesario penetrar en ella y alumbrarla con la luz de una linterna o de una vela, por la ausencia de fluido eléctrico. Desde afuera nadie se puede imaginar que dentro de la vieja casa de bahareque se hallen dos cuerpos sin vida, los que no corresponden a sus moradores. Uno de los cuerpos se localiza sobre el tablado del dormitorio, boca abajo, con los brazos y las piernas estirados. Viste camuflado militar el cual a simple vista se percibe que es de una talla mayor. Si alguien se acercara a olfatear la tela no tardaría en notar que es la primera postura. El olor característico de las prendas nuevas todavía se encuentra impregnado en la tela. Las botas negras de caucho reflejan que su depositario no tuvo tiempo para acostumbrarse a ellas, porque no presentan ni un solo rasgo de desgaste. Debajo del brazo derecho se aprecia un fusil de asalto Galil 5,56 mm AR de uso privativo de las Fuerzas Armadas. La mano derecha, extendida mirando hacia el techo, sostiene un proveedor curvo de treinta cartuchos que se encuentra totalmente desocupado. El occiso presenta un tiro en medio de la frente de ahí que el charco de sangre se prolongue más allá de la cintura. Su largo cabello, el que se ve más oscuro de lo que era, está completamente ensangrentado y trenzado a un costado de la cabeza al estilo rasta.

Al atravesar la puerta de madera, caída a un costado del dormitorio, se visualiza la otra víctima. Para apreciarla es necesario traspasar un estrecho pasillo de unos cincuenta centímetros de ancho. El cuerpo se ubica en la habitación acondicionada como bodega. A diferencia de la alcoba, y a pesar de tener la misma dimensión, la bodega no está adoquinada, como tampoco cuenta con ninguna clase de ventilación. En un rincón se halla un azadón, un par de picas y

dos costales de fique con puchos de café y fríjol, panorama que responde a las costumbres campesinas de la región. Dos machetes están al lado de una desgastada enjalma que se encuentra casi en la mitad de la puerta. La tela de la enjalma presenta pequeños rotos alrededor de las costuras burdas por donde se asoman algunas de las pajas. Al pie de unos cinchos se halla el cuerpo, en posición de rodillas, con la cabeza descansando totalmente sobre la enjalma. La posición arrodillada de la víctima conduce a divagar si durante los últimos segundos de vida ésta trataba de afinar su puntería o se encontraba encomendándose con oraciones a su dios. Tiene totalmente destruida la cabeza y presenta un impacto en la mano derecha y un tercero en uno de sus tobillos, cerca de las muñecas. Sus manos están sueltas a lo largo del cuerpo. Del hombro izquierdo cuelga el portafusil. El fusil descansa delicadamente en el suelo. Al alumbrar la habitación se observaría de que hay en el suelo cerca de veinte vainillas calibre 5.56 mm, dando a entender que antes de su muerte se enfrentó con todas sus fuerzas a sus oponentes. Una de las paredes presenta varios impactos de trabuco. Al igual que su compañero, el cuerpo del occiso luce traje militar y botas nuevas de caucho de color negro. Cualquier avisado se daría cuenta, en una primera apreciación, de que los borceguís que porta son de una talla menor a la que estaba acostumbrado a utilizar. Sus pies no tienen calcetines y los talones no alcanzan a descansar completamente sobre la base de la suela de las botas.

Aproximadamente a unos diez metros de la vivienda, descansan tres cuerpos más. El primero y el tercero corresponden a jóvenes de entre veintidós y veinticinco años de edad, los que también portan uniformes de corte militar. El más cercano al rancho está en posición boca abajo, sobre la maleza, en medio de dos matas de plátano y unas tacuaras. Cuenta con una estatura aproximada de un metro

con setenta centímetros, el cabello es negro y corto, tiene piel morena. Además de presentar un impacto en la cabeza tiene otro en el tórax y un tercero en su pierna derecha. En la cara, el cuello, los brazos y las manos se observa un centenar de picaduras de zancudos, las que se identifican por el enrojecimiento y la hinchazón de la piel. De acuerdo con la posición en la que está ubicado se presume que intentaba ingresar a la vivienda, como buscando refugio. El segundo cuerpo corresponde a un aldeano, al parecer de la región por la forma pastoril de vestir, sobrepasa los cuarenta y cinco años de edad. Su sombrero vueltiao, tejido con fibras de la caña flecha por alguna hábil artesana del caribe, no lo ha abandonado, se halla a pocos centímetros de la cabeza presenta un pequeño agujero por donde supuestamente penetró un proyectil. No tiene armamento de largo alcance. Los dedos de su mano derecha parecen sostener una granada de fragmentación. Todos los occisos tienen botas de caucho, sin embargo se observa que los borceguís del aldeano se encuentran totalmente desgastados.

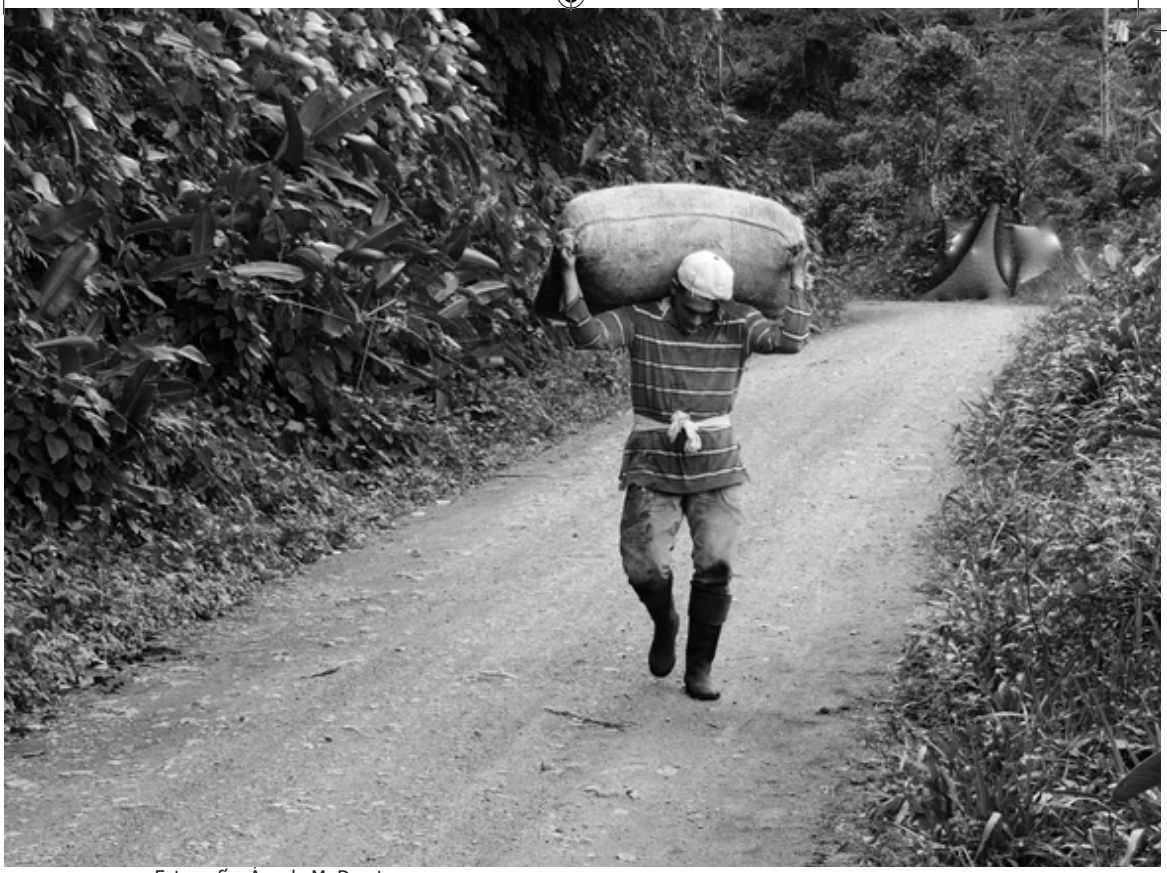
El tercer cuerpo se ubica a una distancia del segundo aproximadamente de ocho metros. Se descubre sobre la cañada, a un lado del cafetal. A diferencia del anterior su piel es blanca, tiene el cabello claro y largo, su cuerpo presenta tres impactos. Llama la atención que cuelga de su hombro derecho, atravesando el cuerpo, una vieja mochila arhuaca elaborada con lana de oveja. El zurrón tiene una representación del gamako, rana símbolo de la fertilidad para las etnias de la Sierra Nevada de Santa Marta y un colorido entre tierra, escala de grises y negro, además del marrón y del beige. Se alcanza a observar dentro de su interior, parte de un minicomputador portátil y algunos documentos, que no se identifican en una primera mirada. Posteriormente, en la rueda de prensa, se conocerá que estos cuerpos, más los que se encuentran en la vivienda, corresponden a jóve-

nes novatos combatientes de un grupo guerrillero; el no desgaste de las botas y de los uniformes así lo demuestra.

Sin embargo éstos no son los únicos cuerpos abatidos. Cañada arriba, a unos doscientos metros, escondidos entre los matorrales, se encuentran dispersos cinco cadáveres más. Se hallan distanciados a más o menos veinte metros entre sí. Se percibe, al observar las prendas militares que portan, que del grupo eran los más veteranos. Todos portan fusiles y tienen a sus pies sendas cananas, las cuales se encuentran repletas de pertrechos. Los uniformes que portan, a diferencia de los que tienen puestos las víctimas de la casa y sus alrededores, están visiblemente desgastados. Mientras los uniformes les quedan ajustados completamente al cuerpo, las botas muestran el deterioro provocado tanto por el tiempo como por el uso. El semblante de sus rostros es bastante diferente a los que se hallan más próximos al rancho de bahareque; la selva y el clima se encargaron de curtirles la piel. Al observar el rostro de los hombres se advierte con facilidad que éstos llevan días, inclusive meses, sin rasurarse ni peluquearse.

De estos cuerpos llama la atención el que se ubica sobre una gran roca, al lado de la pequeña quebrada, el que corresponde a una combatiente de aproximadamente dieciséis años de edad. Los rayos del sol del mediodía se encargan de revelar la totalidad de su rostro blanco. Tanto la morfología de la cara como las curvas del cuerpo reflejan su belleza, dejando en intriga a quienes puedan observar la escena al cuestionarse la razón por la cual una joven tan bella se haya vinculado en vida al movimiento subversivo del país. Mientras los cabellos rubios caen delicadamente alrededor de los hombros, la mirada de la mujer está dirigida exclusivamente a su vientre. Los ojos se encuentran abiertos, alcanzándose a percibir el verde claro de su iris. Sus dos manos se aferran desesperadamente al abdomen

mientras que sus dedos apisonan la camisa del camuflado militar a la altura del ombligo. Un fusil Ak-inservible, se encuentra arrojado a sus pies, a un costado del pedrusco. El portafusil, suelto en uno de sus extremos, flota suavemente sobre el agua clara del pequeño riachuelo que lentamente, a medida que la sangre abandona el cuerpo de la víctima, tiñe de colores rojizos el manantial.



Fotografía: Ángela M. Duarte

LAS BOTAS DE GILIBERT

A pesar de ser un poco más de las cinco de la tarde las viejas botas media caña no han perdido la brillantez. La embetunada americana, realizada a las tres de la mañana, permite que a esta altura de la tarde los borceguís conserven su contextura. Su portador, a pesar de no ser militar, desde hace veinticinco años se encuentra acostumbrado a dedicarle cerca de quince minutos diarios a la embetunada, tiempo suficiente para aplicarles cera y brillarlas, no descansando hasta que su rostro se refleje en ellas. Tiene un truco para que éstas conserven el brillo a pesar de las largas jornadas de trabajo a las que son sometidas. Al momento de lustrarlas, encontrándose de pie, sobre un andamiaje de unos quince centímetros de altura, coloca sin descalzarse una de las botas. Asume una posición medio agachado y medio para-

do emprendiendo de esta forma una especie de ritual. Con la cera de embetunar y algunas gotas de agua y alcohol, calculando muy exactas las porciones, prepara un amasijo. Envuelve muy apretadamente en su mano derecha un trapo sin pelusilla alrededor de los dedos índice y mayor. Posteriormente aplica sobre el cuero tres capas parejas y gruesas de la mixtura en intervalos aproximados de cinco minutos. A medida que se seca la mezcla frota sobre las botas, constante y rápidamente, el trapo húmedo con movimientos circulares. No deja de aplicarles, en una porción muy mínima, pizcas de agua y alcohol. Para brillarlas sujeta, con las dos manos, cada uno de los extremos de una bayetilla haciéndola zarandear velozmente por encima de las botas hasta lograr que la bayetilla se deslice suavemente sobre ellas, en ese instante da por terminada la lustración. Luis Eduardo se encuentra plenamente convencido de que el color del paño influye directamente sobre el resultado de la embetunada, de ahí que éste debe ser de color rojo. Cuando calza las botas, aproximadamente cada dos horas, automáticamente, con el objeto de pulirlas, hace pasar sobre ellas nuevamente la bayetilla, la cual una vez sacudida y doblada es guardada, siguiendo el rito, en el bolsillo izquierdo trasero del pantalón. La seguridad de la bayetilla la garantiza abotonando la tapa del bolsillo, como si el ojal y el botón constituyesen una especie de puerta y candado impidiendo que se vaya a escapar. Cualquier observador se deja impresionar fácilmente por el resplandor de las borceguís cuando su dueño las porta.

Las botas, más allá de ser una prenda indispensable del uniforme, guardan un significado especial para su propietario; el haber permanecido en su poder por cerca de un cuarto de siglo lo respalda. A diferencia con otras prendas de vestir los borceguíes jamás lo han desabrigado ni traicionado. Cuando ha perdido o aumentado el volumen corporal los botines siempre han estado disponibles para su

uso, aspecto que no es posible con prendas como las camisas o los pantalones. Durante el tiempo de permanencia con Luis Eduardo las botas han sido sometidas a tres remontadas de calzado consistiendo la restauración en la matizada del cuero y en el cambio, tanto de las suelas como de los tacones. El betún que a diario les aplica, se usen o no, garantiza una mayor conservación. Cuando por razones del trabajo tiene que abandonarlas por un tiempo considerable le paga a algún conocido para que les proporcione, al menos una vez por semana, una capa de cera de betún. Claro está que él es consciente de que en algunas oportunidades lo han engañado. En varias ocasiones las personas a quienes ha asignado la tarea de embetunarlas le han afirmado, casi jurado, que las han encerado, lo que no es cierto, de ahí que el reencuentro con las botas signifique dedicarles cerca de una hora para embardunarlas y brillarlas. Durante los últimos diez años, con el fin de garantizarles su conservación y no someterlas a otra acicalada, consideró no llevarlas a todos sus desplazamientos. Únicamente lo acompañarán a los lugares donde viaja por primera vez y a las largas caminatas urbanas que realiza los fines de semana por los barrios periféricos de la ciudad.

La generosidad o compasión de un antiguo camarada de infancia, como él mismo lo ha afirmado, le permitió durante los primeros años de su profesión beneficiarse de un par de botas más modernas y confortables las cuales, no 72 con el mismo afecto que las viejas botas media caña, también lo han acompañado a lo largo de su existencia. Ramírez, quien pertenece a otra institución armada y es conocido en las fuerzas antiterroristas por su fuerza y corpulencia como "Tyson", le obsequió años atrás un par de borceguís a pesar de no compartir su percepción de mundo sobretodo lo relacionado con temas como el humanismo en los integrantes de las fuerzas armadas. No comparte el giro que su amigo de niñez le ha dado al humanismo considerando

que los postulados que impulsan un interés social es símbolo de debilidad del Estado y de sus instituciones. Al contrario, Luis Eduardo promulga una corriente donde el hombre tiene la responsabilidad y el cuidado de sí mismo, de sus significantes y del medio ambiente. En sus discursos académicos, siempre ha afirmado que el deber ser de todo ciudadano tiene que centrarse en la capacidad de contribuir permanentemente en la construcción de civilidad, ciudad y país pero respetando la integridad de todos los seres humanos, independientemente de su etnia, estratificación social o creencia religiosa.

Tyson representa el sector de las fuerzas armadas que argumentan que la fuerza, las leyes, la religión y la familia son indispensables para imponer autoridad, además que, operativamente, no encuentra diferencia alguna entre la función de policía y la función militar. Anhela que le den facultades de policía judicial a todos los militares y les amplíen el fuero militar, de ahí que en varias oportunidades, a pesar de estarles prohibido, ha participado indirectamente en aspectos de política al recurrir ante congresistas para que éstos presenten proyectos de ley sobre la materia. Mientras tanto el hombre de las botas media caña aboga por una policía emancipada de todo lo castrense, enfatizando que es deber de los funcionarios de policía alcanzar ser amados, queridos y requeridos por la población, sosteniendo la tesis de que los policías tienen el deber universal de cautivar a los ciudadanos para que éstos se enamoren de las leyes, del país y de la sociedad.

A pesar de las grandes diferencias Ramírez ha admirado, resguardado y considerado a Luis Eduardo, reconociéndole su sensibilidad ante el sufrimiento y los problemas de las personas. En varias oportunidades lo ha visto despojarse de sus bienes para entregárselos a los desposeídos. En la época de estudiante percibió la impotencia

que se apoderó de su amigo ante los designios de la vida de terceras personas en el momento de ser expulsados de una cafetería. Caminaban por el centro de la ciudad y en una de las esquinas observaron a una mujer y sus dos hijos buscando alimentos en las canecas de basura. Dado que en los años setenta asistir a cine era todo un acontecimiento social, no bastaron las palabras ni reproches de Ramírez frente al hecho de que se encontraban en el lugar con el único propósito de asistir a la premier de la última película que llegaba al país, ni el hecho de haber planeado la salida alrededor de veinte días. Por cerca de unos quince minutos casi lo obligó a contemplar cómo la mujer, en cada una de las esquinas que visitaba, tenía que esforzarse para alzar a los infantes para que éstos penetraran dentro de los contenedores de desechos buscando sobras para alimentarse. Ese día no era de suerte para los desheredados, dado que en las cuatro esquinas visitadas no encontraron ninguna clase de comestibles.

La escena estremeció a Luis Eduardo, quien sin interesarle la resistencia de Tyson ingresó a un establecimiento haciendo alistar la mesa para cinco, presionándolo a acompañarlo a desayunar en compañía de los desafortunados. Al momento que el administrador del comedor se percató de que los desheredados estaban en una de las mesas intentó expulsarlos llamando a la policía, no obstante, gracias al aplomo de su amigo, no abandonaron el lugar hasta que la madre y sus hijos acabaron de consumir los alimentos. Una vez salieron del lugar y se despidieron de los desamparados, se sentó en la acera, al frente del negocio, y trató de calmar la impotencia a través de las lágrimas. Minutos después, tartamudeando, como era su costumbre, manifestó que no era justo que se presentaran casos como ese en un país tan rico en recursos como el de ellos. Al final del cuento, como relató Literalmente Tyson a sus amigos de barriada, con lo que iban a pagar los boletos del cine se cancelaron los desayunos, inclusive

gastaron más del presupuesto, circunstancia que los obligó a caminar por más de una hora para regresar al barrio. Todo ello gracias a la terquedad de Luis Eduardo, quien no le permitió a su amigo pedir dinero a algún parroquiano para conseguir lo del transporte.

El hecho de haber compartido la niñez le brindaba a Tyson el juicio suficiente para conocer, además de las fortalezas y debilidades, los ideales y sueños de Luis Eduardo, quien quería destinar su vida sirviendo a la comunidad como sacerdote. No lo motivaba ningún interés económico, se sentía realizado cada vez que lograba que una injusticia dejara de cometerse. El abuso del poder lo desesperaba, más aun cuando éste era promovido por servidores públicos. Las condiciones económicas de las familias de los amigos distaban. A pesar que sus progenitores tenían como única fuente de salario el que percibían por ser agentes de policía; en la casa de Ramírez se vivía el confort de la clase media, mientras que en el hogar de su amigo la humildad y la austeridad prevalecían. Durante la infancia, Luis Eduardo siempre se cuestionó frente al hecho que si tanto el padre de Ramírez como el suyo contaban con los mismos ingresos y sus madres eran amas de casa ¿por qué en la casa de su amigo nunca se veían expuestos a los problemas económicos por los que a diario atravesaba su familia? Al buscar una respuesta se le ocurrió preguntarle a su progenitor. Éste, quien era de pocas palabras, no pudo dejar de expulsar unas cuántas lágrimas al escuchar el interrogante de su hijo frente a sus condiciones sociales y económicas. Después de escucharlo detenidamente por algunos minutos, simplemente le contestó «En esta casa se ha vivido, se vive y se vivirá únicamente del salario digno de un policía». La respuesta marcaría toda la existencia de Luis Eduardo, de ahí que al fallecimiento de su padre mandó escribirle como epitafio: *Alcanzar la muerte con dignidad, principios y valores.*

Al terminar la educación secundaria Ramírez orientó su proyecto de vida hacia la carrera militar. Se encontraba empecinado en obtener el grado de general de tres soles, supuestamente para administrar el país dado que notaba que se habían perdido los valores familiares y las creencias religiosas. Mientras tanto Luis Eduardo se encontró obligado a abandonar la idea de ser sacerdote por no contar con recursos para ingresar al seminario sintiéndose forzado a incorporarse a la institución policial, pero a diferencia de su amigo adelantaría la carrera de suboficial. Al parecer el destino lo predestinaba simplemente a alcanzar el grado de sargento mayor. Durante los primeros años, lograban hacer coincidir el tiempo de sus vacaciones. Disfrutaban compartir algunos momentos con las amistades de barrio, reviviendo cada vez que se encontraban acontecimientos de la niñez. Sin embargo, Tyson y su familia muy prontamente se reubicaron en el sector más acomodado de la ciudad.

Desde el mismo inicio de la carrera militar la buena suerte, y su astucia de zorro, siempre ampararon a Ramírez. Antes de obtener el grado de subteniente logró conocer parte del mundo. Sin alcanzar a quedar entre los primeros puestos de su promoción logró que lo seleccionaran como alférez ejemplar, permitiéndole emprender, con homólogos de otras fuerzas, un viaje de doce meses en el Barco Escuela Gloria, emblema de la Armada Nacional. A partir de allí mínimo cada tres años lograba viajar al exterior. Durante la pubertad la amistad les permitía, además de realizar comentarios acerca de sus proyectos profesionales, darse mutuamente consejos de carácter familiar y personal. La presión psicológica ejercida por Luis Eduardo contribuyó para que Tyson emprendiera estudios de derecho. Una universidad privada le avaló algunas materias de la academia militar y antes de los veintitrés años, el grado de abogado fortaleció su carrera militar. El título alcanzado le permitió ingresar rápidamente a la justicia penal militar.

Durante los primeros viajes Tyson no dudaba en llevarle algún presente a Luis Eduardo, quien siempre buscaba una excusa para no recibirlos, pero ante la insistencia de su amigo los aceptaba. Nunca un presente de los de Ramírez fue llevado al hogar de Luis Eduardo; éstos, sin ser desempacados, eran donados a los más necesitados del barrio. Además si su padre se hubiera percatado de ello lo hubiera desaprobado, causándole algunos inconvenientes en la convivencia familiar. Al momento de volverse a encontrar con Tyson éste siempre le preguntaba cómo le había parecido el presente; el hombre de las borceguís le exaltaba los buenos gustos de su amigo.

Ramírez afirmaba ante sus amigos de barriada que la forma de actuar de su amigo, el abogado de los pobres, nunca le iba a permitir acceder a recompensas como las que a él le otorgaba el ejército, las que casi siempre serían concedidas a los que ostentaban el grado de oficial. Su amigo tenía la jerarquía de suboficial. Además, pronosticaba que Luis Eduardo nunca tendría la oportunidad de salir adelante, su idealismo no le permitiría aprovechar las oportunidades económicas que se le presentarían al ser servidor público policial. De ahí que cada vez que tenían un encuentro la invitación a tomarse un café o un refresco corría por la cuenta de Ramírez. Aparentemente, su amigo, no tenía cómo costearlos.

Frente a los amigos de barrio, Ramírez se ufanaba de contar con la capacidad de hacer reír a los demás. Estaba absolutamente convencido de que la chispa de humor que siempre lo acompañaba le otorgaba, tácitamente, autoridad para bromear y reírse de sus amistades. Si alguna vez se le hubiera ocurrido preguntarle a cualquier amigo qué pensaba acerca de sus chistes, fácilmente se hubiera percatado de que los consideraban fuera de contexto, de mal gusto o dignos de un idiota. Sus chistes sólo tenían la intención de incomodar o herir,

más que de provocar algún tipo de esparcimiento. La autoridad que consideraba tener frente a Luis Eduardo lo llevaba permanentemente a criticarlo por ser gendarme del orden. Continuamente le recordaba que mientras las fuerzas militares se daban el lujo de portar fusiles y metralletas para acabar con los enemigos, los policías tenían que enfrentar a los criminales únicamente con sus bolillos, nombre vulgar con el que la gente conocía los bastones de mando de los servidores policiales. Su apreciación, además de desconocer la realidad, carecía de toda lógica.

A pesar de que la función policial y la función militar se encontraban diferenciadas desde el marco constitucional, gracias al apoyo norteamericano la policía contaba con armamentos de última tecnología, entre ellos fusiles de largo alcance con los que a diario se enfrentaban a la subversión, al narcotráfico y a las bandas criminales. Los policías no le aportan nada a la sociedad, los militares sí, afirmaba de manera categórica. Además, en tono burlón, gritaba «su profesión es tan infeliz que todos los tombos quieren ser militares, no más mire como nos imitan». Frente a la apreciación Luis Eduardo con el tiempo le daría toda la razón a su viejo amigo de infancia. Amparado en su humor, irónicamente se refería a las borceguís de Luis Eduardo con el calificativo de "las viejas botas de Gilibert", haciendo alusión a que eran tan arcaicas que las había usado el francés Juan María Marcelino Gilibert al momento de fundar el cuerpo de policía un siglo atrás. Siempre que se encontraban, de una manera jocosa y con el propósito de que sus amigos se divirtieran, gritaba a todo pulmón «ahí vienen las viejas botas de Gilibert». Ellos no alcanzaban a entender el contenido ni el significado de la frase; sin embargo, para quedar bien con el oficial, desencajaban de la risa.

Con el propósito de modernizar a Luis Eduardo y que éste contara con un par de botas más seguras para los desplazamientos, Tyson,

después de asistir a un reentrenamiento en la Escuela de las Américas, antes de denominarse Instituto de Cooperación del Hemisferio Occidental y ser ubicada en *Fort Benning*, le obsequió el par de botas americanas utilizadas durante el curso. En un inicio Luis Eduardo dudó en aceptar el presente, sin embargo, más que el discurso de persuasión, fue el respeto por la amistad lo que lo llevó a recibirlas. Para evitar que las botas tomaran otro rumbo, casi obligó a Luis Eduardo a que las calzara. Lo hizo desfilar con ellas puestas. Le preguntaba si las sentía cómodas vendiéndole la idea de que la suavidad de los borceguís era esencial para la actividad profesional. Para convencerlo recurrió a cuestionarlo frente al hecho de que durante los cinco años que llevaba en la institución policial, únicamente le habían dotado de un solo par de botas mediacaña. La insistencia de su amigo lo condujo a aceptarlas. Antes de despedirse lo obligó a jurar que no las regalaría y que las luciría durante el trabajo. A partir de ese día los nuevos borceguís acompañarían a Luis Eduardo a todos los lugares en los que no llevara las viejas botas media caña. De todos los presentes que le ofrendó Tyson el único que usufructuó fueron los botines americanos.

El último encuentro entre Luis Eduardo y Tyson se dio cuando éste le obsequió las botas militares. Los dos pares de botines distaban, no en su funcionalidad sino en su estructura y comodidad. Las borceguís militares eran el producto de la combinación entre la innovación, la tecnología y la funcionalidad. Contaban con punta de acero, la suela era de caucho vulcanizado con entre suela de inyección de PVC, las plantillas eran extraíbles, el ojal contaba con un sistema de lanzada, y el material utilizado para su elaboración era la combinación entre el cuero y la gamuza. Mientras tanto, las botas que tanto apreciaba Luis Eduardo, eran producto nacional. Para su elaboración se tuvo en cuenta la funcionalidad más que la innova-

ción o la comodidad. Como semejanza se encontraba en que ambos pares eran de cuero y de color negro. No obstante, y a pesar del bienestar que generaban los botines militares, las viejas botas media caña nunca alcanzarían a ser desplazadas. Existía una fuerte relación entre su poseedor y los borceguís.





Fotografía: Camilo Quintero

LOS ALTOS DE CAZUCÁ

Los fuertes vientos lo obligaron a caminar más de prisa. La temperatura no sobrepasaba los seis grados centígrados. Tiritaba de frío. Eran casi las once de la noche cuando descendió de la buseta en la autopista, en la frontera con el municipio de Soacha, en la parte baja de la Cuenca Alta del río Bogotá, al sur de la sabana de Bogotá. No corrió con suerte. Se encontraba esperanzado en alcanzar el último recorrido del transporte pirata del sector toda vez que los buses autorizados laboraban hasta las diez de la noche y el servicio ilegal hasta las doce. Al observar que ya había partido el último recorrido decidió hacerle la parada a un automóvil particular pero éste iba a reventar, el conductor no atendió su requerimiento. Después de tres intentos de paradas se concientizó de que ningún vehículo lo llevaría

a esa hora hasta su destino, circunstancia que lo llevó a prepararse sicológicamente para ascender más allá de los 2.600 metros de altura. Tenía que escalar hasta la cumbre de Altos de Cazucá, asentamiento ilegal e informal de las familias más pobres, vulnerables y en situación de desplazamiento forzado del país. Su familia desde hacía tres años se encontraba asentada allí, en el municipio de mayor tasa de crecimiento poblacional, con un porcentaje del 22.3%, rebasando los índices de crecimiento del mundo. En la cima convivían con habitantes expulsados de comunidades negras, colonos, campesinos, inclusive habitantes de zonas marginales de urbes como Medellín, Barranquilla y Cali, entre otras.

En el fondo la caminada no era ningún inconveniente. Estaba acostumbrado a recorrer largos trayectos. Toda la niñez y parte de la pubertad la pasó en el Urabá antioqueño, donde caminaba más de una hora para llegar a la escuela de la vereda. A medida que ascendía el paisaje urbanístico se transformaba. Mientras que en la parte baja la mayoría de las calles se encontraban pavimentadas observándose casas amplias de dos y tres niveles, con fachadas pintadas, y aparentemente con todos los servicios, arriba, en los cerros, la viviendas se encontraban ubicadas en terrenos con amenazas físicas, con grandes dificultades de acceso a servicios públicos, desequilibrios ambientales, graves conflictos jurídicos por la propiedad de los lotes, y las calles estaban sin pavimentar. Su vivienda, construida con materiales de desecho, no supera los tres metros de frente por cinco de fondo, se encontraba en uno de los barrios de invasión del sector, era de un solo piso, no contaban con alcantarillado y la energía era de contrabando. En esta vivían todos los integrantes de su familia, quienes compartían las dos habitaciones, el baño y la cocina.

Aparentemente su contextura física reflejaba ser de una persona endeble. Quien no lo conociera no daría crédito a sus logros; alcan-

zó la cima de los Altos de Cazucá en cuarenta y siete minutos. Sus zancadas eran tan largas y uniformes que durante los diez kilómetros de recorrido no se vio obligado a realizar ninguna parada. Cualquier atleta quedaría asombrado por el récord que acaba de romper, no tanto por la distancia sino por la pendiente que había tenido que trepar. Se hallaba notablemente estimulado. Llevaba cerca de dos meses golpeando de puerta en puerta, de negocio en negocio, tratando de buscar empleo y tan sólo hasta ese día le daban noticias alentadoras. Lo que le parecía curioso era que en el lugar menos esperado, un desconocido le hiciera la propuesta. Del último trabajo lo despidieron de manera injustificada; era en una de las canteras de arena, gravilla y arcilla de los cerros del municipio de Soacha. Al momento de reclamarle al administrador que de los cuatro meses de trabajo únicamente le habían cancelado dos, el propietario de la cantera se disgustó tanto que lo despidió sin darle ninguna explicación ni oportunidad; tampoco le canceló los salarios que le adeudaba. El acontecimiento había sido toda una tragedia, ya que él y su hermana eran los únicos que devengaban salario y tenían que responder por las ocho personas que hacían parte del núcleo familiar. Además su hermana no percibía ni el salario mínimo, se encontraba laborando en un apartamento del norte de la ciudad como muchacha interna de servicio doméstico.

Dos cuadras antes de llegar a su destino disminuyó la velocidad. No quería que su mamá y hermanos lo vieran agitado. Tuvo tiempo para repasar lo sucedido durante el día. Salió de la casa a las seis de la mañana con la tarea de reemplazar a un amigo que necesitaba asistir a una cita médica. Como no era la primera vez que lo hacía no fue necesario que le diera explicaciones acerca de cómo vender las verduras de casa en casa; éstas eran transportadas en una carreta de madera. A las diez de la mañana cuando regresó su amigo quedó impresionado al encontrar que todo lo surtido se había vendido.

En señal de agradecimiento y conociendo sus necesidades, le pagó quince mi pesos por la jornada. Los recibió agradeciéndole de todo corazón; logró sin mayor esfuerzo conseguir lo que necesitaban para el diario, mucho más de lo acostumbrado. Subió nuevamente hasta el barrio y le entregó entusiasmado el dinero a su mamá. Cerca de la una de la tarde, después de almorzar, decidió acercarse al terminal de transportes del centro de la capital, a donde le habían sugerido ir en busca de trabajo.

El propietario del negocio no se encontraba, debía esperarlo cerca de una hora. A fin de que el tiempo se le pasara más rápidamente decidió caminar por los diferentes módulos del terminal. No reparó que desde la salida del establecimiento comercial donde ingresó a buscar trabajo comenzó a ser seguido. Cuando calculó que ya había pasado una hora, se acercó de nuevo al negocio donde le informaron que ese día no regresaría el dueño del local. Cabizbajo decidió comprar un refresco en uno de los negocios del sector. Al acomodarse en una de las mesas, y a pesar de que había otras desocupadas, alguien le pidió autorización para sentarse a su lado. Se trataba de un individuo de unos veintitrés años que vestía bluyín, camisa y saco de paño. No fue necesario mayor esfuerzo para entablar comunicación. Cuando menos se dieron cuenta estaban hablando de todo un poquito. Su compañero de mesa también se antojó de una gaseosa pero acompañada de una empanada, frito de harina con papa o carne de relleno. El recién llegado al observar la manera como miraba la empanada lo invitó a degustar una. La primera reacción fue de negación. No podía permitir que alguien que hasta ahora conocía lo invitara, sin embargo no logró precisar si la insistencia o el hambre lo coaccionaron para aceptar la invitación. Mientras consumían los alimentos abordaron el tema del servicio militar. El recién llegado sí lo había prestado, mientras que él por ser desplazado, a pesar de no haber

terminado la secundaria, le otorgaron la libreta militar de manera gratuita, seis meses atrás, justo antes de ser obligado a trasladarse junto a su familia hacia el centro del país.

El intruso se hallaba altamente entusiasmado. Acababa de llegar de trabajar de una finca ganadera en el departamento de Santander, al extremo norte del país. Durante los diez meses que duró el contrato de trabajo le pagaron más del salario mínimo legal. No tuvo que cancelar alimentación ni alquiler de cuarto. Además de las prestaciones sociales a que tenía derecho le reconocieron los días domingos y festivos no laborados, y los días correspondientes a las vacaciones. Según él, el dinero del trabajo le alcanzaba para la mitad de la cuota inicial de un apartamento para su familia. A medida que contaba su experiencia laboral el delirio que lo embargaba era transmitido al recién conocido. El indiscreto hizo un alto en su relato y le indagó acerca de su vida. A fin de no perderse detalles de la historia que le estaban relatando, le contó rápidamente que un grupo de paramilitares los había desplazado del Urabá antioqueño, junto con sus padres, una hermana, tres hermanos de uno, tres y cuatro años de edad y una tía con su retoño de cuatro años. Se vieron forzados a trasladarse a la ciudad de Medellín, al sector de la Comuna Trece, donde los combos de alias Valenciano y alias Sebastián los obligaron a trasladarse al otro extremo de la ciudad, al barrio Popular Uno, cerca de Manrique. Por negarse a ser uno de los carritos de los combos, o sea, de los niños y jóvenes de los barrios populares de la ciudad que transportan las drogas y los fierros de las pandillas juveniles fueron nuevamente expulsados del sector. A fin de no continuar de comuna en comuna, y olvidar la muerte de su papá, quien fuera asesinado por los combos de la Trece, decidieron trasladarse a la capital. De esa manera llegaron a los Altos de Cazucá en límites con el municipio de Soacha.

Antes de terminar el relato el desplazado sacó de su billetera una fotografía en la que aparecían integrantes de su familia. Ésta había sido tomada cuatro años atrás, en una finca del Urabá. Al mostrarla reflejó lo mucho que los amaba. Además, para que su nuevo amigo no desconfiara, le mostró la cédula y la libreta militar. Tanto el retrato como la cédula y la libreta militar las tomó el confidente. Terminó el relato de su vida recalcando que por no tener conocidos en la ciudad no lograba tener un trabajo como el que él mencionaba. El intruso al observar la ingenuidad, sencillez y humildad con las que el joven entrevistado relataba la historia familiar, además de la tristeza que lo embargaba por no tener trabajo, lo alentó para no perder las esperanzas. Lo tranquilizó y se ofreció a ayudarlo.

No lo podía creer. Acaba de escuchar que lo llevaría a trabajar como su ayudante en la finca, que él se encontraba autorizado para hacer esa clase de contrataciones. Simplemente debía acompañarlo a ordeñar cerca de doscientas vacas, que la jornada comenzaba a las cinco de la mañana pero que después de las once del día quedaban libres más o menos hasta las tres de la tarde, hora en la que debían recoger el ganado. Un poco después de ocultarse el sol, tenían tiempo suficiente para cenar y distraerse viendo televisión o jugando cartas con los otros jornaleros. Sin embargo, el intruso creía que el problema en esos momentos no era el salario, el cual se ajustaba al establecido por el gobierno. Manifestó que debía esperar seis meses, hasta cuando regresara nuevamente. Le acababan de comunicar que debía devolverse al día siguiente porque su reemplazo había sufrido una calamidad. Ante esta revelación, la osadía del joven a la cual no estaba acostumbrado, lo llevó a sugerirle que si lo podía llevar en esta oportunidad, que él no tenía ningún inconveniente. La propuesta lo hizo meditar. Después de algunos segundos le manifestó que era viable, que no tenía demasiado tiempo para despedirse de

la familia y que no olvidara que en la finca la señal de celular no llegaba por lo que quedaban aislados de sus familiares. Frente a ello el joven manifestó que no existía ningún problema, que él carecía de celular, además que por su familia no se preocupara, toda vez que por fin les compraría el apartamento que tanto deseaban. El nuevo conocido alabó sus últimas palabras manifestándole que estas sólo las pronunciaban los buenos hijos y los que iban a ser ganadores. Ambos sonrieron.

Acordaron encontrarse al otro día, cerca de las doce del medio día, ahí mismo en el terminal de transportes. Antes de retirarse se sorprendió nuevamente. Sin que se lo hubiera sugerido, el intruso sacó de entre los bolsillos de su pantalón un fajo de billetes y procedió a darle cerca de cincuenta mil pesos. Le manifestó que era el adelanto de la primera quincena para que se los entregara a su familia. Sin importarle que lo observaran tomó el dinero, dobló los billetes en rollo y en una servilleta de la mesa los envolvió escondiéndolos entre los pantaloncillos. Antes de despedirse le agradeció profundamente lo que estaba haciendo por él y le pidió que le devolviera los documentos. El intruso le manifestó que si no le importaba que él se los quedaría hasta el otro día cuando se encontraran de nuevo como prueba de que ninguno iba a fallar en lo pactado. No le encontró ningún inconveniente.

La ausencia de alcantarilla generaba un fuerte hedor que aumentaba durante el día, en especial cuando hacía demasiado sol. Debido a que las aguas negras sobrepasaban la larga zanja que atravesaba la calle sin pavimentar, los residentes debían caminar con cautela para no llevarse una mala experiencia al pisar algún excremento humano o de algún perro callejero que abundaban en el sector. Como era época de invierno tenía que saltar de piedra en piedra para no caerse

en uno de los charcos del lugar. El ladrido de un perro lo sobresaltó hasta el punto de caer en un charco provocando que sus zapatos y pantalón quedaran mojados y embarrados. Como si se hubieran puesto de acuerdo, todos los gozques de las casas del sector comenzaron a ladrar. Cuando logró salir del charco se quedó suspendido en el tiempo contemplando el rancho. No era tan amplio como el que habitaban en el Urabá antioqueño. Se fijó en cómo y con que materiales estaba construido. Vislumbraba lo que al parecer era una ventana, la cual tenía un pedazo de vidrio y un poco de cartulina. No tenía ningún marco que la soportara. La pared del frente de la vivienda era de bloques de cemento de un color grisáceo. La morada no contaba con ninguna clase de pañete. El techo era de unas viejas tejas de cemento sostenidas sobre cuatro parales de madera. Se negó a continuar realizando un vistazo más para no desilusionarse. Estaba cansado de vivir en esas condiciones paupérrimas y de ir de ciudad en ciudad buscando protección y mejores condiciones de vida. Una semana atrás se atrevió a juzgar a los de la Alcaldía de Soacha, quienes les informaron que se encontraban en una zona de alto riesgo geológico, que debían desalojar el lugar. En estos momentos les daba la razón. Sin embargo no tenían para dónde ir.

Al acercarse a la vivienda empujó la puerta. Ésta era un pedazo de tabla con un retazo de lámina metálica. No tenía ningún tipo de seguridad. Al penetrar a la pequeña sala encontró a su progenitora sentada en el viejo sillón, el cual había rescatado en un basurero. Se encontraba angustiada esperándolo. Se acercó a ella y le dio un cariñoso abrazo. Sin que ésta pronunciara una sola palabra le pidió la bendición. Mientras lo rodeaba con sus brazos, alzó su mano derecha, hizo la señal de la cruz y entre dientes rezó el padre nuestro. Durante algunos segundos permanecieron abrazados. No podía irse a la cama sin antes consumir algún alimento; la cucha, como se re-

fería a su progenitora, le había preparado frijoles, arroz y huevo. Los degustó como nunca. Antes de irse a la cama le contó cómo las cosas estaban cambiando para bien. Por la mañana su amigo le facilitó lo del diario, por la tarde un conocido le propuso trabajar en una finca, hasta le dio cincuenta mil pesos de adelanto. La mamá se limitó a contemplarlo y escucharlo. El entusiasmo lo estaba embriagando. Le pidió que no se apresurara en las decisiones, que todavía podía encontrar algún trabajo en la ciudad. Él simplemente le relató cómo la persona que le estaba ayudando en tan sólo diez meses había logrado ahorrar para la cuota inicial de un apartamento. Todo porque el salario les quedaba libre al no pagar el hospedaje y la alimentación. Además no tenía que pagar transporte, pues éste corría por cuenta de los patrones. La cucha simplemente le aconsejó descansar para que al otro día tomara una decisión con la mente blanca, sin nada que lo atormentara. Nuevamente le dio la bendición de las buenas noches pero antes de dormirse le recitó la vieja frase de las madres —mijo tenga cuidado, de eso tan bueno no dan tanto—.

A pesar de la insistencia de la cucha en que no aceptara el trabajo, cerca de las nueve de la mañana decidió partir. La vieja le había planchado la mejor muda de ropa. Las otras pocas prendas las acomodó en un morral de lona que cargaba en la espalda. Al momento de despedirse de sus hermanos les advirtió cómo debían tratar a la cucha, recalcándoles que siempre debían obedecerla, que pronto regresaría. Toda la familia salió a despedirlo a la puerta del rancho. No hubo ningún integrante del hogar que no arrojara lágrimas. Al darse el último abrazo le entregó a su mamá los cincuenta mil pesos expresándole que él no los iba a necesitar. Se comprometió a que antes de quince días le haría llegar más dinero y que llamaría al trabajo de su hermana para contarle como le estaba yendo. No faltó la bendición, pero esta vez el abrazo de la mamá se alargó más de lo acostumbrado. No ingresaron a la vivienda inmediatamente.

Echó el último vistazo. Su mirada, además de reparar en cada uno de sus seres queridos, se centró en la construcción de la morada. Intentó grabar en su memoria la última imagen del rancho de escombros. Era la motivación para no olvidar su compromiso familiar: conseguir la cuota inicial para una vivienda digna. De manera apresurada dio las largas zancadas a las que estaba acostumbrado perdiéndose a lo lejos de la calle. Sólo tenía un pensamiento. La suerte le estaba sonriendo.

Nueve años después, en los Altos de Cazucá, la cucha lo sigue esperando. Frente al rancho, todos los días, a la misma hora, sentada en una banca de madera se queda contemplando la calle sin pavimentar por donde lo vio partir. Por lo menos al cucho, años atrás, le pudo dar cristiana sepultura.



Fotografía: Omar E. Rojas

ANTE LA DIESTRA DE DIOS PADRE

Luis Eduardo se encontraba maravillado. Cuando el viejo León explicaba algo sus palabras eran más que versos, a pesar de que éstas no lograran alcanzar la rima. En su vida académica siempre le vendió a sus estudiantes la idea de que el discurso, al igual que la prosa, era también poesía. Éste debía sensibilizar, concienciar, transportar, imaginar, transgredir, provocar, cautivar y enamorar. La gran responsabilidad del docente se encontraba en la capacidad de cautivar y enamorar a los estudiantes por la vida y por el conocimiento sin interesar que éste fuera conocimiento popular, conocimiento técnico, conocimiento artístico o conocimiento científico. Para que un país alcanzara un alto desarrollo debía formar grandes científicos pero para ello debía contar con grandes maestros, sobre todo en los primeros años de vida escolar. Y un gran maestro se caracterizaba no por su capacidad memorística sino por el don de gente, la humildad, la transparencia, y su entrega a la humanidad. Sólo así los maestros

tendrían la capacidad de formar hombres y mujeres sensibles y transformadores. Frente a ello tenía sus propias conclusiones. El país, y en especial los claustros universitarios, se encontraban formando doctores académicos fríos, amantes de sus logros personales, desnaturalizados y descontextualizados de la realidad social. No existía nada más violento y degradante para un estudiante que el tener que soportar como profesor a un ser alejado de la realidad social, incoherente entre el discurso y su actuar. Conocer a León le permitió reafirmar sus principios y valores. No solamente por lo que le enseñó sino por lo que proyectaba como ser humano, como líder. El viejo León, a pesar de no encontrarse en la escuela de profesor, era un gran maestro, de ahí que le agradeció a Fraternal que lo hubiera invitado a conocer el trapiche del pueblo. De igual manera que las universidades de élite la población contaba con grandes laboratorios naturales entre los que se encontraba el trapiche de lo que ellos no eran conscientes.

Nunca se imaginó volver nuevamente a sentir el placer de sentir y vivir tan cerca una molienda de caña, la que era un bello recuerdo de infancia. Se imaginaba que éstas habían evolucionado de igual manera como en los últimos años había evolucionado la fotografía o los sistemas de grabación o reproducción de sonidos e imágenes. La única diferencia que encontró con el trapiche que conoció muchos años atrás radicaba en que el moderno ya no era halado por yeguas o machos eliminando al arriero, quien sin salir de la enramada tenía que recorrer cientos de kilómetros en un solo día. Sonrió porque cuando niño ayudaba durante las moliendas arriando las bestias; aparentemente había perdido el trabajo. La diferencia que observaba era simplemente una pequeña muestra, la cual, a pesar de la ausencia de Estado, reflejaba que la tecnología no se encontraba completamente alejada del desarrollo del condado.

Ni en sus clases de doctorado contó con un maestro tan diestro en pedagogía y tan versado en cultura campesina como el viejo León, a pesar de que este solamente cursara hasta tercero de primaria. Lo miraba con fascinación, respeto y admiración. Se movía entre el público como una gacela y al momento de mencionar algún objeto estaba sobre él enseñándoselo a quienes se encontraban escuchando. Inclusive los viejos aldeanos que conocían el tema le colocaban atención, hasta dejaban de fumar tabaco, tomarse el tinto o beber guarapo. El viejo pueblerino contaba con algo que Luis Eduardo siempre había admirado: la capacidad de alzar la voz o bajarla en el momento adecuado, para llamar la atención de los asistentes. Esa técnica solamente era manejada por los grandes oradores. Lo interesante era que el viejo no contaba con ningún marcador, retroproyector o tablero a su alcance.

A pesar de saber que estaba gravando todos los acontecimientos con el bolígrafo espía que heredó años atrás de su mejor amiga, tomaba apuntes en la libreta. Cada palabra que pronunciaba el viejo la digería plácidamente y con detenimiento. Alcanzó a escribir cerca de diez vocablos que jamás había escuchado. Como si estuviera en un aula de clase Luis Eduardo no se cansaba de preguntar, hasta alcanzó a pensar que sus inquieres podrían incomodar al resto de los oyentes, pero no era así. Todo lo contrario. Los campesinos se sentían orgullosos que el hombre de ciudad le preguntara a León de ahí que le colocaran gran atención tanto a sus indagas como a las contestaciones. Le pareció bastante curioso que al momento de interrogarlo acerca de cómo prendían el fuego de las calderas de la enramada León le diera la palabra al jornalero quien en aquellos momentos se encontraba atizando el fuego. El viejo no sabía nada de empoderamiento pero aplicaba sus lineamientos cada vez que le explicaba a los campesinos una actividad a realizar.

Ni a la hora del almuerzo se suspendió la molienda, ésta era un trajín preparado para tres días seguidos, se encontraban en el último. La comida consistía en un fiambre envuelto en hojas de plátano, siguiendo muy a la letra, las costumbres campesinas de la región. La cocinera se percató de que el fiambre tuviera todos los ingredientes: arroz, carné molida, chicharrón, una tajada de plátano frito y un huevo duro cocinado. No falto de sobremesa la totuma con guarapo. Cuando Luis Eduardo acabó de matar el hambre se tiró encima de una pila de bagazo teniendo precaución de que no hubieran avispas dado que éstas, sin que nadie las invitara, llegaban a toda molienda. Trato de tomar la siesta del medio día pero la ansiedad lo llevó a transcribir la clase del viejo León, colocando la misma atención de las horas de la mañana. El tema de la panela lo cautivó, no tanto por el dulce aroma que durante todo el día saboreó, sino por saber que ese delicioso alimento no faltaba en la dieta alimentaria de los hogares humildes de Suramérica.

Al accionar el dispositivo de escucha de la grabadora dejó que la voz palpitante del campesino lo acompañara en su descanso.

—Algunos olores tienen sabor, entre ellos el olor de la panela, y más aún cuando la panela esta fresca, sobre todo antes de ser empacada. El olor es dulce, penetra al cuerpo tan agradablemente que provoca llevarse un pedazo de panela a la boca. Nadie logra negarse a la tentación. El olor de la miel de la caña de azúcar, desde el momento de encontrarse cocinando, se esparce tan lejos que la gente se percata fácilmente del lugar de la molienda. No sobra el que llega por miel para la chicha o el guarapo, o el que quiere prepararse un blanqueado. Al guarapo, para limpiarlo, se le echa la baba del árbol de balso, para eso es necesario machacarlo y ponerlo en agua. El mete caña es quien alimenta el trapiche, donde la máquina se encarga de separar

el guarapo del bagazo. El líquido es trasladado desde allí hasta los tanques ubicados encima de los hornos donde el fuego se encarga de melarla. Además del carbón y la leña, en el trapiche campesino el bagazo seco se utiliza para darle fuerza a la candela. Al momento de estar en el punto la melaza se traslada hacia la batea donde se le da algún tiempo para refrescarla, de allí sale a las gavetas de madera donde la miel caliente se enfría encargándose de darle horma a la panela. Aquel versado sobre la preparación de la panela no permite que se le agregue ningún químico, tan sólo consiente, cuando se encuentra en el punto para sacarla, echarle un poco de sebo de res, esto para darle un sabor parecido a la de la leche—. Precisaba León en la apertura del curso acerca de la panela.

—La molienda no es el comienzo del proceso. Dos años antes los agricultores de caña de azúcar han tenido que rozar el terreno. Para ello fumigan o azadonan la tierra sembrando cuatro mil o cinco mil colinos en una hectárea. Al sembrar la planta se percatan que los bretones, por donde va a salir la caña, queden siempre de lado. Esperan aproximadamente mes y medio para la aporca tratando de hacer a la vez una desyerbada a mano. Después vendrá otras aporcadas de acuerdo a los criterios del sembrador. Los viejos campesinos no permiten deshojar la mata de caña porque esta se jecha antes de tiempo, se pone dura. Según la calidad de la caña se recoge desde los veinte meses en adelante. Cualquiera no puede coger caña de primeras. El tallo de la caña de azúcar presenta una pelusilla tan pequeña que quien la toca no puede dejar de rascarse por horas, a pesar de que se libre de las espinas. A las mulas o los machos se le coloca una angarilla en la que se acomoda la caña una vez que es cortada. Desde el corte se traslada al lugar de la molienda—. Concluyó.

Al final de la grabación se escuchaba un gran alboroto y todo gracias a Luis Eduardo quien al acabar la exposición aplaudió por

varios segundos la intervención del viejo León. El aplauso fue tan emotivo que todos los campesinos se dejaron contagiar. Inclusive hubo un gran abrazo entre el alumno y el profesor.

Cuando la grabación se detuvo, a pesar de encontrarse solo sobre la pila de bagazo, soltó una agradable y débil carcajada. En esos momentos pensó que cualquier pintor se enamoraría fácilmente del espectáculo de la molienda campesina, de la siembra, la recogida y del traslado de la caña de azúcar hasta el trapiche, no negándose a unas pinceladas. —Claro ésta— dijo en voz baja, como tratando que nadie lo escuchara pero esperando que el eco guardara sus palabras —que existen grandes complejos industriales de la fabricación de la panela donde se pierde en su elaboración el toque mágico de la cultura campesina—.

Como todos los magnos cursos universitarios la clase de León se cerraba con la práctica, de ahí que la tarde fue aprovechada por Luis Eduardo para pasar por cada uno de los puestos de trabajo de la molienda. Desde el trabajo de recolector de bagazo hasta la de empacador de panela realizó. No acaba de pasar por todos los puestos de trabajo cuando los mensajeros les cayeron, eran aproximadamente las tres de la tarde. Desde las dos de la mañana se encontraban trabajando, unos juntando leña, otros arrimando la caña y otros empacando la panela. Se aproximaron sigilosamente por el cafetal, algunos por el cañaveral, y los cogieron a todos desprevenidos. Tanto el que se encontraba recibiendo el bagazo como la bagacera ni se enteraron de los acontecimientos. Se topaban completamente concentrados con la labor que realizaban. Luis Eduardo se hallaba con una canoa de plátano, la que medía aproximadamente sesenta centímetros de largo, halando la miel para hacer el blanqueado lo que en la región andina denominaban alfandoque.

Dos hombres con fierro en mano bastaron para intimidarlo. Intentó colocar resistencia pero cuando observó que al viejo León y a Fraternal los tenían en el suelo, boca abajo, no los quiso exponer al riesgo. Los hombres que los detuvieron les colocaron un pie sobre la espalda presionándolos el pecho contra la tierra, esto con el propósito de impedir que realizaran cualquier tipo de movimiento. A todos los registraron, en especial al hombre de las botas de Gilibert de quien sospechaban se encontraba armado. Le hicieron un registro tan minucioso como buscando una aguja. Mientras tanto cuatro hombres con fusil R 15 se colocaron en cada esquina del trapiche, con sus armas le apuntaban a todos los jornaleros quienes, con cierto miedo y temor, tímidamente levantaron las manos.

De todos los que se encontraban en la molienda se trastearon con Luis Eduardo, Fraternal y el viejo León. A los demás les ordenaron que continuaran trabajando como si nada. Para apurarlos con el trabajo uno de los hombres hizo una ráfaga al aire, todos, además de amedrentarse, se vieron coaccionados a continuar con la faena. La tentación del olor de la panela no les fue indiferente. Disimuladamente los inoportunos se echaban un bocado de panela, inclusive uno se atrevió a llevarse el alfandoque el que guardó apresuradamente en uno de los bolsillos del camuflado. Caminaron por cerca de tres horas, trocha arriba, como buscando la cumbre. En un momento el viejo se rezagó pero Luis Eduardo y Fraternal, cada uno por un hombro, lo ayudaron a caminar. En determinados sitios los hombres que los trasportaban silbaban como las aves. Hasta que el chiflido no les fuera contestado no avanzaban. Los estaban esperando.

A pocos metros de entrar al campamento, a los tres, les ataron fuertemente las manos en la espalda. En la enramada del comandante los empujaron con tanta fuerza que Fraternal y el viejo León cayeron

de bruces sobre el suelo donde se dedicaron a balbucear madrazos. Luis Eduardo tambaleó pero continúo de pie. Tuvo que doblegarse al momento en que un hombre armado, por la parte de atrás, le propició un fuerte golpe en la coyuntura de las piernas provocando que bruscamente se arrodillara. Luchando contra la ley de la gravedad se incorporó pero nuevamente recibió el golpe a la misma altura. Esta vez quedó tendido, comiendo tierra, hasta que dos hombres lo cogieron de los sobacos y de un fuerte jalón lo dejaron de pie.

No tuvieron que esperar demasiado tiempo cuando una voz fuerte y ronca se escuchó, como demarcando el terreno.

—De igual manera como nadie tiene el honor de levantarme la mirada, tampoco tienen el derecho de estar de pie cuando les hablo—. Exclamó.

Las provocadoras palabras, recibidas como una orden por parte de sus avasallados, fueron una ofensa para Luis Eduardo quien demostró su desconcierto con un fuerte gesto en su rostro. Prestamente los uniformados se encargaron de obligar a los prisioneros a arrodillarse. Luis Eduardo quien ni en la iglesia se postraba se negó. Su actitud llevó a que uno de los hombres armados le colocara el revolver con violencia sobre la cabeza, al estilo tire y hala. Al ver que no lo amedrentaban un facineroso dejó de apuntarle y montando el martillo del revolver se lo colocó en la cabeza de León quien, a pesar de tenerla gacha, esgrimió un afanoso grito. Al evaluar la situación, sin dudarlo, Luis Eduardo dobló las piernas y lentamente colocó las rodillas en el suelo en señal de sumisión. No iba a bajar la cabeza cuando uno de los hombres, con un fuerte jalón, se la hizo agachar, sin embargo el recién llegado le hizo una seña por lo que procedió a alzársela nuevamente halándolo de las greñas.

—Doctorcito, hasta que al fin pude cobrarme la deuda que me atormentaba. Como siempre lo he dicho el mundo es demasiado pequeño y más para mis enemigos—. El hombre replicó.

Luis Eduardo se limitó a reparar, de arriba abajo, a quien hablaba. Jamás lo había visto como tampoco escuchado. Tenía la capacidad de grabar en su memoria rostros y voces pero no nombres. En una primera apreciación no centró la mirada en la contextura de quien hablaba sino en lo que portaba. La gruesa cadena de oro que le rodeaba el pescuezo y el ostentoso reloj no pasaban desapercibidos. A pesar de que la camisa del camuflado era de manga larga, el sujeto se la arremangaba. Los rápidos pensamientos del hombre de las botas de Gilibert no lograron deducir si era para refrescarse del calor por la temperatura del lugar o para exponer el reloj ante quien lo observara. Contaba con una reata militar de donde le colgaba una pistola de un lado, y del otro, una funda de nylon para el porte del cuchillo. Los anteojos anti solar, a pesar de ser pasadas las cinco de la tarde, impedían apreciarle la totalidad del rostro. Por la forma de hablar dedujo que éste si lo conocía. Trataba de hacer memoria de la fisonomía de su captor pero no acertó de quién se trataba. La palabra "doctorcito" lo llevaba a divagar. Contadas personas en su vida lo trataban de doctorcito, en sentido peyorativo, y todas ellas pertenecían a la institución policial, de ahí que hacía memoria si se trataba de un oficial en retiro.

El hombre continúo con su discurso. —Es un honor tener en este estado de sumisión, al hombre que quiere limpiar las fuerzas militares. Se estará dando cuenta, que al tener enemigos en ella, no se puede estar seguro en ningún lugar del mundo. Imagínese, se encuentra usted a las puertas del cielo, dizque en el Parque Natural Paramillo, donde los pecadores de sus compañeros no pueden entrar, el miedo

no los deja, son conscientes de que al llegar sin mi consentimiento los espera cuatro tablas, una primera página en algún periódico o revista, y una medalla para héroes muertos—. Al observar que el capturado no se inmuta el aventajado da tres pasos cortos quedando en frente de Luis Eduardo.

—No lo ha adivinado, mayor. Debe ser porque no me ha apreciado en la totalidad. Permítame y me despojo de estos anteojos—. Perezosamente, pero con toda la precaución del mundo, se despoja de los espejuelos aproximándose lo más posible a la vista de Luis Eduardo. —Ni con esta gran pista mayor, no me defrauda tan rápidamente, mire que todavía no he iniciado la fiesta, por eso es que lo traje acompañado. Es de mala suerte no cobrar las cuentas triplemente, y usted me debe. ¿Doctorcito o mayor? Todavía no sé cómo llamarlo—.

Ante el silencio de Luis Eduardo continúa su monólogo. —Mayor, me lo sirvieron en bandeja de plata. A pesar de que me costó porque tiene muy buenos amigos en la capital, pero no en la región. Mi buen amigo, el coronel de Valledupar, me pidió un favorcito al que no me pude negar. Como se podrá dar cuenta vale más mil millones que un amigo. Además sólo bastó seguir el itinerario de un vuelo además de aprovecharnos de su instinto investigador. ¿Pero mayor, todavía no da con quién se encuentra?

A pesar de abrir bien los ojos y hacer memoria, Luis Eduardo no logra identificar a su captor. —Señor, a usted no lo conozco. Considero que me está confundiendo, además desconozco la deuda que se encuentra cobrándome—. Un fuerte alarido se escucha en el lugar.

—Mayor, no me venga a joder porque el tiempo para mi es oro. Primero yo no soy señor, de eso no tengo nada. Si vamos a hablar re-

fiérase a mi como Triple Quince, de lo contrario terminemos de una vez esta huevonada. Veo que mejor es ahorrarnos tiempo. Su nombre es Luis Eduardo, trabaja desde hace veinticinco años como policía, su alias es el más largo de todos los que conozco, el hombre de las botas de Gilibert, tiene dos hijas la una se llama…—. Iba a continuar con la información pero su víctima se lo impidió. Sus hijas nunca podían llegar a una conversación y mucho menos en ese escenario.

—Espere señor…, disculpe Triple Quince. Creo que se encuentra mejor informado de mi vida que yo mismo. Simplemente deje ir a mis acompañantes y le garantizo que le diré lo que considere que usted debe conocer.

—Felicitaciones mayor, creí que me iba a dañar la fiesta. Lo reconozco tiene usted bastante coraje como para pedirme negociar. Yo nunca negocio con mis enemigos. La deuda es muy fácil, usted se robó a John Mario y dañó el negocito. Hasta volvió importantes a mis amigos militares en la Fiscalía y en los juzgados. Tenga presente mayor las deudas que tienen con mis amigos también las tienen conmigo, por eso las cobro. Mayor, cuando no hay dinero con la vida se pagan, esa es la ley para lograr subsistir.

—Señor Triple Quince, ya estoy haciendo memoria. Como menciona a John Mario y al coronel de Valledupar ya se de lo que me está hablando. Yo no me robé a John Mario, él voluntariamente se entregó a la Fiscalía, ningún grupo de inteligencia en el país conocía hasta ese momento de las ejecuciones extrajudiciales. Simplemente quería proteger su vida y me pidió protección, mi responsabilidad era ayudarlo. Si usted o cualquier otro, sin interesar su color, raza, religión, condición social, ideología o actividad me piden que les proteja su existencia hasta con mi vida lo haré. Es mi obligación como servidor público policial, además considero que el principal principio en este mundo es la vida no la muerte.

El interlocutor con cierta risa maliciosa en su rostro se dispone a responder, pero antes, como cuidando las palabras a decir, se toma unos segundos recorriendo los pocos metros que hay en el cambuche.

—Excelente mayor, me salió doctorcito y con dignidad. Ya me estaba aburriendo en estas selvas sin tener a alguien que me divirtiera, hasta me hiciera reír con las palabras. Veo porqué el odio que le profesan sus propios compañeros de armas ¿quién lo iba a creer? En esta guerra todavía existen ingenuos, y más con uniforme, que se atreven hablar de principios, de valores. El único valor que hay en el mundo son los euros y los dólares, ni el peso porque se encuentra devaluado—.

Antes de continuar con el discurso se aproxima hasta Luis Eduardo dándole la orden a sus hombros para que lo pongan de píe, quienes cogiéndolo nuevamente por los sobacos lo alzan como levantando una pluma. Cuando se encuentra erguido lo mira fijamente a los ojos, expresándole.

—Mayor me tiene usted intrigado. Si yo como delincuente le pido protección usted me la daría. Ese cuento no me lo voy a comer así no más, usted tiene precio y lo puedo comprar como he comprado desde soldados hasta generales en este país. Nadie en este mundo se rehúsa al dinero. La dignidad no existe como tampoco los hombres con principios. ¿Qué me viene a decir si también he comprado sacerdotes, obispos, magistrados y periodistas?

—Mi obligación es protegerle su vida sin interesar que sea delincuente o no, pero… después de garantizarle su existencia lo colocaría bajo la custodia de las autoridades judiciales. Ese es mi deber legal y social, por eso me hice policía. En el fondo todos los seres humanos tenemos dignidad, hasta usted.

—Mayor, usted sabe que está a un pelo de dejar de existir. Su vida, como la de sus dos amigos, solamente depende de mi decisión. Cuando menos se de cuenta puedo acabar con ustedes.

—Triple Quince, a pesar de no pertenecer a la policía judicial, ni a narcóticos, me parece haber leído un informe en el que usted dejó el narcotráfico y se dedicó al paramilitarismo. No entiendo la razón por la que nos quiere asesinar, no somos criminales como tampoco terroristas ¿acaso no es que su movimiento tiene un sustento filosófico? En su discurso político los enemigos de la patria no son los pobres. Mire, ustedes están negociando la entrega a justicia y paz y no van a echar sobre sus hombros el asesinato de cerca de 10.000 jóvenes campesinos, obreros y desempleados que los militares hicieron pasar por guerrilleros. Estaba convencido de que tenían postulados sociales y políticos, no criminales.

—Interesante mayor, muy interesante, además de digno me salió filósofo. Pero su dignidad y sus principios se los voy a mandar al carajo, como también le voy a comprobar que usted también tiene precio. De pronto por estar cerca de la entrega, y a pesar del favor que me piden sus enemigos, le voy a dar la única oportunidad que tendrá en su vida, aquella que le permitirá llegar a ser general de la República y sobre todo vivir como un rey si llega a aceptarla. La fortuna que porto sobre mí será suya. Simplemente tendrá que obedecer de lo contrario ya sabe lo que le pasará, tanto a usted como a sus compañeros—. Al terminar sus palabras con la mirada envía un mensaje a su aprehendido para que no hable, éste entiende el mandado. Acto seguido ordena desatar a Luis Eduardo, quien una vez libre lo primero que hace es limpiarse la tierra de la boca, posteriormente se sacude las ropas, no tanto para quedar mejor presentado sino por tener el pretexto de mover algunos de sus músculos.

Como dándole tiempo al hombre de las botas de Gilibert para que se refresque, se aproxima lentamente hasta la butaca portátil, tipo militar, donde va colocando, en la medida que se va despojando, sus prendas más apreciadas. Las gafas, el reloj, el collar, el cuchillo y la pistola son depositados delicadamente en la base del asiento.

—Mayor, el valor de lo que tiene ante sus ojos es de trece millones de dólares, sin contar los dos millones en efectivo que hay en uno de los maletines. No va a realizar nada que no se pueda hacer en este mundo. Para que pueda salir de esta selva sin un rasguño solo debe realizar tres actos.

No alcanza a terminar la frase cuando ya tiene en la mano derecha a Zeus. Como si fuera la primera vez que la tuviera, la acaricia desde la cacha hasta el cañón. Mientras la empuña en su mano derecha, la mano izquierda desliza lentamente la corredera. Inmediatamente el proyectil queda en la recamara. Sin dudarlo, coge el arma pasándosela a Luis Eduardo situación ésta que conlleva a los hombres que lo protegen a alzar las armas y apuntar; unos lo hacen sobre la integridad del hombre de las botas de Gilibert, los otros sobre los demás detenidos, quienes todavía se encuentran tendidos en el suelo sin pronunciar palabra. Todos, sin esperar la orden de su comandante, cargan las armas dejándolas listas para disparar. Al ver que su detenido no la acepta, con su mano izquierda atrapa la mano derecha de su adversario depositándole el arma. Sin dejar de mirarlo a los ojos, le cierra la mano. Seguidamente provoca que el brazo de Luis Eduardo apunte el arma sobre Fraternal exclamándole. — Mayor su vida por la de éstos dos y la mía—. Un prolongado silencio se apodera del lugar.

Al ver que Luis Eduardo no se inmuta nuevamente le toma la mano obligándole a que le apunte. Ninguno de los dos pronuncia una

sola palabra. Al tener el arma perfilándolo acompaña la extremidad superior de su contrincante hasta la altura de su corazón. —¡Ánimo mayor!, usted puede liberarse y liberar a sus amigos—,. A pesar de no encontrarse paralizado, el oficial no intenta realizar ningún movimiento, simplemente bastaría un leve movimiento de su dedo índice para disparar. Delicadamente, Triple Quince, transporta la mano de Luis Eduardo hasta su cabeza. Sin perderle la mirada suavemente le habla. —En sus manos tiene el don de la vida mayor. Como le dije todos tenemos un precio, usted no es la excepción—. Ninguno de los dos realiza ni el más mínimo movimiento.

Un silencio se apodera del lugar hasta el momento en que Luis Eduardo se atreve a hablar. —Triple Quince está equivocado, en nuestro país no existe la pena de muerte, ni para el más salvaje de los criminales. Ningún funcionario puede aplicar la ley a su criterio. Si quiere una vida tome la mía—. Al terminar de hablar Luis Eduardo baja el arma ofreciéndosela a su verdugo.

—Mayor, la pena de muerte si se encuentra establecida de lo contrario no se asesinaría en ejecuciones extrajudiciales. Accione el arma no se da cuenta que le está negando la posibilidad a cientos de familias de lograr algún tipo de justicia. A ellas les asesiné a sus parientes. Con nadie tuve compasión. ¿Cuántas horas de trabajo de la Fiscalía, de la administración de justicia, no estará ahorrando si acciona el gatillo? Si nos están ordenando que nos acojamos a la política de Justicia y paz, lo que no comparto porque nos van a engañar, usted, el más leal de los derechos humanos, tiene la posibilidad de cambiar la historia, mi historia. Ninguno de mis hombres lo tocará después de su decisión, es más usted descenderá de esta cordillera con todos ellos, quienes tienen la orden de entregarse y entregar las armas.

—Triple Quince yo no soy juez ni verdugo, simplemente soy un policía protector de la vida. Si fuera un soldado no dudaría en obedecer la orden.

La actitud del contendor lo deja enmudecido. Inmediatamente empuña nuevamente a Zeus accionando lentamente el martillo con el dedo pulgar de su mano derecha. Cuando se cerciora de que esta se encuentra lista para disparar la levanta lentamente hasta la cabeza de Luis Eduardo colocándola en todo el centro de la frente. El hombre de las botas de Gilibert no se inmuta, simplemente, con los ojos fijos ante el comandante paramilitar, espera la detonación. —Mayor, usted me ha defraudado. En sus manos estuvo su salvación—. Seguidamente, sin dudarlo, descarga tres detonaciones.

Sólo bastó una milésima de segundo para girar el arma. Los tres disparos se perdieron en la lona, a la altura del techo. Sin embargo, como éstos se produjeron muy cerca del oído de Luis Eduardo, éste cayó pesadamente de bruces. Sus dos compañeros de infortunio, quienes no podían alzar la cabeza, gritaron descorazonadamente. No alcanzaron a visualizar lo sucedido limitándose a esperar otras detonaciones, las detonaciones que acabaran con sus existencias. Aparentemente no tenían tiempo para la última oración, simplemente, como se hubieran puesto de acuerdo telepáticamente, cerraron los ojos mordiéndose los labios hasta que estos sangraron. Sus sentidos se centraron en los movimientos de su victimario quien rápidamente descargó tres disparos más hacia el cielo. No habían cesado las detonaciones cuando el viejo León se retorcía en el suelo gritando desesperadamente —Éste hijo de puta me mató, éste hijo de puta me mató— Con los gritos se escucharon otros disparos realizados por los escoltas los que agujeraron el techo del cambuche. La luz de la luna penetró por los agujeros dejados por las descargas.

Triple Quince rompió el silencio. —Mayor, así es como me gustan los contendores, los que jamás se arrugan ni ante el creador ni ante ningún hombre, mi decisión no es la más sabia espero nunca tenerme que arrepentir de ella—. Lentamente guarda a Zeus y dispone desamarrar a los prisioneros. Mientras los hombres cumplen lo ordenado, de la butaca toma los elementos que minutos antes depositó sobre ella. La prenda en la que más tiempo dedicó para colocarse fue el reloj. Al terminar introdujo su mano en uno de los bolsillos del camuflado del que sacó un nuevo elemento. Sin esperar a que los detenidos quedaran desatados se aproximó hasta donde Luis Eduardo quien afanosamente trataba de levantarse. Sin apartarle la vista le extendió una de sus manos ayudándolo a incorporar. Al levantarse le extendió el bolígrafo espía el que ya había revisado minuciosamente. —Mayor, como se que nunca va a romper sus principios, hay le dejo unos pequeños regalos. Me sentiría mejor si hubiera aceptado mi oferta—. Al momento en que el prisionero recibe el bolígrafo, manifiesta —Como no tenía nada que me interesara me atreví a grabarle unos archivos, los que no tienen ningún valor para mí pero de pronto para usted sí, pueden ayudarlo en sus investigaciones. Solamente los puede utilizar si me llegan a asesinar o extraditar—. Al terminar las palabras gira el cuerpo dándole la espalda a su adversario para abandonar el lugar; mientras tanto los guardaespaldas continúan apuntando sus armas hacia los detenidos.

A fraternal y al viejo León les costó trabajo ponerse completamente de pie, la posición asumida condujo a que los músculos se adormecieran. No pronunciaron palabra alguna y los dos aldeanos, al encontrarse erguidos, se dan tiempo para darse un prolongado abrazo. Ninguno puede aguantar el llanto. Mientras tanto Luis Eduardo se dedica a contemplarlos. Al terminar el afecto los dos viejos no dejan de persignarse. Esta vez se arrodillan no por obligación sino por devoción. Al levantarse Fraternal, mirando fijamente a su amigo

de viaje, le manifiesta —Mi viejo sentí que nuevamente me asesinaban—. Ambos sonrieron.

Las tres horas de camino las realizaron en menos de dos horas. Sus captores solamente los escoltaron los primeros dos kilómetros, de ahí para abajo ya no eran de su responsabilidad. Llegaron nuevamente a la enramada; en el trapiche aún se encontraba los campesinos procesando la miel de la caña de azúcar.

***

El alias no lo hacía sonrojar como tampoco enojar. No existía persona más orgullosa del sobrenombre que él, hasta pensó hacerse cambiar el nombre por el alias pero por motivos de seguridad no lo podía realizar. Antes de pertenecer a las autodefensas sus amigos y conocidos le decían Triple Papito, aparentemente por su porte y por la forma de vestir. Su ropa siempre era de marca, nunca bebía un trago diferente al whisky y presumía que todas las mujeres andaban persiguiéndolo, a pesar de sus gorditos y su forma ronca de hablar. Hasta candidatas y reinas de belleza andaban detrás de él, pero no era precisamente por su físico. Jamás se despegaba de sus tres prendas favoritas, la pistola, el reloj cronógrafo Patek Philippe y las gafas de sol marca Luxuriator Style 23 Buffalo la que contaba con una montura de marfil decorado con 132 diamantes cortados a mano. El aprecio del reloj no era por su valor de 3,5 millones de dólares ni porque fuera de oro blanco. El afecto era más sentimental puesto que había sido el obsequio de su padre cuando logró enviar el primer cargamento de cocaína a Europa, mucho antes de que ingresara a la organización paramilitar.

A diferencia de otros coleccionistas de armas la pistola la portaba todo el tiempo, hasta dormía con ella. La adquirió para lucirla no

para guardarla, precisaba. No permitía que nadie intentara tocarla mucho menos empuñarla, justificándose para ello que era el arma de los dioses y sólo los dioses tenían el poder de portarla. Zeus como la llamaba, bañada totalmente en oro, independientemente de ser símbolo de poder de los capos de la mafia, tenía un significado histórico. Se trataba, nada más ni nada menos, como se refería a ella cuando hablaba con sus colegas, de la pistola Lilliput, August Menz Modelo 1925, calibre .32, sistema semiautomático, con una capacidad de seis cartuchos. El arma fue un regalo del Partido Nazi de Múnich a Adolfo Hitler. Para que nadie lo tratara de chicanero, siempre que la enseñaba, exponía las inscripciones que tenía a cada uno de los costados de la corredera. En las leyendas se leía, de un lado *Contra el frente rojo, para la protección de nuestro líder*, y del otro lado, *Donado a nuestro venerado líder Adolfo Hitler por sus camaradas de la ciudad de Múnich*. El arma la recibió en parte de pago por un secuestro a un ganadero quien, a su vez se la compró a un mafioso de Las Vegas el que se encargó de reemplazarla por una similar en el museo en que se encontraba. Hasta esa fecha nadie se había percatado del cambiazo. Solam ente una vez el arma se le atascó pero no le perdió la devoción que le tenía. Lo tomó como un mensaje de los dioses porque la que iba a asesinar se encontraba preñada. La única vez que se entrevistó con el Señor de los Cielos, el capo mexicano, éste le ofreció por las tres prendas quince millones de dólares dado que la pistola estaba evaluada en siete millones. La propuesta no lo cautivó. Aparentemente no existía dinero alguno que pudiera comprar el trio de elementos más apetecidos en el mundo, y sobre todo en el mundo criminal.

El alias de Triple Quince lo asumió una vez se encontraba dentro de la organización y todo debido a la primera masacre que dirigió, a pesar de contar con la fama de asesino. Era tanto el apego que

le tenía al sobrenombre que siempre realizaba una acción mínimo tres veces. Cuando se sentaba a beber mínimo ingería tres botellas de whisky, se iba a la cama con tres mujeres, en las reparticiones de dinero siempre tomaba tres veces más de lo que se merecía, y cuando asesinaba ese día debía completar la cifra, de no hacerlo la mala suerte lo acompañaría por quince años. Cuando bebía más de la cuenta gritaba, a todo pulmón, que era mejor matar a quince que matar a uno. Sus lógicas reflexiones de tipo filosófico, como le decían sus secuaces a sus planteamientos, concluían que cuando la justicia condenaba a alguien que había asesinado a una persona lo mínimo que le daban era veinte años de prisión, cuando era más de una víctima no pagaban ni ocho años de cárcel, de ahí que cuando se sometió a la Ley de Justicia y Paz confesó cada uno de sus crímenes. El Juez que llevaba el expediente se sorprendió, no tanto por los novecientos treinta y siete crímenes declarados, sino porque se acordaba muy bien de las circunstancias en que se registraron. Se encontraba en la capacidad de referenciar cada población y cada vereda en las que cometió los asesinatos. Sin embargo, trataba de ocultar las fosas donde se encontraban enterrados, de pronto para tener en el futuro un as bajo la manga, como se lo expresó a uno de sus abogados.



Fotografía: Omar E. Rojas

JUSTINIANO EL CURA DEL FRAC

Antes de morir alcanzó a ganarse el cielo, cualquiera que fuera sus peticiones se le concedería sagradamente por parte del gobierno nacional. Fue humilde en sus mociones, tan sólo pidió que lo nombraran rector del colegio del pueblo donde ejercía de párroco, no tanto por su apego a aquella comunidad sino porque allí se encontraba escondiéndose del mayor pecado de su vida, a pesar de haber alcanzado el perdón del arzobispo. Si pidiera ir a estudiar a Roma lo hubiera alcanzado. La gloria le llegó el día menos pensado y todo porque se atrevió a preguntarle a la guerrilla dónde enterraron un muerto. Se trataba nada menos ni nada más que del hermano de la ministra estrella del momento.

—¡La guerrilla nos hizo conejo una vez más!—, gritaba encolerizado el comandante de las Fuerzas Militares del momento, en todos

los pasillos y oficinas del Ministerio de Defensa. A pesar de cobrar el rescate en dos oportunidades, los subversivos solamente para fastidiar al primer mandatario, asesinaron al secuestrado. En el primer pago los insurgentes se percataron que dentro de los billetes se encontraba un localizador de iguales características al utilizado en una de las botas de un jefe guerrillero para localizarlo satelitalmente y bombardearlo, de ahí que la cifra exigida se multiplicó por dos. Para el segundo pago el personal de inteligencia localizó a un hermano del comandante guerrillero tratando de canjearlo por el secuestrado, pero la estrategia no bastó para ablandarle el corazón a los facinerosos. Mientras que el hermano del subversivo, quién nunca había oído hablar de su deudo, acabó su vida en un falso positivo, el hermano de la ministra terminó con un tiro de gracia propiciado por el propio comandante del frente guerrillero.

Pero no fue únicamente el dinero el que se dobló. Los alzados en armas obligaron a un ingeniero electrónico a construir cerca de una docena de dispositivos electrónicos, similares al que enviaron con el dinero, para colocarlos en los cuerpos de animales salvajes de la región. Esta vez no utilizaron las bestias para transportar cargas explosivas como con lo sucedido con el *burro bomba* que acabó con una estación de policía. En las colas y las patas de los animales fueron instalados muy cuidadosamente los dispositivos; la tarea sucia la realizarían los mismos militares. Los animales acostumbrados a vivir entre la tierra no tuvieron tantos problemas para conservar la vida puesto que sólo salían a buscar alimentos de noche. Cuando los bombardeaban ya se encontraban a muchos metros bajo tierra. Las aeronaves militares eran locas descargando explosivos sobre la zona desconociendo la estrategia guerrillera. Donde veían prenderse la señal del dispositivo, allí sin mediar consecuencias, soltaban las bombas inteligentes. Cerca de veinticinco días duraron los bombar-

deos donde la columna guerrillera mucho tiempo atrás había abandonado la zona. Los que llevaron del bulto, como decía el comandante guerrillero, fueron los campesinos y los animales.

El secuestro no solamente terminó con la muerte del raptado sino que le ocasionó el deceso a tres policías, dos campesinos y un gozque. Un guerrillero se encargó de ir hasta el pueblo y secuestrar al perro callejero que dormía en la estación de policía; por éste no pidieron ningún tipo de rescate. Solamente tuvieron que esperar una noche de bombardeos para soltarlo con el componente electrónico de localización. El galgo, asustado por las explosiones, saltaba desquiciado monte abajo en busca de los amos que le daban seguridad. Los uniformados no se encontraban dentro del pueblo sino que, temerosos porque la guerrillera les llegara, se topaban escondidos en el collado que alcanzaron arrastrándose a través de zanjas que ellos mismos construyeron. Como el perro no buscaba la estación de policía sino a sus protectores, no tardó en localizarlos.

Los pilotos militares no se dieron a la tarea de constatar coordenadas con los policías y sin tomar precauciones bombardearon. Al otro día todos los titulares de los medios de comunicación hablaban de la ofensiva guerrillera en la que las facinerosos, no solamente asesinaron a los policías y los campesinos, sino a un gozque. No faltó el diario que le diera más atención a la muerte del perro que a la de los seres humanos, de pronto detrás de la noticia se encontraba un periodista defensor de los animales.

Todo se debió a las recomendaciones del comandante general de las Fuerzas Armadas, quien, por el afán de conseguir puntos para que lo nombraran Ministro de Defensa, no escuchaba las recomendaciones de sus estrategas. Después del fiasco, mientras que la mi-

nistra estrella se desvinculó de la administración hablando pestes del gobierno el general tuvo que colgar el uniforme no a voluntad sino por las presiones de la familia del secuestrado. De nada valieron sus súplicas, por lo que tuvo que salir volando del comando militar buscando otro frente para resistir a los subversivos; no le costó mucho trabajo, la DEA lo estaba esperando. Tampoco sirvió que la zona del rescate fuera bombardeada y peinada minuciosamente, centímetro a centímetro, por los militares. A pesar de que la orden era rescatar al secuestrado vivo o muerto, no lo pudieron conseguir.

Con el tiempo se conoció que el operativo se desplegó para enseñarle a los subversivos el poderío militar y no como querían hacer ver los estrategas militares, rescatar al secuestrado y mucho menos darle una cristiana sepultura. En vida el infortunado adquirió una póliza de seguro con una empresa internacional, de ahí que se necesitara los restos para que se la pagaran a los parientes. Si la póliza la hubieran adquirido con una empresa nacional no hubieran tenido que realizar tanto esfuerzo. La cuantía de la póliza debió ser de varios millones de dólares, de no ser así la ministra no se hubiera arriesgado a penetrar tierras donde ni el ejército ni la policía patrullaban para que le devolvieran el cuerpo del hermano. A pesar de que los asesores de presidencia le advirtieron de los peligros, esta llegó hasta Urama Grande con la tarea de pagar el secuestro del cuerpo de su hermano, allí conoció a Justiniano.

Pero no fue únicamente el dinero lo que llevó a la ministra para que le devolvieran el cuerpo. Como un regalo extra, a pesar de no darlo voluntariamente, tuvo que entregar la camioneta de último modelo en la que se transportaba. Lo curioso de la historia era que por primera vez en su vida la ministra se montaba en una escalera, no para hacer turismo sino para transportarse desde Camparrusia hasta

Dabeiba. En el recorrido compartió el viaje, además de los campesinos, con dos cerdos, cinco gallinas, ocho racimos de plátano y diez cargas de café. La camioneta terminó en un despeñadero a la que se fue con guerrilleros y todo. Nunca lograron rescatarla como tampoco rescataron los cuerpos de los insurgentes. El río Páramo se encargó de sepultarlos.

***

Todos los aldeanos aseguraban que lo asesinaron por los bienes que atesoraba, incluso algunos campesinos alcanzaron a afirmar que guardaba el botín otorgado por los familiares de la ministra debajo de la almohada porque desconfiaba altamente del sistema financiero. Nunca tuvo una cuenta de ahorros. Lo que poseía Justiniano nadie lo tenía en el pueblo. Antes de conocerse los celulares de última tecnología él ya contaba con uno pero de nada le servía porque la señal fue bloqueada por el Alcalde del municipio para impedir que la población se comunicara. También atesoraba un televisor plasma pero la señal televisiva tampoco llegaba hasta ese rincón del país; los habitantes de la región se cansaron de enviar cada quince días derechos de petición a las diferentes dependencias del Estado alegando el derecho a la información, pero nadie les prestó atención.

Lo que si alcanzó a usufructuar Justiniano en sus últimos días fue de la ropa francesa. Cuando menos se dieron cuenta los campesinos, el cura se vistió de frac. Se dio el lujo de vestirse con ropa de las casas de confección de alta costura en el mundo como Chanel, Christian Dior, Fendi y Gucci, pero ello no obedecía a que tuviera buen gusto para vestirse ni mucho menos que gozara de recursos económicos para comprarlas. Era muy interesante verlo altivamente bajarse de una mula vestido de lino en las veredas de Urama Grande,

La Balsita y Camparrusia cazando cristianos. La herencia de ropa se la dejó el infortunado secuestrado que siempre vivió en Francia y se encontraba de vacaciones visitando su hermana, la ministra. Lo único que debía comprar, para armonizar con la muda de ropa, eran medias y pantaloncillos pero Justiniano se conformaba con ropa interior de dólar y medio que personalmente compraba en el sector del hueco de la ciudad de Medellín. Fácilmente con el valor de una prenda heredada, con las que se vestía el cura del frac como fue bautizado después del incidente, un campesino tendría para alimentar a su familia mínimo tres meses.

Quince años atrás, cuando aún se encontraba en el seminario se inició en los placeres carnales, todo ello bajo la complicidad de otro sacerdote del monasterio acusado en varias ocasiones, tanto por sembrar la violencia desde el púlpito promoviendo la sana y recta aversión al liberalismo como por pederasta. Nunca fue investigado, ni mucho menos juzgado. El sacerdote Smith, como era conocido por llevar debajo de la sotana, acompañando la camándula, un revolver Smith & Wesson, calibre 38 largo, cañón reforzado, se encontraba allí recluido después de haber sido señalado por un mayor de la policía como integrante del clan de *Los doce apóstoles*, agrupación paramilitar, que ni era conformada por doce clérigos como tampoco realizaba actividades de evangelización. La congregación se conformó aprovechando la alta posición de un hermano de los integrantes en la Gobernación de Antioquia con el propósito de hacer limpieza social y desterrar del mundo a todos aquellos con ideas comunistas o muy liberales. El cuento se lo comió todo el mundo menos Luis Eduardo, quien gritaba al momento de enterarse del caso —¡Claro, limpiando el terreno para negociar coca, por eso se encuentran en la lista Clinton!—.

El mayor lo conocía Luis Eduardo desde la academia policial, quién antes de consolidarse el paramilitarismo en la región antioqueña, al momento de ser su compañero comandante de la Estación de Policía Yarumal, el hombre de las botas media caña le aconsejó dejar de visitar la hacienda La Carlina, un supuesto centro de formación de mercenarios. Su colega no le hizo caso puesto que tenía, desde su formación policial, fuertemente aborrecimiento a todo lo que podía oler a izquierda.

Su primera experiencia sexual, más no la del infante, fue con el monaguillo favorito de su superior quien no contaba con los doce años de edad. El pequeño, por orden del sacerdote de *Los doce apóstoles*, se le metía en la cama del recién nombrado clérigo, no tanto para que le satisficiera la libido sino para tener elementos para coaccionarlo en el futuro a fin de contar con un servidor sacerdotal más al servicio del paramilitarismo. Con el tiempo, como Justiniano comenzó a negarse a las pretensiones políticas y militares de su compañero, éste, a fin de no asesinarlo, utilizó sus influencias para que lo trasladaran al pueblo más alejado de la arquidiócesis; de esta manera Justiniano, el cura del frac, llegó a Urama, La Balsita y Camparrusia.

La indiferencia de Justiniano por el monaguillo, en lugar de alejar al infante de su vida, generó que se enamorara locamente del clérigo quién después de la primera semana de placeres se negó a tener nuevamente relaciones eróticas, pero el pecado ya estaba concebido. A partir de esa experiencia jamás el acólito dejaría en paz a Justiniano. Cuando el cura del frac se enteró del traslado al último rincón del mundo, se alegró como nunca agradeciéndole a Dios, en sus oraciones de la mañana, la tarde y la noche, el ayudarlo a separarse del misario. Salió sin despedirse absolutamente de nadie. Tan sólo el arzobispo y su recién enemigo conocían su lugar de destino.

Antes de llegar a la región solicitó permiso para desviarse del recorrido con el propósito de pagar una promesa en el Santuario del Divino Niño Jesús, ubicado al suroriente de la ciudad de Bogotá. Su visita no era solamente acudir en acción de gracias, o pedir perdón, sino el de conocer personalmente el trabajo social realizado por la iglesia en las comunidades menos favorecidas con el propósito de aplicarlos en su nueva jurisdicción eclesiástica. Justiniano se impresionó como nunca. La cantidad de parroquianos que acudían en romería los días domingos a venerar la milagrosa imagen del niño Jesús era incontrolable. Jamás pudo comparar los contados devotos de su parroquia con los miles de asistentes que llegaban a venerar, cada siete días, al Divino Niño del barrio Veinte de Julio de la capital de la República. En Urama, Camparrusia y la Balsita las iglesias protestantes se llevaban a casi todos los feligreses, de ahí la soledad de la parroquia. Como nunca se lo imaginó tendría que salir, con mula y todo, a buscar feligreses de vereda en vereda.

No cabía en la dicha cuando, meses después de su llegada logró tener un domingo la iglesia plena. La actividad sacerdotal realizada le permitió hasta hacer misas carismáticas, con sacerdotes invitados de toda la región. A los domingos carismáticos los campesinos llegaban montados en sus mulas hasta la puerta de la iglesia; todo era un festín, hasta el día en que llegaron los paracos y lo acusaron de auxiliador de la guerrilla. Debido al discurso religioso que comenzó a emplear, y a la gestión realizada en favor de los campesinos rurales, algunos comandantes de la agrupación paramilitar lo juzgaron como el cura comunista, aún más cuando llegó a la región un ex integrante de *Los doce apóstoles*. Al conocer la gestión de Justiniano el arzobispo, sin conocer la versión del grupo armado, se puso contento al mirar que las almas perdidas estaban llegando nuevamente a la casa del Señor, no obstante después de su muerte salieron descarriadas nuevamente para las iglesias protestantes.

El día de su muerte su instinto de conservación lo llevó a suplicar. A pesar de haber presenciado la ejecución de campesinos en la región le sentía pavor a la muerte. Llorando, suplicaba, que no lo fueran a asesinar. Intentó librarse de su oponente pero no contaba con fuerzas, éstas durante los últimos días se le venían acabando en la medida que Ana le suministrara el bebedizo dado por el cura Smith. Pero nadie en este mundo podía hacer cambiar de parecer al misario. Tenía, fuera como fuera, que fortalecer el amor de su amado.

El último día de su existencia no tenía planeado asistir a alguna eucaristía. Se hallaba únicamente con el misario en la casa parroquial. La encargada de la cocina se encontraba con días libres, supuestamente su patrón se encontraba en comisión. Ana se levantó a las cuatro de la mañana a preparar el café amargo que tanto apreciaba. Se las arregló para llevarle personalmente la bebida, a la misma hora durante los últimos quince días. El sacerdote se encontraba acostumbrado a esperar en el lecho el primer café del día, éste le daba las fuerzas necesarias para salir a cazar devotos. El día de su muerte se encontraba aferrado a la cama, la pócima del sacerdote Smith lo había debilitado. El monaguillo no se percató que le vació todo el brebaje en el café. El asesinarlo fue todo un ritual.

Lo ayudó a levantarse, y sosteniendo el cuerpo del delgado sacerdote entre sus brazos le dio a beber el último sorbo de café. Justiniano intentaba abrir la boca a fin de pedir auxilio pero simplemente lograba emitir pequeños sonidos los que no alcanzaban a traspasar la pared del cuarto. El no lograr ser auxiliado lo llevó a suplicar con lágrimas, pero sólo tenía a su victimaria al frente. Ana, pacientemente, esperó algunos minutos procediendo a vestirlo. Primero lo vistió con calzoncillos blancos, medias negras, pantalón y camisa de lino, luego le colocó el alba, túnica que cubrió al celebrante de arriba abajo

sujetándole la cintura con el cíngulo. Pero no solamente quedó satisfecha con ello sino que encima le colocó la casulla la que le robó meses atrás al obispo, cuando se encontraba protegida por el sacerdote Smith. Le costó bastante trabajo pasarle la cabeza por la abertura de la casulla dada la debilidad de Justiniano y el tamaño de su cabeza. La vestidura sagrada, de color morado, no se la colocaba porque se alistara a celebrar la misa sino porque se encontraba preparándose para la celebración del día de los difuntos donde el protagonista de la muerte era el propio Justiniano.

Sacando fuerzas de donde no tenía, Justiniano logró incorporarse ante la mirada impaciente de Ana pero su debilidad era tan fuerte que cayó pesadamente en la única butaca del cuarto. El hecho de consumir el veneno, gota a gota, durante quince días lo colocó en un estado de indefensión. Su cuerpo se encontraba helado y la piel seca. Delicadamente se sentó al borde de la cama y comenzó a hablarle del amor eterno y de los días placenteros vividos en la ciudad de la eterna primavera. La voz de la victimaria atormentaba a Justiniano quien se retorcía agarrándose el abdomen. En los últimos minutos de vida el sacerdote perdió el don de la palabra, únicamente tenía fuerzas para mirar la figura de Ana la que se desvaneció de su mirada. Nunca cerró los ojos voluntariamente y cayó pesadamente con los ojos abiertos pidiendo compasión. Al verlo en el suelo Ana se le abalanzó para revivirlo.

Lo sentó en su canto y por cerca de veinte minutos lo contempló. Lo recostó con sutileza en el suelo procediendo a buscar el bebedizo para ingerirlo pero el frasco se encontraba vacío. Todo se lo había dado a ingerir a Justiniano. Al ver el fracaso de sus planes se desesperó y mugiendo en voz baja se puso a llorar. Al tomar un nuevo aliento, intentó sacar el cuerpo para introducirlo en el vehículo del

sacerdote pero no lo consiguió. Recorrió toda la casa parroquial buscando como deshacerse del cuerpo de su amado pero no encontró respuesta alguna, hasta se atrevió a salir a la calle. La corredera se encontraba a reventar, repleta de campesinos quienes ingerían licor, era el último día de recogida de café. El festejo de los campesinos duró tres días, con sus noches, tiempo en el cual Ana se dio a la tarea de acomodar el cuerpo en la recamara. En cada esquina de la cama ubicó imágenes de santos. En la pared, sobre la cabeza del sacerdote, ubicó la imagen del Divino Niño Jesús que Justiniano llevó desde Bogotá, y para ambientar el lugar quemó suficiente incienso.

A las tres de la mañana del quinto día de haber asesinado a Justiniano el acolito partió. Las buenas vibras del incienso de ámbar no fueron suficientes para opacar la fetidez del cuerpo. Partió, disimuladamente, en el campero de Justiniano. Como herencia cargó con el plasma, el celular y la ropa francesa de su amado. Nadie en el pueblo se percató, la mayoría se encontraba durmiendo la moña. Dos días después el fuerte olor del cuerpo se fue expandiendo por el pueblo y los campesinos comenzaron a especular pero ninguno acertaba de que se trataba de un muerto y mucho menos que éste fuera el de Justiniano, el que todos creían que se encontraba en otra población. Los más versados del pueblo, los profesores, alcanzaron a especular que el olor era de sulfuro de hidrógeno o ácido sulfhídrico pero no alcanzaron a visualizar que el pueblo no contaba con tratamiento de aguas residuales y sistema de alcantarillado.

A los siete días, cuando regresó la cocinera, el pueblo se encontraba invadido por un fuerte hedor. Todos andaban con tapabocas y con ganas de vomitar, hasta algunos se vieron obligados a abandonar el condado refugiándose en las veredas. El colegio cerró sus puertas, de igual manera la iglesia protestante. No sirvió de nada recurrir

al Alcalde solicitando ayuda; el orden público del corregimiento se encontraba alterado imposibilitándole a las autoridades atender la emergencia sanitaria. La cocinera, en el momento de abrir el cuarto del cura, se llevó la sorpresa de su vida. El olor no le permitió entrar a la habitación, sintió una fuerza sobrehumana y caliente que salía del cuarto que le impidió dar paso alguno. La fetidez no le consintió salir a contarles a los habitantes la desgracia inmediatamente, tuvo que esperar algunos minutos hasta terminar de trasbocar.

—Mataron a Justiniano, mataron a Justiniano—. Gritaba como loca por las calles del poblado. La gente al oírla pensaba que el ama de llaves del sacerdote se había desquiciado puesto que todos tenían conocimiento que el capellán se encontraba en comisión. En menos de diez minutos todos los campesinos repetían como loros —Mataron a Justiniano, mataron a Justiniano—.

El fuerte olor no impidió que los indiscretos dejaran de ver el cuerpo de Justiniano tendido en su cama, vestido con el traje del arzobispo. Hubo una profesión desde la entrada del pueblo hasta el cuarto del sacerdote. Los que no tenían tapabocas tenían que taparse la nariz con una de las manos. Las materas ubicadas en la casa del cura se convirtieron en vomitadores. No fueron necesarios realizar suposiciones sobre quién cometió el crimen. A grito entero, sindicaron a Ana, máximo cuando encontraron sus diarios al pie del cuerpo del sacerdote.

El levantamiento del cadáver de Justiniano fue el acontecimiento del siglo, máximo cuando en la región no se había visto la presencia de autoridades civiles y militares por años. Para garantizar la seguridad de los funcionarios encargados del levantamiento fue necesario que todo un batallón del ejército y cerca de cien policiales se des-

plazaran al condado. Por primera vez helicópteros militares llegaron a la zona no para bombardear ni para transportar personas para asesinarlas en los falsos positivos sino para garantizar el levantamiento del cura comunista. Mientras que para algunos investigadores el asesinato se produjo por abrirle la puerta a homosexuales, para otros lo eliminaron por comunista. Sólo a la distancia, el cura Smith sabía las razones de su muerte.



Fotografía: Omar E. Rojas

EL DIARIO DE ANA FRAC

La prueba reina del mata curas, bautizado así por haber asesinado a Justiniano, fue el diario. Al leerlo, un buen sabueso del crimen encontraría rápidamente, no solamente evidencias como asesinó al clérigo, sino elementos acerca del origen de la agrupación *Los doce apóstoles*. Fueron necesarios cuatro meses para reemplazar el diario. Después de ser una minuta criminal se convirtió en una historia pasional. Ni el valor literario prevaleció. Un osado investigador cuestionó la diferencia de los trazados de la letra siendo reprochado con el argumento de que nadie juzgaría el cambio al conocerse que el autor era un travesti. —Ellos únicamente hablan, escriben y hacen maricadas—, expresaba el jefe de los técnicos judiciales que adelantaba la investigación. La confesión de que el paramilitarismo

no se había acabado sino transmutado generaba inconformidades en los círculos del poder, de igual manera las listas paralelas de sueldos que la agrupación realizaba a policías, militares, jueces, magistrados y autoridades civiles comprando su silencio.

Se inició en el mundo de las letras gracias al empuje de su madre, amante de la escritura de Ana Frank. Ella le obsequió su primer diario. El diario, conformado por tres volúmenes de diferente contextura, contenía cerca de diez años de confidencias contadas de manera cronológica. El primer tomo era el más conmovedor. En él relataba el bullying de familiares, amigos y docentes, de igual manera que las primeras experiencias sexuales con sus allegados. La madre de Armando había añorado una hija escritora pero el destino le envío un varón. Para su felicidad su primogénito pensaba como una mujercita de lo que se sentía muy orgullosa. Al regalarle el diario sintió satisfacción al mirar que su retoño firmara el primer escrito como Ana, de igual manera que la escritora alemana. *Tengo ganas de escribir y mucho más aún de desahogarme y sacarme de una vez unas cuántas espinas*, fueron sus primeras líneas. Las palabras no eran producto de la imaginación y creatividad literaria de Armando sino producto de memorización; eran copia exacta de las palabras de la Frank.

No había terminado la infancia cuando Ana se volvió la amante oficial del cura de cabecera de la agrupación paramilitar de la que llegó a conocer aspectos desconocidos por la justicia. De igual manera como llegaba a las sábanas de Justiniano llegaba a la cama de quienes dirigían la agrupación. Lo que la justicia se negó a investigar ella, entre abrazos, besos y caricias, lo conocía, por lo que le guardaban cierta consideración. En el instante que —el sapo del mayor comenzó a cantar—, como decía el cura de la agrupación, consideraron asesinar, tanto al monaguillo como al oficial delator. Pero no

fue necesario acabar con la vida de Ana, el amor por Justiniano la acabaría. La orden de asesinar al mayor tampoco se ejecutó puesto que éste, al percatarse de la sentencia, partió al exterior, con el tiempo regresó pero protegido por la Fiscalía General de la Nación. De nada le sirvió al hermano del comandante de Los *doce apóstoles* las estrategias realizadas para evitar sus declaraciones.

Al momento en que inquirió a su confesor acerca del lugar donde se encontraba Justiniano, el trabajo sicológico se inició. La suerte se encontraba a su favor permitiéndole matar dos pájaros con un solo disparo, pensaba el sacerdote Smith. De un lado, le endulzaba el oído al monaguillo sobre la supuesta confesión que le hizo Justiniano acerca de que Ana era el amor de su vida, de ahí que se alejara para no perjudicarla, y de otro lado, le susurraba que las personas debían exigirle lealtad hasta la muerte a su amor. Le contaba historias de cómo dos personas que se amaban con locura voluntariamente acordaban quitarse la vida para vivir eternamente en felicidad. Al sacerdote no le costó trabajo convencerla para que se fuera a buscar a Justiniano. Ana lo tenía bien en claro y salió como pepa de guama, como se refería para salir muy rápidamente, sin preámbulos ni explicaciones, en la búsqueda de Justiniano. No le bastaron tres maletas para acomodar su equipaje sino que fueron necesarios otros empaques. No podía dejar sus perfumes, collares, champú y cremas para el cuerpo.

La despedida entre el cura Smith y Ana fue muy emotiva. El sacerdote alcanzó a llorarle y pedirle que nunca lo fuera a olvidar. Para demostrarle que significaba mucho para él le entregó su pote de bebedizos para el amor. Cinco gotas diarias bastaba, durante quince días, para que la persona más reacia al amor quedara arrodillado ante quien lo suministrara. Ana aceptó la pócima como el mejor regalo

recibido jamás en su vida empacándola muy cuidadosamente en uno de sus joyeros. Desde el momento de recibirlo pensaba en dárselo a su Justiniano, para que nunca el amor se fuera a desvanecer.

La llegada de Armando nuevamente a la vida de Justiniano, además de sorprenderlo lo incomodó. Los diez años que pasaron desde que lo conoció no fueron en vano. Se encontró con toda una mujer. Había cambiado la voz, se encontraba más caderona, los senos los tenía abultados y el cabello, tinturado, había crecido cerca de treinta centímetros alcanzando la cintura. Por respeto nunca le quiso preguntar cuántas cirugías se había realizado. Las mascarillas, a las que estaba acostumbrada, le mejoraron notoriamente el cutis generando que los hombres se cautivaran solamente mirando su cara. Quienes tenían el privilegio de acariciarla no podían dejar la sensación de volverlo a hacer. No le costó mucho trabajo el que la comunidad la aceptara puesto que en Dabeiba, a pesar del machismo, convivían varias personas de la comunidad LGBTI, Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transexuales e Intersexuales.

A pesar de que el funcionario encargado de transcribir el diario no quería perder el estilo literario de Ana, por la presura del tiempo, se vio obligado a escribir lo que sus jefes le ordenaban y no lo que él pensaba, ni mucho menos lo que plasmó la escritora. Lo relacionado con el grupo de *Los doce apóstoles* desapareció por arte de magia y se le dio más relevancia a las anotaciones realizadas sobre Justiniano. Lo mismo, en los relatos de Ana, ésta nunca conoció al sacerdote Smith como tampoco a los terratenientes de la región a quienes se les metía entre las sábanas. El expediente judicial abierto hacia Ana sólo contenía los renglones del diario que supuestamente escribió sobre el sacerdote del frac para reflejar ante el público que había sido un asesinato pasional. Al momento de presentar el caso ante el Juez el Fiscal se limitó a leer algunos párrafos del diario.

Lunes 15
No me he podido arrancar del corazón a Justiniano, el amor de mi vida. El muy santo partió como loco para otra parroquia y no me quiso contar para dónde. Tengo que averiguar, por cielo y tierra, para donde me lo enviaron.

Miércoles 17
El muy cretino del obispo se está negando a decirme para dónde envió a mi Justiniano, pero ya se a quien recurrir. Tendré que esperar quince días para que el santo que me lo presentó regrese y me cuente para donde enviaron a mi Justiniano. Él no dudará en contarme puesto que soy muy importante para su vida.

Jueves 1
Por fin, por fin. Dios existe. Yo sabía que él si me lo diría. Justiniano se encuentra por los lados del Urabá. Mi amigo el cura, además de darme lo del transporte, me dijo que uno tenía que luchar por su amor, por eso me iré a buscarlo. Nunca más lo voy a dejar solo.

Domingo 4
Diario, querido diario, solamente usted sabe cómo me siento. Soy el ser más feliz del mundo. Hoy viajo y le llegaré de sorpresa.

Martes 6
Justiniano no se alegró al verme. El muy estúpido piensa que con la vil indiferencia se va a alejar de mi. Pero ya lo decidí y se lo hice saber. Seré

su acólito para toda la vida. Nadie me lo puede quitar nuevamente. Si se niega le haré un escándalo en el pueblo. Creo que se está aprovechando de las niñas campesinas, solamente se la pasa con ellas.

Jueves 8
Hoy entré a su cuarto a pesar que la vieja cocinera me lo estaba impidiendo. Le acomodé la sotana pero antes me di tiempo para olerle su nueva ropa, debe ser muy fina porque lo he visto exigirle a la empleada que se la lave y planche muy bien.

Sábado 10
La pócima del amor que me vendieron en la gran ciudad está dando resultados. Justiniano cada vez más no me interrumpe en mis confesiones de amor y se queda mirándome por toda una tarde sin pronunciar palabra alguna. Dios está escuchando mis plegarias.

Martes 13
Tengo que llevarlo al médico, mi Justiniano está trabajando demasiado y ha perdido sus fuerzas. Hoy no tenía fuerzas ni para coger la taza de café.

Miércoles 14
A pesar de no querer lo obligué a tener relaciones, no ha perdido sus encantos.

Viernes 16
Me cansé de que no me diga nada. La pócima del amor no está dando resultados, me engañaron y también a

mi Justiniano.

Lunes 19
No puede ser. Ya no habla y se encuentra muy débil. Le sugerí que lo llevaba al médico pero no quiso aceptar. Mi Justiniano es muy terco pero sobretodo es un santo.

Martes 21
Justiniano partió pero lo vestí como todo un Santo Papa. No me lo pude llevar, tengo que partir sola a vivir mi desgracia a otro lado.

Miércoles 23
Mi amor, solamente te puedo dejar mi diario como herencia, en el cielo nos encontramos mi santo. Te amo.

No hubo indulgencia por parte del Juez a pesar de entregarse voluntariamente a las autoridades diez después del asesinato. —Armando Díaz Campusano, alias Ana, premeditó asesinar con sevicia al sacerdote Justiniano Martínez Suarez. No solamente lo envenenó sino que lo torturó cuando el sacerdote se encontraba en situación de indefensión—, concluyó el Fiscal. El Estado condenó al autor del homicidio a cuarenta y cinco años de prisión, sin derecho a ningún tipo de rebaja en la pena.

Nadie le quiso creer su historia, porque supuestamente ningún transgénero tenía palabra, además Ana Frac se la pasaba alucinando acerca de un tal cura Smith y un grupo paramilitar que nunca existió.





Fotografía: Omar E. Rojas

EL GRAN AMOR DE LAS GRAJILLAS

Jamás pudo olvidar a Ramírez, al amigo de infancia, a su amigo de juegos. Aunque nunca aceptó el comportamiento de Tyson y su forma de ver el mundo, después de su muerte llamaba a la viuda, mínimo tres veces al año, preocupado por el bienestar de la familia. Si la estirpe del coronel necesitara recursos, Luis Eduardo se los hubiera ofrecido a través de la Mesa de Transparencia Nacional, pero el juez penal militar se las ingenió en vida para asegurar el futuro económico de su núcleo familiar, si algún día fuera a faltar. Hasta el cielo lo aseguró en vida, a través de oraciones, diezmos, procesiones, actos de misericordia y donaciones. Tres meses después del supuesto suicidio, la esposa de Ramírez lo hizo viajar fuera del país entrevistándose con él por cerca de media tarde.

La reunión sólo obedecía a un fin. La mujer exclusivamente anhelaba descargarse, de una vez por todas, de los pecados de su esposo. Ella, como consagrada devota, asistía a la eucaristía sagradamente los días miércoles y domingo, lugar en el que fácilmente se hubiera confesado ante un representante de la iglesia romana quien, al ver que los pecados eran ajenos y que su ejecutor ya no se encontraba con vida, le hubiera otorgado la indulgencia; además el coronel, apegado a los postulados de la iglesia, nunca dejó de asistir a misa sin dejar de proporcionar el diezmo. El mismo día de su muerte, en su última conversación, Tyson le manifestó a su esposa que el único ser que tenía el don del perdón era su antiguo amigo de barriada, entendiendo con ello, que era la última voluntad de su esposo.

A pesar de que siempre consideraba a las esposas de los militares como grajillas, *coloeus monedula*, al momento de recibir la invitación de la enlutada, no dudó en aceptarla. La relación entre esposas y grajillas, construida años atrás, no obedecía solamente a que tanto las grajillas como las cónyuges desarrollaran altamente el sentido de la vida familiar y social. Sus largas observaciones sobre las grajas lo llevaban a afirmar, que pocos pájaros jóvenes se convertían tan adictos al que los cuidaba como las grajillas. Éstas se apegaban, por adicción, devoción y lealtad, a sus protectores durante toda la vida.

El conocimiento frente a las grajillas no obedecía a que fuera un experto ornitólogo sino porque, gracias al azar, se encargó de la crianza de una de ellas. No alcanzaba los diez años de edad cuando ya era el más versado en el comportamiento de las grajillas. Cuando no se encontraba jugando a policías y ladrones, se dedicaba a observar el juego de las aves con el viento. Largas horas duraba engolosinado, al lado del rancho de sus viejos, mirando cómo desde las alturas los negros pájaros, semejantes a las aeronaves militares,

se abalanzaban contra el abeto de más de treinta metros de altura, a una velocidad que superaba los cien kilómetros por hora. Abrían sus grandes alas negras, y al momento de estar cerca de la copa cónica del árbol, cuando los observadores juraban que se iban a estrellar, realizaban un giro repentino, elevándose nuevamente hacia las alturas. En aquellos momentos no sabía, a ciencia cierta, si el viento jugaba con las aves o estas retozaban con la corriente.

La grajilla llegó a sus manos en el momento de encontrarse herida escapando de sus victimarios. Los niños residentes del recién barrio pirata, lanzaron desconsideradamente cientos de proyectiles a la bandada de aves con sus caucheras: hilos gruesos de látex en la que en la mitad colocaban un pedazo de cuero capaz de soportar un objeto contundente para lanzarlo a sus oponentes. Los impactos, además de asesinar a una docena de pájaros, dejó herida a la joven grajilla que apenas comenzaba a volar. Luis Eduardo, quien no conformaba la pandilla de los niños de las caucheras, encontró a la graja en el suelo tratando de alzar vuelo. El proyectil alcanzó una de las plumas del ala, la que tardó cerca de dos semanas para curarse. Esa misma tarde la grajilla no solamente abría su pico rojo, bordeado de amarillo, para emitir su sonido característico, *choc*, sino para que su benefactor la llenara de comida con sobras de pan, gusanos y lombrices de tierra, de acuerdo a las recomendaciones de su viejo.

Al responder el *choc* emitido por la grajilla, entre los dos seres se estableció más que una simple comunicación. El *choc* replicado de Luis Eduardo, sumado al cuidado que este le prestaba para su curación, cautivó y enamoró a la grajilla. Si las botas media caña tenían un alto significado en su vida adulta, qué decir de la grajilla de la niñez, ésta fue el gran amor de adolescencia. A la tercera semana de cautiverio del ave recibió un discurso de libertad por parte de su

padre, quien de manera categórica, le recalcó que el hecho de haber salvado al pájaro no lo facultaba para tenerlo enjaulado sintiéndose su dueño. De nada servía que lo hubiera salvado de la muerte si lo iba a condenar toda la vida a vivir en una prisión. La disertación del viejo, la que terminó con un análisis de los hombres que sometían a sus esposas en sus hogares después de contraer nupcias, en un principio incomodó al infante, sin embargo las palabras no quedaron en el aire. A partir de ese día se convirtió en el más fuerte combatiente defensor de los animales, siendo el primero en la escuela en realizar una jornada reprochando la conducta de los niños que asesinaban pájaros con sus caucheras. Al comienzo, su lucha no dio los resultados esperados, fue necesario convencer a algunos de sus compañeros, quienes con el liderazgo de los profesores lograron vender los beneficios para la comunidad al proteger las aves. Ésta actividad se convirtió, sin saberlo, en la primera estrategia de prevención realizada por Luis Eduardo.

Al momento de endurecerse el cálamo del ala herida, y encontrarse completamente apta para volar, con lágrimas en los ojos y el corazón partido, decidió liberarla. Se preparó lo suficiente para la liberación del ave hasta el grado de pedirle a sus padres y amigos que lo acompañaran a tan significante evento. Estos no dudaron en acompañarlo y con toda la familia se acercaron al viejo abeto, único de su especie que se resistía al proceso de urbanización del sector. El ave, al sentirse en libertad, voló aceleradamente posándose sobre la copa del árbol, no obstante, algunos minutos después, un impulso indeterminado provocó que el pájaro sobrevolara la cabeza de su protector. La grajilla decidió quedarse con su preservador. En aquellos momentos sus observaciones no alcanzaban a dilucidar si era por la capacidad del ave para pensar o por el adoctrinamiento recibido durante su cautiverio. Sobre este acontecimiento toda la vida Luis

Eduardo se cuestionó, quería saber a ciencia cierta si la grajilla decidió quedarse por lealtad, en señal de agradecimiento, o por aspectos sentimentales.

Ante la sorpresa de los viejos, de sus hermanas y de sus amigos, la grajilla se convirtió en su perro guardián, lo seguía a todas partes, incluso hasta la escuela. Semanas después, cuando regresó la bandada de grajillas a jugar con el viento y el abeto, Luis Eduardo entristeció al pensar que hasta ese día la grajilla lo acompañaría. Al escuchar cientos de *chocs* pensó que el ave partiría, pero no fue así. Los sonidos, igual y parecidos al *choc* de la grajilla de Luis Eduardo, no la motivaron a abandonar a su curador. Solamente cuando el ave observó que los de su especie abrían las grandes alas negras alzó vuelo perdiéndose en el horizonte. Horas después, al momento de regresar de la escuela cabizbajo y entristecido, sintió un suave viento sobre su cabeza y al mirar hacia el cielo comprobó que el pájaro había regresado, pero esta vez se encontraba con algunos invitados, quienes posteriormente, sin ninguna clase de permiso ni autorización, decidieron hacer nido en las tejas del rancho de la familia de Luis Eduardo. La grajilla se volvió adicta a su protector.

Pero mientras la grajilla era adicta a su patrocinador, este osaba en realizar apreciaciones temerosas para la época que fácilmente lo podían llevar a que lo expulsaran de la iglesia como de la escuela. Solamente podía confiar en sus viejos a quienes les hizo dos grandes confesiones acerca del ave. Lo primero que les manifestó era que el pájaro al estar en tierra se sentía como hombre y cuando volaba como grajilla; la segunda confesión, la que alcanzó a avergonzar a su mamá, era que creía que aquel pájaro macho se había enamorado de él. Menos mal que en aquella época no le contó lo que pensaba acerca de la grajilla al párroco del barrio, de haberlo hecho hubie-

ra alcanzado la execración por parte del sacerdote conservador de su parroquia y no hubiera logrado hacer la primera comunión. La primera comunión la realizó no por devoción sino en espera de algún buen regalo, el que nunca llegó. En esa época alcanzó a pensar que no le regalaron nada, no porque su familia y sus amigos fueran pobres sino porque Dios lo estaba castigando por sus actuaciones y afirmaciones acerca de la grajilla.

El dilema de Luis Eduardo sólo lo aclaró, muchos años después, al conocer en la universidad a un viejo profesor de psicología conductual quién le regaló un texto de su antiguo docente Konrad Lorenz. Al leer y releer el libro no lo podía creer. Todo lo que evidenció en la niñez sobre la grajilla era cierto, el pájaro macho se había enamorado de él. A pesar que la grajilla no nació en confinamiento, la teoría confirmaba que las aves criadas en aislamiento, en la mayor parte de los casos, no saben a qué especie pertenecen. En palabras textuales de Konrad, como lo recitaba Luis Eduardo a sus amigos, el instinto social y el amor sexual de las aves se orienta hacia aquellos seres con los que han convivido en determinadas fases de su existencia. Con el propósito de convencer a sus compañeros incrédulos les juraba, con venia y todo, que un pavo real blanco, criado en cautiverio en el zoológico de Shónbrunn, Viena, se enamoró perdidamente de una tortuga gigante, permaneciendo sordo y ciego ante los otros encantos de las hembras de su especie.

Dado que no pudo convencer a sus compañeros con la teoría, realizó un experimento durante un curso de formación de patrulleros, quienes pernoctaban en las instalaciones de la escuela. Compró cerca de treinta pollos, recién nacidos, y se los asignó a sendos estudiantes quienes debían velar por la seguridad del ave en todo momento. Los alumnos debían proporcionarles calor, alimento y protección, procu-

rando que no tuvieran contacto entre sí. A los dos meses y veinte días logró resultados jamás imaginados, dignos para escribir un artículo científico acerca del comportamiento y adaptación de los pollos. De las treinta crías sobrevivieron quince, los otros murieron por descuido de sus protectores al reventarlos y al momento de acostarse con ellos. Los que observaban a los estudiantes de Luis Eduardo quedaban boquiabiertos. Los pollos seguían a sus protectores para todo lado, a pesar de que les colocaran otros pollos, gallos y gallinas. Para asombro, las crías rechazaban su especie identificándose totalmente con los seres humanos. El experimento no llegó solamente hasta ahí. La prueba reina consistió en separar a los alumnos de los pollos a una distancia de ochenta metros. Al soltarlos estos duraron cerca de cinco minutos, dando vueltas alrededor de los demás alumnos de la escuela pero lograron localizar a cada uno de sus bienhechores, sin equivocarse.

Todo fue un festín celebrado con apuestas y fuertes risotadas por parte de los alumnos y de su profesor. Sin embargo, para el director de la escuela de policía fue la desgracia del siglo. El hombre de las botas de Gilibert, se encontraba totalmente loco, contagiando a sus discípulos. Luis Eduardo no recibió el premio nobel de la ciencia, pero si recibió una sanción disciplinaria la que fue a engrosar su hoja de vida. Mientras tanto, los estudiantes, con lágrimas en sus ojos, tuvieron que deleitar un sabroso sancocho con los pollos del experimento. Muchos años después un general, al que le llegó el chisme de la locura de Luis Eduardo, lo invitó para que realizara experimentos similares para detectar drogas y explosivos con pollos, pero el oficial se negó. Con la experiencia de los pollos, acompañantes de policías, no le fue muy bien en su profesión policial. En esos días alcanzó a ver su grado de mayor zozobrar.

Al inicio de su carrera policial, Luis Eduardo, intentó realizar un estudio sociológico, con base en la teoría conductual, sobre la similitud de las aves con las esposas de los oficiales pero se dejó amedrentar, por ellas y sus comandantes. Su osadía simplemente lo llevó a conocer la amazonia lo que en un inicio lo tomó como la oportunidad para conocer la selva de su país, claro está que quien ordenó su traslado sí lo tomaba como reproche por las actuaciones indecorosas del oficial. Al regresar de su traslado, desmoralizado por haber tenido que dejar sus estudios universitarios, perdió las fuerzas para continuar con su investigación dedicándose a acosar a los policías corruptos. La investigación lo llevó a importantes conclusiones. Son raros los militares que contraen nupcias con mujeres de igual edad o mayores que él; los uniformados tratan de tener un prototipo en común en la selección de las parejas; y, con el paso del tiempo las personas comienzan a parecerse a sus mascotas, afirmaba cuando retomó las clases en la academia policial. Sus observaciones puntualizaban que las jovencitas se veían atraídas, no tanto por el uniforme o la apariencia física, sino porque el militar o el policial era una póliza de seguro que garantizaban seguridad y sustento para toda la vida. Sus comandantes se incomodaban cuando, sin ningún reparo, le decía a sus hombres:

—En los países que no han logrado un alto desarrollo, el casarse con un uniformado presenta una connotación que va más allá de ganarse la lotería. Los militares cuentan con un salario mensual fijo, primas, prestaciones sociales y prebendas que ningún otro profesional logra. En época de conflicto estos son los que tienen garantías excepcionales, y nunca el Estado dejará pasar un solo día sin que se les cancele el sueldo—.

La cosmovisión de las esposas de los oficiales siempre le preocupó, además de irritarlo, puesto que no compartía que los grados de

los militares también fuera la jerarquía de sus desposadas, inclusive la de sus hijos. En algunas unidades militares era tanta la influencia de las mujeres de los comandantes que era más fácil, para el personal de tropa, recurrir a las esposas de sus comandantes para lograr un permiso, buscar un traslado o una vivienda fiscal. Estás se encargaban de interceder ante los oficiales y suboficiales de sus esposos, para que los requerimientos de quienes confiaban en ellas fueran satisfechos. De igual manera como las grajillas, el comportamiento de las esposas al asumir la posición de su macho, obedecía a movimientos aprendidos no a instintos innatos. En los círculos sociales castrenses la esposa del general ocupaba un estatus igual a la de su marido y de ahí para abajo cada cónyuge dominaba su espacio.

La posición social de la esposa del coronel era superior a la del mayor y esta a su vez a la del capitán y la del teniente, y qué decir frente a las esposas de los suboficiales. Estas también prolongaban el grado militar de sus hombres. El estatus de la esposa del sargento era mayor que la del cabo y mucho más que la de los soldados. Frente a la jerarquía de las mujeres, podía asegurar, que si se colocara a las cónyuges en una fila, éstas sin necesidad que sus maridos intervinieran, podían organizarse de manera escalonada de acuerdo a los grados militares de sus hombres, y teniendo en cuenta la antigüedad de la fuerza en la que trabajaran. De esta manera, respecto del grado, la esposa del coronel de policía tenía una posición de subordinación a la de la armada, a la de la fuerza aérea y a la del ejército de acuerdo a la antigüedad militar.

Pero si de un lado sus observaciones lo llevaban a concluir cierta semejanza entre las grajillas con las consortes, también evidenciaba que estas tenían comportamientos que no tenían las grajas, los que eran más semejantes con los gallineros. En el gallinero los indivi-

duos de rangos inferiores no la pasan muy bien, certificaba. Frente a una aglomeración, los animales ubicados en una alta categoría sienten especial predilección en picotear, coléricamente, a los de casta inferior, aspecto que no sucede en el mundo social de las grajillas. Las grajas ubicadas en los peldaños sociales superiores son condescendientes, en alto grado, con las de categoría inferior, interviniendo enérgicamente en la solución de la disputa de dos aves subordinadas tan pronto como advierten el conflicto, pero jamás esa conducta conduce al destierro ni mucho menos al manoteo social. En el comportamiento de las desposadas encontraba que algunos conflictos llevaba a la indiferencia social hasta el punto de obligarlas a no volver al círculo social, las desterraban sin ninguna compasión. Una vez establecida la jerarquía social de los miembros de una colonia de grajillas, está se mantiene de una forma extraordinariamente conservadora, de igual manera como sucedía con las esposas de los militares, a no ser porque su hombre entrara en desgracia y fuera separado inesperadamente de la institución militar a la que perteneciera, afirmaba. Su apreciación era tan fuerte que lo llevaba a concluir los postulados de la teoría de Lorenz: "Todo criador de gallinas sabe que hasta en aves tan estúpidas existe una jerarquía definida, de forma que cada gallina se siente atemorizada ante la que ocupa un rango superior".

***

La entrevistada no logró dar inicio a la conversación. Al tener a quien iba a ser su confidente frente a sus ojos le bajó la mirada soltando un fuerte y prolongado llanto, circunstancia que le permitió a Luis Eduardo percatarse que la mujer llevaba sobre su espalda el gran peso de los delitos cometidos por su cónyuge. El rostro de la enlutada, la que no superaba los treinta años de edad, aparentaba ser de una mujer cercana a los cincuenta, a pesar de que llevara encima

más de una cirugía plástica; práctica constante de las mujeres de su circulo social. No era capaz de levantarle la mirada, fue necesario que aquel, de quien sólo conocía por la descripción de su marido, se acercara y la abrazara agarrándole delicadamente la cabeza para que ésta descansara sobre su hombro izquierdo. Como la mujer duró largos minutos sollozando, mientras le pasaba la mano por el cabello para tranquilizarla, aprovechaba el tiempo para realizar sus acostumbradas reflexiones mentales.

En un principio pensó irse con todos sus argumentos para hacerla responsable de los crímenes de su esposo puesto que no lograba concebir cómo al cohabitar con un delincuente, por largos años, no hubiera tenido el coraje de impedírselo o denunciarlo. A las hijas no las responsabilizaba porque estas eran menores de edad, de lo contrario las hubiera buscado recriminándoles su silencio. Pero no era solamente la mujer de Tyson, reflexionaba. La mujer representaba las miles de mujeres, compañeras y amantes de narcotraficantes, criminales, delincuentes de cuello blanco, violadores de Derechos Humanos y militares corruptos, que se callan frente al accionar delictivo de sus hombres. Al comenzar a usufructuar las riquezas de sus maridos, producto de ilícitos, se hacen las de la vista gorda, pensaba. Se limitaban a frecuentar clubes sociales o casinos militares para desfilar e incitar a la envidia, con las joyas y vestidos que sus maridos les compraban.

—En esa posición social ya no buscan aparentar porque lo tienen todo, la intención de éstas se encuentra dirigido a mostrar públicamente el poder económico, social y militar de sus hombres— Afirmaba de manera categórica en sus conferencias. —Deben garantizar por todos los medios su estatus social! —, gritaba como loco, cuando se encontraba solo en su apartamento.

Pero el consumo conspicuo de las mujeres grajillas no llegaba hasta ahí; todas las tardes fervorosamente tomando el té o jugando canasta, gastaban la lengua con largas conversaciones acerca de sus últimos viajes a Europa o Estados Unidos, ello sin dejar de lado los comentarios frente a las mansiones, autos, ropa y joyas que les obsequiaban sus maridos. Hasta ese momento Luis Eduardo nunca había conocido mujer alguna que no vendiera su silencio con esta clase de prebendas, pero no descartaba de que existiera, de ahí que la buscara ansiosamente.

La confesión se prolongó por varias horas. La vergüenza tardía por el actuar de su marido era evidente. Ante la mirada inquisidora de Luis Eduardo, quien se dedicó únicamente a contemplar a la mujer, no encontraba las palabras adecuadas para hacerlo cambiar de pensamientos. Con la mirada, su confesor se hallaba juzgándola, sin pronunciar un solo juicio. El silencio la exasperó hasta el grado de quedársele mirándolo fijamente a los ojos. Con una profunda rabia, la que se expresaba con burbujas de saliva blanca aglutinadas a los costados de los labios, le gritó al supuesto enjuiciador que los jóvenes asesinados eran enemigos de la patria al encubrir a los narcoterroristas, los subversivos y los defensores de Derechos Humanos. Las palabras no alcanzaban a ablandar a ese hombre de hierro, sin sentimientos, a pesar de vociferarle que su esposo jamás empuñó su arma para asesinar a los jóvenes durante los falsos positivos.

Ante la actitud de indiferencia se aproximó lo más posible a su interlocutor, alzó sus manos, y entrando en un estado de cólera emprendió una fuerte golpiza contra el policial. Los golpes recibidos en el pecho no lo hicieron provocar. Simplemente esperó que la debilidad se apoderara de la desdichada que osaba en agredirlo. Al acabársele las fuerzas se aferró desesperadamente al cuello de Luis

Eduardo dedicándose a lloriquear. Mientras tanto el hombre de las botas de Gilibert sólo pensaba que de igual manera que las grajillas, las esposas de los militares, no conocían a sus enemigos de manera instintiva. Sus esposos, de más edad y experiencia, se encargaban de adoctrinarlas en su cotidianidad, acerca de qué y a quién tener por enemigos. Es una verdadera tradición, reflexionaba, que los conocimientos adquiridos personalmente en la guerra de los militares, se transmitiera de esposos a esposas y de padres a hijos.

Al desvanecerse el cólera de la mujer vino la sensación de culpa. No podía explicar la razón por la que se dejó descontrolar agrediendo a quien calladamente la escuchaba. Se desprendió de los brazos de su confidente dejándose caer pesadamente sobre la poltrona de la habitación. Trató de limpiarse las lágrimas con sus manos, pero el tinte utilizado para negrear sus cejas matizó todo su rostro siendo necesario que Luis Eduardo sacara de uno de sus bolsillos un pañuelo para ayudarle a limpiar el rostro. Momentos después, personas y fechas comenzaron aparecer en sus relatos validando ello con algunos documentos y fotografías. Hubo tiempo para todo, hasta para relatar aspectos que él desconocía sobre actividades realizadas por las damas de azul, las damas verdes o las damas blancas, nombres dado a las organizaciones de esposas de militares y policías para realizar labores sociales y labores de presión psicológica.

La confesión le permitió conocer cómo, a pesar de no existir un pacto de silencio escrito, la lealtad que sus esposos adquirían con el gobierno de turno pasaba a ser un requisito para su subsistencia. Jamás declararían en contra de sus esposos o hablarían en contravía a los postulados de la seguridad democrática. Algunas partes de lo revelado sólo la conocían tres personas: el hombre de las botas de Gilibert, la esposa y el general, último comandante de Tyson. El ge-

neral se llevaría a la tumba los secretos de Ramírez porque al darlos a conocer saldría muy mal librado, la cárcel lo esperaría. Frente a la verdad el alto jerarca militar solamente tenía una cosa que hacer, impedir que esta saliera a la luz pública, mientras que para la mujer, al revelarle los pecados a Luis Eduardo, se encontraba lavando, tanto su conciencia como sus manos. La responsabilidad de la búsqueda de la justicia ya no recaía sobre su existencia esta ya era de responsabilidad del viejo amigo de su consorte.

La mujer fue sumamente insistente en que Luis Eduardo conociera detalles del comportamiento militar y personal de Tyson. Se cercioró, hasta la minuciosidad, en relatarle el papel de su esposo en los falsos positivos. Su intención no era la de darle elementos para que investigara, sino la de no continuar llevando, por doquier, los pecados de su cónyuge. El perdón que nunca pidió el militar se lo demandó, en su nombre, la esposa; él no era Dios, ni mucho menos su representante, pero ante la insistencia de la mujer, guardó silencio, lo que ella interpretó como si Luis Eduardo se lo concediera. Si Tyson hubiera mostrado arrepentimiento en vida, el hombre de las botas de Gilibert, se hubiera burlado. Para él, arrepentirse nunca condonaba la deuda contraída, pero sí era un paso para la expiación.

Días después de la reunión con la viuda de Tyson, Luis Eduardo concluyó que en el fondo ella no tanto buscaba el perdón para su esposo sino la oportunidad de usufructuar, sin ninguna culpa, la herencia que de éste heredó.



Fotografía: Omar E. Rojas

EL CORONEL SÍ TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Como buen lector, a pesar de no considerar *El coronel no tiene quien le escriba* la obra literaria más significativa de García Márquez, a menudo se imaginaba al viejo veterano de armas, bajo el intenso sol del puerto, leyendo el tan añorado telegrama donde el gobierno nacional le informara el otorgamiento de la pensión. Se negaba a aceptar que el coronel, a lo largo de toda la eternidad, tuviera que responderle a su compañera que debían comer mierda cuando esta sintiera el hambre despertar.

No lograba concebir cómo, después de servirle a la patria toda la vida, la sociedad no se acordara de la existencia del viejo ofi-

cial enviándole, aunque fuera, un saludo de agradecimiento por la actividad soldadesca desarrollada. Frente al olvido de los militares Luis Eduardo reflexionaba que los gobernantes solamente usaban la milicia para sus beneficios personales desechando a sus integrantes cuando estos se negaban a obedecer ciegamente sus órdenes o se les acababa la fuerza para empuñar el fusil. En señal de agradecimiento gestionó para que desde todos los condados le escribieran al coronel al serle negada la compensación a la que tenía derecho. Con el tiempo se percató que sus intentos fueron fallidos puesto que todo el mundo le escribió pero por motivos diferentes.

De igual manera como realizaba largas tertulias teóricas con Michel Foucault, en el último año, ofendido por las ejecuciones extrajudiciales, realizaba conversaciones con el coronel Aureliano Buendía con quien recorrió cada una de las líneas de *Cien años de Soledad*. Recriminaba al coronel por ser responsable de no haber liderado, desde sus orígenes, la construcción de una institución militar sensible, incluyente y democrática que velara por los principios constitucionales y la integridad de las personas aunque fueran estas sus enemigas. La reprimenda obedecía a sus observaciones acerca del actuar de la milicia. El ejército no solamente se encontraba enlodado por los falsos positivos; en antaño, en la época de la violencia partidista, había cometido asesinatos al colocarse del lado del gobernante de turno desprotegiendo a los necesitados. Como no hubo una cura de tipo ontológico al momento en que los oficiales ascendieran por el número de orejas cortadas, los nuevos militares no sentían ninguna clase de remordimiento al asesinar a sangre fría a compatriotas no combatientes haciéndolos pasar por insurgentes. Al no alcanzar debilitar sicológicamente a la guerrilla a través del *body count* los militares habían optado por la estrategia de mostrar resultados efectivos haciéndole creer a la sociedad que se trataba de partisanos. El coro-

nel Buendía no lo podía creer; no lograba concebir, ni mucho menos aceptar, cómo el honor militar fuera manchado desde el interior de la institución al desarrollar prácticas criminales sin que ningún oficial se atreviera a juzgar la medida al ir en contra de la dignidad marcial. Para él lo del *body count* simplemente era una estrategia militar para debilitar al enemigo pero no lo de los falsos positivos.

De la misma manera como Speedy González se resistía, en un principio, a aceptar la participación de los militares en los falsos positivos, el coronel Buendía, a pesar de las evidencias se negaba admitir la transgresión de las normas penales por parte de sus compañeros de armas. Aunque en un inicio se acobardó con la idea por temor de darle elementos al gobierno para que de una vez por todas le negaran la pensión, acordaron, entre los dos oficiales, invitar a la población para que se pronunciaran alrededor de la dudosa intervención militar en las supuestas ejecuciones. Los ciudadanos debían expresarse a través de los medios de comunicación. Antes de un mes el pueblo se manifestó; hasta en carteles y muros la población plantó su palabra. Las paredes, los microcomputadores, e incluso los billetes, comenzaron a hablar.

No solamente los militares que denunciaron los asesinatos se avergonzaron de sus compañeros. El viejo coronel Buendía, al igual que Luis Eduardo, sintieron vergüenza ajena. Las evidencias confirmaban una vez más la participación de la milicia en los falsos positivos. Miles de madres de familia les escribieron contándoles la historia de cómo habían perdido sus hijos en batallas ficticias. Durante cuarenta y cinco días con sus noches, los integrantes de brigadas y estaciones de policía, por primera vez desde la creación del Estado, dejaron su orgullo y enfrentamiento misional, y como hermanos se dedicaron a recorrer las calles y los campos con el cometido de limpiar de los

muros hasta el último de los mensaje escrito por los terroristas denunciando los atropellos de militares y policías. Terminada la tarea nuevamente las instituciones se distanciaron continuando, cada una, invadiendo la misión de la otra.

De la noche a la mañana el administrador de correos del puerto no dio basto. Cerca de doscientos viajes realizaron las lanchas de correo para transportar los miles de mensajes dirigidos al coronel. El coronel, que durante largos años estuvo esperando una misiva, se vio obligado a arrumar la correspondencia. A partir de ahí, nunca más tuvo tiempo para leer los periódicos que el joven médico del pueblo le prestara para esperar más placenteramente el telegrama de la notificación de la pensión. El asma de la esposa del coronel revivió debido al ahogo por los arrolles de misivas viéndose obligados a construir otra habitación de la que el coronel escasamente salía para asistir al excusado; el encargado del correo se vio en la obligación de llevarle cada tercer día las cartas recibidas hasta su morada.

***

Al quedarse mirando nuevamente la carta, antes de salir despavonado para el baño, le echó la culpa de sus males a las ejecuciones extrajudiciales. De igual manera como le había escrito al coronel de la justicia penal militar la mamá del Gran David le escribió al viejo coronel. El relato obligó al militar a refugiarse en el cuarto para no tener que mirarle los ojos a los habitantes del pueblo y mucho menos a su mujer. La pena ajena lo gobernó.

Nunca logró conocer a ciencia cierta si el malestar del cuerpo obedeció al hecho de haber probado carne después de diez años de abstención o si éste obedeció al relato del Gran David. Le bastaron

tan sólo treinta días para recuperarse encontrando consuelo en las misivas, las que leía y releía cada vez con más nostalgia.

Como presintiendo el destino, la mujer del coronel, se encontraba ese día con las babuchas de pana y el traje negro. Al momento de escuchar el bullicio de los niños se apresuró hasta la puerta, al abrirla se encontró con el gallo, este se encontraba muerto. Se quedó pasmada, ojeándolo fijamente con la misma mirada sombría realizada a comienzos del mes de diciembre cuando lo llamó pájaro de mal agüero. Se fijó en la cresta rebanada, en el cuello y los muslos pelados y cárdenos; no necesitó ninguna otra evidencia. Era el mismo gallo por el que muchas veces, por alimentarlo, no tuvieron con que comprar un grano de café.

No quiso alertar a su marido dedicándose a calentar agua, pelar el ave y preparar el sancocho. Con el año nuevo el infortunio se apoderó del pueblo. El gallo del coronel fue asesinado lo que nadie podía creer, mucho menos aquellos que se atrevieron a apostar en su favor. Ninguno de los que asistieron a la gallera se sentía con fuerzas para informarle la desgracia al coronel por lo que decidieron abandonarlo al frente de la vivienda.

Por primera vez en quince años, además de engalanar la hornilla, la olla se encontraba a reventar y el aroma se expandió por toda la vivienda. Ni el olor logró persuadir de la lectura al coronel, se encontraba completamente empecinado en conocer aspectos relacionados con las ejecuciones extrajudiciales orquestados por la institución castrense, de la cual muchos años atrás había dejado de pertenecer y en la que no existía referencia alguna en la que constara de que hubiera servido como soldado.



Sintió náuseas acompañado de un fuerte escalofrío y rápidamente la fiebre le invadió todo el cuerpo. Siempre le sucedía lo mismo en el mes de octubre pero esta vez el revoltijo en el estómago lo llevó a pegar un gran brinco alcanzando el cuartillo del retrete. No tuvo tiempo de oler el amoniacal ni mucho menos alzar la tapa del bacinete cuando el vómito lo alcanzó. Al momento de apaciguar la indigestión se percató que se encontraba arrodillado, con las manos aferradas a la letrina. Trató de limpiarse el rostro con el brazo desnudo y como pudo llegó hasta la habitación no sin antes atropellarse con las tablas de la puerta del inodoro, hasta alcanzó a golpearse el dedo gordo del pie izquierdo. Al acomodarse completamente en la silla, después de prender la lámpara y sobarse el dedo, sus pensamientos lo llevaron a especular acerca de la razón del malestar.

Con el tiempo Luis Eduardo se percató que la historia nuevamente se repetía. De igual manera como el coronel del nobel se quedó esperando el telegrama de la notificación de la pensión, el hombre de las botas de Gilibert y los parientes de las victimas se quedaron esperando el juzgamiento de los autores intelectuales de quienes orquestaron, en nombre de la democracia, un holocausto jamás contado.



Fotografía: Sirey Zabeth Rojas Herrera

EN ESTE PUEBLO NO HA PASADO ABSOLUTAMENTE NADA

La gota que llenó el vaso, se derivó de la conferencia que se atrevió a dar en la universidad. Expuso como tesis central que el paramilitarismo no había sido derrotado sino que este se transformó en prosaicas bandas criminales, de ahí que los resultados operacionales contra ellas fueran mínimos. Todo iba muy bien, puesto que se trataba de un ejercicio netamente académico. No obstante, se dejó llevar por el entusiasmo enfatizando que el origen del paramilitarismo no obedecía a la lucha frontal contra el comunismo, sino en la búsqueda de posiciones privilegiadas, de algunos sectores de la sociedad. Complejos grupos sociales buscaban beneficiarse del narcotráfico, el contrabando y la corrupción en la administración pública. Satíricamente demostraba, como las acciones terroristas, después del sometimiento a la Ley de Justicia y Paz, se incrementaron con los nuevos grupos criminales.

Como virtuoso del habla franca, casi suelta la carcajada, en pleno escenario, cuando tuvo que recalcarle a uno de los asistentes cómo los delitos en el país se incrementaban. Les repetía que la impunidad y la ausencia de justicia, entre otras, se encontraban induciendo a la población para que cometiera más actos delictivos. —El ciudadano del común tiene como referencia social, no personas intachables, sino criminales ubicados en las esferas altas de la sociedad. Los ciudadanos anhelan conseguir dinero, de una manera rápida y fácil— , afirmaba.

Presentó en el coloquio, además de estadísticas, las estructuras de los nuevos grupos. Afirmaba que eran copia exacta de las antiguas tropas de extrema derecha. No quedando contento, evidenció como los grupos neo paramilitares desplegaban los mismos objetivos y la misma capacidad de sus antecesores. Lograban penetrar organizaciones del Estado, así fueran de alta seguridad. De igual manera, recalcó el incremento del consumo interno de las sustancias psicoactivas comercializadas en las grandes urbes. Para ilustrarlos mejor, se dio tiempo para referenciar el accionar de los denominados combos en la ciudad de Medellín, quienes abiertamente se daban el gusto de regular la violencia y criminalidad promocionando una falsa paz urbana a través *del pacto del fúsil*. La estrategia consistía en la no agresión entre los grupos criminales, de ahí la disminución de los homicidios en la metrópoli.

A pesar de la dureza del discurso, logró cautivar a los asistentes al evento. Acentuó, en tono satírico, que la Fiscalía había identificado a más de ciento ochenta batallones militares, adscritos a cuarenta y una brigadas, en donde se cometieron falsos positivos. —En ellos, participaron al menos dieciséis generales de la República—, enfatizó. El silencio se apoderó del auditorio en espera que el conferencis-

ta corrigiera sus planteamientos. Luis Eduardo aprovechó la situación subrayando que coroneles y generales, planificaron, ordenaron y direccionaron las ejecuciones. Todo el auditorio se encontraba con la boca abierta.

Por primera vez, un uniformado se atrevía a quitarse la mordaza para llamar la atención de la opinión pública acerca de la génesis de los problemas sociales. Contradecía la regla del silencio imperante en la instituciones del sector defensa. —*Los soldados como los policías están para obedecer no para pensar*—, era el lema que recitaban a diario en las escuelas de formación. Al percatarse que ni un mosco se movía, debido a su experiencia como docente orador, continuó con su arremetida en contra de los militares corruptos.

—¡Es hora de despertar! No seamos cómplices del delito, no debilitemos aún más al Estado al proponer leyes que conlleven a la impunidad. No permitamos la apología a la corrupción—. Mientras la frase retumbaba en el auditorio, Luis Eduardo se acercaba a cualquier oyente, y mirándolo fijamente a los ojos, lo cuestionaba. —¿Cierto que usted no es criminal?, ¿cierto que usted no es corrupto, o de aquellos ciudadanos que se calla, o de los que los defiende?, ¿cierto que usted no aceptaría que su hijo fuera asesinado en un falso positivo? Entonces, ¿por qué carajo se arrodilla ante los criminales de cuello blanco, ante los verdaderos delincuentes del país?—. Ante la actitud intimidadora del conferencista, el controvertido no se atrevía ni a mover el más mínimo dedo. Acto seguido, para no perder el fervor, se acercaba a otra persona y le realizaba el mismo interrogatorio, constatando de esta manera, la ausencia de argumentos para refutarlo.

Nadie en el auditorio lo podía creer. Un oficial superior se atrevía a dar fe, en todo un acto universitario, a los argumentos que los

contradictores del gobierno recurrían para desmeritar el proceso de sometimiento a la justicia de los paramilitares. Recriminaba, abiertamente, a las Fuerzas Militares por los falsos positivos; la venta de armamento a las bandas criminales; las chuzadas telefónicas a los defensores de derechos humanos; y la corrupción interna. Sus explicaciones llevaron a algunos de los asistentes, para que en voz baja se refirieran a sus planteamientos como aterradores y conspiradores. Otros, al escuchar detenidamente su discurso, lo catalogaban como agente del chavismo venezolano, y otros, los más conservadores, como comunista cubano, incluso uno lo alcanzó a relacionar con los fundamentalistas de la república de Irán. Al terminar su intervención, tímidamente un asistente se levantó y comenzó a aplaudir, acción seguida, muy rápidamente, por otros. Más de las tres cuartas partes de los espectadores se dejaron seducir, enaltecimiento el auditorio con sus aplausos. Sin embargo, cerca de ocho personas permanecieron inmóviles, en sus sillas, quienes al ver la pasión del público por el conferencista, decidieron abandonar el recinto. Balbuceaban madrazos contra el expositor.

Todo hubiera pasado desapercibido de no ser porque el decano que lo invitó era muy cercano de la casa de Nariño. Ese mismo día, la inteligencia de palacio lo tenía entre ojos. De igual manera, hasta esa tarde, se dio el lujo de ser docente del centro universitario donde ejercía como profesor de cátedra. El presidente tenía ojos y oídos en todas partes, inclusive en los claustros universitarios. Al día siguiente, a pesar de la aparente autonomía institucional, una voz se escuchó en el Ministerio de Defensa para dar de baja al recién ascendido coronel. No existían elementos legales para proceder con lo ordenado, por lo que decidieron esperar para adecuar el escenario, evitando un posible escándalo periodístico, o una demanda, por parte del cuestionado.

El más contento con los acontecimientos, era el nuevo Inspector, quien no demoró en llamar al orden a Luis Eduardo.

—Coronel, habíamos perdido la esperanza de que nos diera la oportunidad de abrirle un expediente en la justicia penal militar—. Fue el preámbulo de bienvenida, cuando Luis Eduardo entró a la oficina. Mientras lo inspeccionaba minuciosamente, con su vista inquisidora, el coronel se encontraba rígido como una piedra, en posición fundamental. El general, gallardeándose como pavo real, continuaba con su reproche.

—No tenía la oportunidad de conocer al famoso hombre de las botas de Gilibert, al moralista, a aquel que se cree doctorcito y desmerita las Fuerzas Armadas. Se olvida, coronel, que la institucionalidad le da de comer, tanto a usted como a su familia—. Las palabras resonaron como un cañón. Trató infructuosamente de refutar los sentires de su superior, pero el general, haciendo uso de su autoridad policial, con un fuerte grito se lo impidió.

—Coronel, no me de más papaya. No quiero más argumentos para agrandar el expediente, cualquier mínimo movimiento lo tomaré como acto de agresión e insubordinación. Es un deshonor mantenerlo a usted, uniformado, en el seno de nuestra gloriosa institución. ¿Cómo se atreve a juzgar el papel de nuestras fuerzas militares?; ¿Cómo osa en afirmar, públicamente, que existen generales vinculados a ejecuciones extrajudiciales validando las informaciones de los comunistas?; ¿Cómo es capaz de patear a quien le ha dado de comer toda la vida?; ¿Coronel, en qué momento lo dejamos suelto para que perdiera el norte y se aliara con los izquierdosos del país?—. El silencio, después de las últimas palabras, lo facultaron para interponer sus argumentos al inspector.

—Mi general, con todo respeto, si se refiere al acto académico de la noche anterior, creo que se encuentra mal informado. Mi posición, en contra el crimen y la corrupción, es de conocimiento, tanto de la institución como de la sociedad. De igual manera mi general, ni el gobierno ni mucho menos las Fuerzas Armadas, son los que me dan de comer, ni a mí, ni a usted, como tampoco a ningún policía o soldado de esta nación, los salarios lo cancelan los ciudadanos a través de sus impuestos. La Fiscalía no es un ente del terrorismo, ellos son los que han mencionado que tienen a dieciséis generales en la mira por criminales, que existen más de ciento ochenta batallones comprometidos y...

La frase no logra ser terminada. El interlocutor, de manera abrupta, interrumpe las palabras con un enérgico golpe al escritorio. —Coronel, no me crea usted imbécil, usted es un terrorista mucho peor de los que combatimos, usted merece ser neutralizado—. Mientras el encolerizado general retira de la reata del uniforme la pistola, colocándola bruscamente sobre el escritorio, sus escoltas y asesores, quienes se encuentran al otro lado de la oficina, salen en desbandada, ubicándose al pie de la puerta. No desean presenciar tan cerca el desenvolvimiento de los acontecimientos.

—Coronel, su posición ante la ley y la sociedad sólo tiene un nombre, se llama traición a la patria. ¿O cómo se puede llamar, a un individuo de su talla que se atreve a promulgar que no existen estrategias de prevención, que el problema en el país no es de seguridad sino de convivencia, que en las Fuerzas Armadas hay integrantes que facilitan la corrupción y hasta el asesinato? Creo coronel, que usted se encuentra llamando a gritos, que prontamente lo llevemos ante una corte marcial.

—Mi general, en lugar de obsesionarse de cómo me van a adelantar una investigación por ser crítico de la delincuencia, preocúpese por los autores intelectuales y materiales de las ejecuciones extrajudiciales. Me encuentro convencido de que a ellos, ni usted ni los otros generales, se atreven de tildarlos como traidores de la patria. Además mi general, conozco tanto la norma penal, como la penal militar, y en ningún momento mi posición es traición a la patria. Creo que está cometiendo un error al criminalizarme.

—Si digo que es traición a la patria, los jueces de la justicia penal militar y la procuraduría también lo dirán. Su actitud, muy pronto, lo va a llevar a responder por deslealtad y traición.

—Mi general, traición a la patria es asesinar a jóvenes civiles haciéndolos pasar por guerrilleros. Traición es aprovecharse de los recursos del Estado para pagar falsos informantes y utilizar las ayudas internacionales para estimular militares corruptos y asesinos. Traición, mi general, es utilizar los medios dados para la protección de los habitantes para transportar criminales y sus víctimas. Traición a la patria es robar contraseñas, chuzar celulares, manipular computadores. Traición a la patria es hacer que los mancos y los ciegos disparen, que los cojos caminen. Traición a la patria es…

—Basta coronel, su discurso no tiene ningún sentido, de pronto con sus incautos estudiantes. Sea cuerdo y por honor al uniforme retírese de la institución con dignidad. Cite a una rueda de prensa y retráctese de sus palabras, diga cualquier cosa pero retráctese. Hasta el momento, nuestros amigos periodistas nos han protegido al no difundir la noticia pero pronto algún medio de comunicación, enemigo del gobierno, puede filtrar la información. Se imagina el titular ¡Coronel comunista de las Fuerzas Armadas reconoce crímenes mi-

litares! Ahora si logró tirarse en toda la cúpula policial, ¿qué estarán pensando nuestros superiores con su actitud, coronel?

—Mi general, tanto la solicitud de retiro que me pide, como el retractarme, no lo puedo hacer, van contra mis principios. Si usted y el mando creen que me deben adelantar una investigación asumiré mi responsabilidad durante el proceso. Mi general, usted puede sugerirle al Presidente que me llame a calificar servicios.

—Pensaba que aprovecharía esta oportunidad, su terquedad le impide tomar la mejor decisión, no la desaproveche. Usted es demasiado racional y sabe que para evitarse molestias, y evitarnos trabajo, simplemente debe firmar su solicitud de retiro, de manera voluntaria. Me tomé la molestia de escribírsela, tan sólo son tres letras, ¿por qué no lo consulta con su abogado, con su familia y con sus amigos, si es que los tiene coronel? Cuenta con dos horas para leerla, firmarla y traérmela.

—Mi general, gracias por preocuparse por mi situación y ahorrarme el trabajo de no tener que redactarla, pero no puedo firmar mi retiro, como tampoco retractarme de algo de lo que estoy completamente convencido.

—Coronel ¿cómo es la vida?, por ponerse a hablar más de la cuenta le quedan tan sólo treinta minutos para consultar con su abogado, no siga perdiendo el tiempo, llámelo y firme. Es más, puede utilizar mi teléfono—. No ha terminado la frase cuando ya su mano derecha ha tomado el auricular pasándoselo a Luis Eduardo.

Ante la actitud de su superior, el coronel continúa inmóvil. El general, después de colgar el auricular, nuevamente lo inspecciona

de arriba abajo, centrando su atención en los borceguies de su subordinado. —Coronel, a pesar de los años sus botas lucen como si acabaran salir del almacén, creo que con ellas si ha hecho un excelente trabajo. Si se concentra en ellas podrá tomar la decisión. Además, creo que las botas están viejas y merecen salir a disfrutar de la pensión. Cuelgue el uniforme y deje descansar sus borceguies, lo mismo que a sus compañeros y superiores. No continúe luchando contra la corriente.

—Gracias por su preocupación y consejos mi General, pero permítame retirarme de la oficina, tengo trabajo que realizar.

—Hombre, Luis Eduardo, pensé que había tomado una decisión y me iba a decir que le permitiera retirarse de la institución, creo que ya está muy cerca de su decisión, felicitaciones. Ya se lo había dicho, es una decisión racional, además tendrá tiempo para visitar Gran Bretaña y Noruega. Me informaron que ahora tiene intereses por esos lados ya que se la pasa merodeando con sus hijas las embajadas europeas.

El rostro del coronel enrojece. Nadie podía referirse satíricamente a sus proles. Al escuchar al general apretó fuertemente los labios, estos sangraron. No deseaba pronunciar palabras de las que pudiera llegar a arrepentirse. Mientras tanto, el inspector, mirándolo fijamente a los ojos, le acerca el documento. Sin dudarlo, Luis Eduardo toma el escrito de la mano de su superior, y sin pronunciar palabra alguna, gira enérgicamente su cuerpo ciento ochenta grados. Sin titubear avanza hacia la salida. —Permiso me retiro mi general—, son las únicas palabras que logra pronunciar.

Mientras camina, a pesar que sus manos se encuentran pegadas a la costura del pantalón, su mano derecha arruga el documento que

momentos antes, casi le ha arrebatado a su comandante y, antes de salir, lo arroja a la caneca de la basura logrando un tiro perfecto, a pesar de la posición. El general, quien silenciosamente observa la actitud asumida por Luis Eduardo, antes de que abandone la oficina, con tono enérgico le grita.

—Coronel, recuerde que de igual manera como en el país, en esta oficina tampoco ha pasado absolutamente nada. Es hora de que su discurso profesional y académico, por el bienestar de sus familiares, especialmente de sus hijas, voluntariamente cambie. Tenga usted un feliz día—. La locución, además de incomodar a Luis Eduardo, provoca que automáticamente este voltee su cuerpo encontrándose de frente, nuevamente con el inspector, quien no esperaba volver a ver el rostro de su subalterno. El comandante no alcanza ha ocultar la risa maliciosa con la que pronunció las últimas palabras.

Frente a la mirada fría y penetrante del coronel, la sonrisa del general se desvanece y su mano derecha, inconscientemente, alcanza la pistola que minutos antes depositó sobre el escritorio. Mientras tanto, Luis Eduardo intenta buscar las palabras más adecuadas para responder la supuesta agresión. Los postulados de Foucault acerca de la parrhesía, vuelven a su memoria. *El parresiasta es el que dice todo, ajustado a la verdad, sin enmascararla o ocultarla*, es la frase que desde que descubrió al filósofo siempre esgrime. No la pronuncia, piensa que peyorativamente debe decir cualquier cosa que sea útil a la causa que defiende, siempre que sea verdadera. Está acostumbrado a no callarse, a decir lo que piensa, siente y añora, no de boca hacia afuera sino que lucha por ser coherente. *El parresiasta dice lo que piensa, él mismo signa, en cierto modo la verdad que enuncia, se liga a esa verdad y, por consiguiente, se obliga a ella y por ella,* son las palabras textuales del postulado foucaultsiano que retumban en

su cabeza. Es consciente de los riesgos que corre, al decir la verdad en aquellos momentos, lo que ésta puede generar, no solamente en su cargo sino a nivel personal y familiar.

Al mirar la actitud del general empuñando el arma, decide expresar la verdad. Afronta el riesgo de sus palabras. Es consciente de que debe ofender al general, irritarlo y encolerizarlo. Busca suscitar una serie de conductas que puede llegar a la más extrema de las violencias, dado que ese es el objetivo del parresiasta. Pero no es solamente gritarle la verdad al general, sus palabras las dirige contra todo lo que él representa.

—Mi general, en este país no ha pasado absolutamente nada. Tan sólo, nuestro glorioso ejército asesinó cerca de 10.000 jóvenes haciéndolos pasar por guerrilleros; únicamente los militares corruptos, se robaron más de veinticinco mil millones de pesos del sistema de retiro de las Fuerzas Militares y no ha pasado nada; las armas decomisadas a la subversión son vendidas por los soldados a las bandas criminales y no ha pasado nada; y los explosivos guardados en guarniciones militares son empleados en actos terroristas supuestamente realizados por la guerrilla, y tampoco ha pasado nada. Y qué me dice de siete mil uniformes camuflados que terminaron uniformando a ejércitos irregulares de extrema derecha; además de las chuzadas; el robo de claves y la manipulación de computadores a través de los hackers al servicio de inteligencia militar, policial y de palacio. Perdón mi general, se me olvidaba lo de los generales consentidos por la casa de Nariño que han sido extraditados por narcotráfico, y los que se encuentran como embajadores, escondidos para que no los investiguen. Y eso que no le menciono los crímenes cometidos por las grandes personalidades que administran el Estado, y el lugar a donde los destinan a pagar sus miserables condenas. Mi general,

desde su escritorio no alcanza a ver lo que sucede en el país, por eso no pasa absolutamente nada. Que tenga un feliz día, señor general, permiso me retiro.

Las palabras provocadoras cayeron como agua fría en la existencia del general, quien con cara de asombro, y en silencio, se dedicó, empuñando su arma de dotación en todo momento, a escuchar los argumentos de su subordinado. En algún momento intentó alzar el arma para apuntarle directamente al oficial que osaba en enfrentársele, no con armas sino con palabras, pero declinó rápidamente la idea al observar que Luis Eduardo se encontraba sin la reata donde portaba su pistola nueve milímetros. Era tanta la ira, que tuvo la intención de dispararla al desasegurar el arma. Durante su vida militar, en varias ocasiones, tuvo que soportar casos de insubordinación, pero ninguna situación se asemejaba a la que estaba atravesando.

No quiso debatir ninguna de las denuncias. Esperó que el hombre de las botas de Gilibert abandonara voluntariamente la oficina. Antes de salir, los escoltas se arrojaron sobre el coronel arrebatándole de la camisa el bolígrafo. Ante el asombro del hombre de las botas media caña, uno de los patrulleros, de tres zancadas, alcanzó el escritorio del general entregándole la pieza acabada de decomisar. El general, quien ha dejado nuevamente el arma sobre el escritorio, sonríe al dejar caer el bolígrafo al piso colocándole un pie sobre éste. Un pequeño ruido alcanza a escucharse mientras el esfero es totalmente destruido. —Comunista de mierda, como ya le dije en este país no ha pasado absolutamente nada, firme el retiro para que pueda disfrutar de la pensión—.

La mirada de Luis Eduardo se centra sobre el pie del general, como tratando de salvar la herencia de Elena. No obstante, al con-

vencerse de que no puede hacer nada, se da vuelta y abandona precipitadamente la dependencia. Al momento de cerciorarse que el oficial no lo alcanza a escucharlo, toma el celular y al oír que le contestan, se limita a expresar —Mi general, el comunista de mierda no va a pedir el retiro, ya ordené que lo sigan a todas partes—.

***

La segunda advertencia, dos semanas después del llamado de atención del general, se produjo a través de los hackers. Cuando menos se percató sus cuentas informáticas fueron interceptadas por la unidad de inteligencia. Se encontraba tranquilo porque consideraba no tener documentación alguna para ocultar. Sin embargo, al tener conocimiento de la capacidad de éstos para adulterar documentos, pensó que contaban con la suficiente habilidad para acomodar muchos de sus archivos. A partir de allí recibió varios mensajes en su correo electrónico los que desaparecían minutos después de ser leídos, por lo que dedujo que lo hacían para no dejar evidencias. Éstos, de acuerdo a sus reflexiones, tenían la intención de mostrarle la capacidad para interferir en las redes sociales y los correos electrónicos de sus objetivos militares.

No le prestó mucha atención a la actividad de inteligencia y sin descuidar las medidas de seguridad continuó la rutina de trabajo, como si nada hubiera sucedido. Una semana después, sus adversarios decidieron enviarle un nuevo mensaje, en el momento de robarle uno de los trabajos elaborados en el computador. La acción tenía la intención, además de hostigarlo, de desacreditarlo y obstaculizar su labor. Sólo lograron el cometido con un único documento puesto que rápidamente se percató de la estrategia optando por tener dos computadores para su trabajo y actividades personales. Los de inteligen-

cia conocían únicamente la existencia de uno, y sobre él realizaban todas sus pesquisas y seguimientos. Luis Eduardo, en contra ataque, comenzó a realizar dos trabajos, uno para sus recién amigos los hackers, a quienes desinformaba y otro, muy diferente, para sus superiores. La estrategia le produjo excelentes resultados conduciendo a los de inteligencia llevarse varios fiascos, al momento de informarles cosas que no eran ciertas, además de obligarlos a movilizar a lugares donde nunca iba a ocurrir absolutamente nada. Con los meses inteligencia militar se percató de la reacción de su objetivo pero, ha pesar de su persecución, no lograron descubrir el nuevo computador.

Durante los meses de importunación continuó hurgando acerca de los actores intelectuales de los crímenes cometidos. Su osadía lo llevó a recibir varios sufragios. A fin de lograr una mayor intimación, se las arreglaban para dejarlos en el asiento del vehículo, en la puerta del apartamento y sobre el escritorio. Tampoco sintió temor al recibir uno dirigido a una de sus hijas, pero el miedo lo invadió cuando dos motociclistas, sin importar que se dirigía en el vehículo oficial y uniformado, le hicieron varios disparos obligándolo esconder a su hija menor debajo de una de las sillas. De no ser por la pericia del conductor la situación hubiera terminado en una desgracia familiar. Esa misma tarde sus hijas, en contra de su voluntad, debieron hacer maletas y abandonar el país, gracias a la gestión de sus amigos europeos.

Pero Luis Eduardo no fue el único perseguido, como tampoco lo fueron defensores de derechos humanos, periodistas, estudiantes, docentes e integrantes de sindicatos, además de otros. Su leal amigo, el ratón, también se vio obligado a empacar e irse al extranjero por los sufragios que recibieron sus hijos. El día de la despedida, a pesar de la tristeza que gobernaba la existencia de Speedy González,

este jocosamente le manifestaba a su amigo cómo era la vida. No lo estaban asediando por ser el director de la Mesa de Transparencia Nacional, de la cual el gobierno no tenía ni el más mínimo conocimiento de su existencia, sino por realizar comentarios en su circulo social, acerca de la corrupción de los militares. Los industriales y comerciantes se encontraban rodeando y aprobando la gestión del primer mandatario, gracias a la estrategia de gobierno de reducir el pago de los horas extras de los trabajadores y de la reducción de los impuestos al gremio. Los que encontraban beneficios, con las medidas gubernamentales, no soportaban las criticas contra el máximo jefe de Estado. Los leales se convertían, automáticamente, en integrantes de la red de informantes. Quien se atrevía a censurar, alguna medida oficial, simplemente se convertía en objetivo de inteligencia.

Aunque el envío de los sufragios no lo atemorizaron, los sufragios dirigidos a su amigo si lo preocuparon, de ahí que lo presionó para que abandonara el país. No quería perderlo como había perdido a Elena.



Fotografía: Omar E. Rojas

EL GRAN DAVID

Cualquier observador se percataría fácilmente de la torpeza e ingenuidad con las que realiza algunos movimientos con sus manos, pies y cuerpo. Desde temprana edad su mano derecha, más que la izquierda, presenta dificultad para efectuar ciertas acciones; al momento de caminar da la impresión de que anda más retrocediendo que avanzando; además no alcanza a escuchar por uno de sus oídos. Su edad, la que no sobrepasa los veinte años, no se ve reflejada en

su cuerpo: aparenta ser un joven de aproximadamente quince años. La talla de todas sus prendas de vestir es L, calza treinta y nueve y su cabeza permanece medio rapada, dado que desde el nacimiento siempre ha padecido cierto tipo de alopecia androgénica. El largo proceso de convalecencia que ha vivido lo permeó para adquirir un carácter fuerte que trata de disimular mirando siempre hacia el horizonte, sin pronunciar palabra alguna. Sin embargo, de acuerdo con su estado de ánimo, a veces se queda contemplando profundamente a las personas entregándoles una larga y profunda sonrisa. Nadie logra descifrar lo que piensa y le incomoda profundamente que le pregunten acerca de ello. Cuando alguien lo hace, fácilmente se percata, sin necesidad de que éste pronuncie una sola palabra, que le desagrada. Basta observarle la aguda mirada que da, la cual expresa lo que no pronuncia con palabras.

No es necesario aproximarse demasiado para darse cuenta de que tiene disminuidos algunos sentidos. Las personas que gozan de conocerlo se dejan cautivar por su gracia e ingenuidad y por el muñeco de trapo que nunca abandona. Su madre, después de haberlo sobreprotegido por cerca de veinte años, estimulada por la psicóloga de la clínica, intenta darle una mayor libertad. Es totalmente analfabeta, nunca aprendió ni a leer ni a escribir. Los avances alcanzados en su recuperación han sido grandes, pues ya se atreve a deambular solo, durante todo el día, por las calles de los Altos de Cazucá. Nunca se aleja más de diez cuadras del lugar de residencia. Los habitantes del sector lo conocen como el gran David, sobrenombre dado por haberle ganado a la enfermedad. Tal vez por su apariencia los niños y algunos adultos no se atreven a acercársele. De vez en cuando, se le ve en cualquier esquina, frente a un adulto, intentando hablar con sus frágiles manos o sus ojos.

El diagnóstico médico es alentador, a pesar de que durante los primeros años le detectaron meningitis bacteriana. Ésta le dejó secuelas neurológicas afectándole la audición y pequeñas discapacidades intelectuales. Sin embargo, en la edad adulta, para asombro de la comunidad médica, desarrolló otras habilidades como la de su reloj biológico. Todos los días, antes de que se oculte el sol, a las seis de la tarde, se acerca al paradero de transporte. Allí se dedica a esperar pacientemente al ser que más ama. Su felicidad más grande es la de contemplar a su mamá, quien labora en el hospital de Kennedy al sur de la capital, cuando ésta se apea de la buseta. Cada día, sagradamente, su progenitora le lleva alguna fruta que es enviada por alguna de sus compañeras de trabajo, éstas conocen la difícil condición económica por la que atraviesan. La fruta siempre se encuentra dentro de una bolsa plástica, acompañada de alimentos preparados por la encargada del restaurante. De esta forma logra ahorrar dinero del salario mínimo que percibe, el que puede destinar a la compra de medicamentos y al pago de algunos exámenes médicos del gran David toda vez que, a pesar de las tutelas, en varias oportunidades no se los han suministrado en el sistema de salud. Todos los días en el instante en que se encuentran, madre e hijo se dan un gran abrazo, el abrazo del oso, como le dice su mamá y cogidos de las manos se acercan a la escuela a recoger a sus hermanos.

El último día en que lo contempló fue el miércoles de ceniza. Nunca olvidaría la cuaresma más larga y desgarradora vivida en toda su existencia. A las cuatro y veinte minutos de la madrugada lo vio por última vez. Estaba dormido, junto con sus hermanos de siete y ocho años de edad. Dormían placenteramente sobre el catre metálico donado por una ONG muchos años atrás cuando todavía el gran David se encontraba postrado por la enfermedad. No le dio ningún abrazo para no despertarlo. No obstante procuró darle un beso en

cada una de las mejillas y otro en la frente. Lo mismo hizo con sus otros hijos. Los observó alrededor de cinco minutos. Antes de salir, además de acomodarle el escapulario de tela del niño Jesús y de cubrirlos con las mantas de la cama, les dejó sobre la butaca de madera la ropa interior, las camisas, los pantalones y las medias a lucir durante el día. Los zapatos eran los mismos de todos los días. Se encontraban desgastados, unos más que otros. Al mirar el zapato derecho del gran David se observaba, por debajo, un pequeño hueco de aproximadamente un centímetro, justo donde hace presión el músculo flexor corto del primer dedo del pie. Siempre el calzado se le desgataba en el mismo lugar. Todos los días, antes de salir a trabajar, la madre le dolía y se negaba a dejarlos profundamente solos; tenía una responsabilidad laboral, con ello compraba alimentos, pagaba servicios y cancelaba el canon de arrendamiento. Una vez apagó el foco se apresuró a salir con el propósito de alcanzar el bus de las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la mañana, de no ser así llegaría tarde a laborar. Sobre el retablo de madera que hacía las veces de mesa, biblioteca y escritorio de trabajo, les dejó servido el desayuno.

Alrededor de las diez de la mañana, el gran David se aproximó al pequeño parque, lugar donde algún líder comunitario preocupado por el bienestar de los niños del sector adecuó unas llantas inservibles para que los infantes jugaran. A su alrededor se encuentran algunas piladas de arena a fin de amortiguar los golpes de los niños cuando estos se caen. El gran David no duda en acomodarse en una de las sillas, la que es un tronco de madera. No se ha acabado de acomodar cuando sigilosamente, intentando que nadie lo observe, John Mario se le acerca y con una leve sonrisa trata de ser aceptado. La sonrisa no le es devuelta, solamente recibe una fuerte mirada la que no logra amedrentar al recién llegado. Pacientemente el intruso trata por todos los medios captar la atención del gran David. Después de

algunos minutos la paciencia del intruso logra vencer la barrera que impide cualquier tipo de comunicación, logrando que las manos de su conocido, además de los ojos, empiecen a hablar. La estrategia fue muy fácil, simplemente le habló de su papá y de las ganas que éste tenía de conocerlo. La palabra papá produce una sonrisa de felicidad en la cara del gran David máximo cuando el intruso le afirma, casi le jura, que a dos cuadras de allí su papá se encuentra esperándolo. Sin esperar ninguna instrucción el gran David se pone de pie y colocando la vista hacia donde le señaló John Mario comienza lentamente a caminar, mientras tanto el reclutador se aleja, con grandes zancadas, en sentido contrario. Veinte minutos más tarde John Mario y el gran David abordan un vehículo de servicio público y desaparecen del barrio. Ningún vecino lo advirtió.

Cerca de las seis de la tarde, en el paradero de transporte público del barrio, el bus hace la última parada. Por la puerta trasera aparece una mujer de aproximadamente cuarenta y cinco años de edad, trae colgado de uno de sus brazos un talego de plástico de color blanco en el que se alcanzan a percibir, en bolsas más pequeñas, algunos alimentos ya preparados. Una de sus manos sostiene una pequeña pera, ésta tiene un único destinatario, el gran David. Todavía lleva puesto el delantal blanco del trabajo. A diferencia de los otros días, sobre su frente se observaba una gran cruz de ceniza que representa la destrucción de los pecados cometidos a lo largo de su vida. A pesar de escuchar, todos los años por la misma época, las frases del sacerdote de *arrepiéntete y cree en el evangelio* y *acuérdate de que eres polvo y al polvo has de volver* éstas resuenan en su cabeza. No alcanza a apearse completamente del vehículo cuando su instinto de madre la alerta. Durante cerca de cinco años, todos los días, a la misma hora, su hijo pacientemente la ha esperado. Resbaló del bus tratando de mirar en todas las direcciones. No lo encuentra. Sin preguntar nada a

nadie, sale disparada hacia la escuela, allí recoge a sus otros hijos y se dirige angustiada hacia la vivienda.

Alrededor de las doce de la noche todavía se encuentra, de casa en casa, preguntando sobre el paradero del gran David. Algunos vecinos la están acompañando, hasta han llamado a la policía. A pesar de que los servidores públicos la atienden se incrementa su angustia cuando le expresan que tiene que esperar setenta y dos horas para colocar la denuncia. No lo puede aceptar. Durante los días posteriores, en cada tienda, en cada poste de la luz, los vecinos colocan fotocopias con la fotografía del gran David. Nadie da razón alguna. Algunos intentan hacer conjeturas, hasta alcanzan a pensar que en su desaparición la madre tiene algo que ver. La búsqueda dura exactamente cuarenta días, hasta la tarde del jueves santo, justo antes de la "Misa de la Cena del Señor".

El señor la coloca nuevamente a prueba. De la misma manera como colocó a prueba al pueblo judío durante cuarenta años, como apostó a Jesús durante cuarenta días en el desierto, como duró el diluvio universal, su Dios la llama nuevamente a reforzar la fe. Es un acto de penitencia y reflexión. Sin embargo no alcanza a comprender la razón por la que el párroco del barrio de manera forzada, trata de explicarle que es un periodo para meditar en donde la tristeza pasa a un segundo plano. Reflexiona que más de un tiempo de conversión, es un periodo de penitencia, angustia y dolor. Su Dios le está exigiendo ayuno y abstinencia durante la cuaresma, pero ella conscientemente ayuna y se abstiene cerca de los trescientos y sesenta y cinco días del año.

Ningún residente del barrio lo puede creer. La arrugada hoja de periódico que fuera llevada por un vecino, en la que aparece infor-

mación acerca de un enfrentamiento entre el ejército y una columna guerrillera, no tiene ninguna veracidad. Si se niegan a aceptar el informe periodístico, mucho menos aceptan la fotografía en la que aparece el gran David como integrante de las fuerzas insurgentes. Su mano derecha sostiene una granada de fragmentación. Durante el levantamiento, ni el ejército, ni los servidores públicos con funciones de policía judicial, como tampoco los funcionarios de la Unidad Nacional de Derechos Humanos se percataron de que el gran David no realizaba movimientos con la diestra, de igual manera ignoraron que usase botas talla cuarenta y dos. Simplemente se dedicaron a legalizar el asesinato.





Fotografía: Leonardo Mojica Hernández

LA VERGÜENZA TAMBIÉN HACER DELIRAR

Siete días atrás, cuando el radiograma le confirmaba que le autorizaban treinta días de descanso, la ansiedad y el desespero se apoderaron del sargento. Siempre le ocurría lo mismo cuando iba a salir del área, sin embargo esta vez era diferente. Desde el último combate, a pesar de las felicitaciones de la Casa de Gobierno, el Ministerio de Defensa y el Comando del Ejército, entre otros, la vergüenza lo tenía cabizbajo. Durante los últimos días su cara reflejaba pena y preocupación por la acción deshonrosa y humillante que tanto él como su pelotón habían realizado, pero sólo él era consciente de ello. Sus superiores, compañeros y subalternos, al ver su semblante, se atrevían a comentar que se encontraba agobiado por la lejanía de

su familia, por el encierro en la selva y por la pérdida del soldado en la última operación. Ninguno acertó. Si en aquellos momentos algún militar tuviera la facultad de entrar en sus pensamientos se llevaría una gran sorpresa.

Después de quince años de servicio sentía vergüenza de sí mismo, de sus superiores, y de la institución a la que pertenecía. No podía aceptar la frescura con la que sus comandantes estaban haciendo las cosas y lo peor era que no podía hacer nada, reflexionaba. Si llegara a mostrar algún tipo de inconformidad o descontento, lo menos que le podía pasar era que lo catalogaran como desleal y perdiera el honor militar, además de la confianza de sus compañeros. La decisión por la que tenía que optar, no era tan simple en esta ocasión. Su batallón se encontraba entre las unidades de la región que más efectividad en la guerra registraba. En el último mes lograron dar de baja a diecinueve subversivos, hecho que en todas las reuniones militares exaltaban, tanto los oficiales que los comandaban como los de la brigada.

La vergüenza se acrecentó aún más cuando en la última ceremonia militar, su pecho como el de sus compañeros, se vio enaltecido al momento en que le colocaran la presea al orden público. Un galardón era el premio por lo que se encontraban realizando, pensaba. El dolor se lo produjo el toque de corneta. Antes de que el general condecorara a los militares las trompetas, al unísono, tocaron el toque de silencio al soldado caído. Todos se estremecieron al recordar al soldado muerto en acción, pero él más que todos. Un fuerte escalofrío recorrió todo su cuerpo acompañado por un nudo en la garganta. Las lágrimas se apoderaron de sus ojos y sus manos se aferraron al pantalón perdiendo la solemnidad del acto militar. El sentimiento obedecía al tener pleno conocimiento de que la bala que acabó con la vida del soldado no era del enemigo sino de la misma tropa. De

no hacerlo la estrategia militar se descubriría y toda la compañía quedaría al descubierto. El soldado se había vuelto comunista. Dos días antes del supuesto combate, le manifestó a su lanza que iba a desertar porque los muertos no lo dejaban descansar, que tenía la obligación de denunciar. Trató de no desfallecer, sin embargo las palabras del general lo agobiaron aún más. El general se refirió a que los héroes de la patria condecorados eran los mejores soldados, los mejores padres, hijos, hermanos y vecinos. Los galardonados representaban la moral de la sociedad, dignos a ser imitados por todos los soldados y todos los ciudadanos. Tuvo que realizar un gran esfuerzo, de lo contrario hubiera arrojado el llanto en plena ceremonia.

Su ansiedad era tan fuerte que al momento de llegar la aeronave, para sacarlo de la zona y trasladarlo hasta donde pudiera tomar el bus para su destino final, no había preparado la maleta, a pesar de que en ella solamente llevaría la única muda de ropa que lo acompañaba. No se preocupaba por la vestimenta, a los dos días estaría en su hogar y allí tenía más que suficiente. Antes de abordar el autogiro, el comandante de la contraguerrilla le deseó la mejor de las suertes en el descanso, recomendándole que se lo dedicara todo a la familia que esta le ayudaría a cambiar de semblante. Como buen soldado se lo agradeció al estilo militar. Se puso firme y alzando su mano derecha hasta la sien respondió —Como ordene mi mayor—. Con él abordaron la aeronave cerca de quince soldados, a todos les habían otorgado un permiso especial por los resultados obtenidos. Los semblantes de los soldados reflejaban felicidad, a excepción del rostro del sargento. El permiso de los soldados no era producto del azar ni mucho menos de las bondades del comandante de Brigada. Llevaban cerca de dos meses sin descansar por lo que accedieron a aportar, cada integrante de la tropa, diez mil pesos para comprar el kit para un falso positivo.

Siempre que recorría trayectos largos aprovechaba la ocasión para hacer la siesta, a pesar de la incomodidad de los asientos. En algunas ocasiones hasta había roncado, le susurraban luego sus compañeros, pero en este recorrido sus pensamientos no le permitieron conciliar el sueño. Le atormentaban los últimos sucesos. Al momento de tratar de adormecerse las imágenes de los muertos en combate, y del soldado, venían a su memoria. De nada le valía realizar ejercicios de respiración, la intranquilidad lo agobiaba. Su estado de ánimo estaba tan alterado que llevaba dos días sin consumir alimentos, únicamente bocanadas de agua. A las malas trataba de comer, a pesar de ser consciente de que vomitaría más de la mitad de lo consumido. A fin de no molestar al pasajero de al lado se vio en la necesidad de pasarse a la última banca del bus, de no ser así su compañero de viaje se hubiera percatado de las lágrimas que se encontraba derramando. Hacía tres meses que no leía un matutino, por lo que alzó el que alguien olvidó en uno de los asientos. En primera página aparecía un titular que lo sorprendió. Se trataba de la desaparición de catorce muchachos quienes posteriormente habían sido abatidos en un operativo militar. No lo podía creer, el mundo era demasiado pequeño.

Frente a la noticia intentó unir cabos deduciendo que su brigada estaba comprometida. En los dos últimos meses se le había encomendado enterrar en un cementerio los cuerpos de diecinueve subversivos, todos jóvenes, que ningún pariente osaba reclamar. La noticia agudizó su estado. Trató de repasar, paso a paso, los acontecimientos pero el llanto no se lo permitió. Las terapias que realizaban con el grupo de operaciones psicológicas para no tener remordimientos por asesinar a los enemigos de la patria, no funcionaban. Los argumentos de sus superiores frente a que ellos representaban la moral de toda la sociedad se le desmoronaron. Por primera vez sintió temor de sus acciones y la de sus comandantes. Habían asesinado y

la forma cómo lo habían realizado era considerado delito. Desde que ingresó a las fuerzas militares no tenía la intención de llegar a ser un criminal, sino un gran soldado. Después de darle vueltas a sus pensamientos concluyó que la frase escuchada últimamente "legalizar los muertos" era simplemente producto de un lenguaje criminal que se utilizaba para mostrar resultados operacionales y obtener beneficios para sus carreras militares, especialmente la de los oficiales. Él no era un criminal y mucho menos un asesino.

A diferencia de otras ocasiones, la felicidad no lo acompañaba para llegar a su hogar. En esta oportunidad no tendría la fortaleza de mirar a los ojos a sus hijos, especialmente al mayor quien presentaba rasgos parecidos con uno de los jóvenes asesinados durante el último operativo. Él no era el mejor padre, ni mucho menos el mejor ciudadano. Su mente trataba de ingeniar la forma cómo ingresaría a la casa, el saludo que iba a dar y las palabras que pronunciaría. Al abrir la puerta, todo lo que había planeado milimétricamente se desbarató. Su hijo mayor se encontraba en la pequeña sala por lo que no esperó que se pusiera de pie para saludarlo, se le abalanzó abrazándolo fuertemente. Al sentir su cuerpo, lo agarró tan fuerte como pudo y acariciándole el rostro, soltó un prolongado llanto. No quería dejar de abrazarlo. Fue necesario que sus otros dos hijos salieran a recibirlo, en compañía de su esposa, quien no sabía la razón por la que su cónyuge se encontrara tan deprimido, no tenía idea de cómo consolarlo. Durante toda la noche las lágrimas no dejaron de brotar. Llevaban cerca de dos horas sin adormecerse cuando se atrevió a contarle a su compañera lo sucedido, una vez constató que sus hijos no lo podían escuchar. Con el propósito de no alarmarla inició su relato de cómo la milicia, con complicidad de otras instituciones, había orquestado una banda de delincuentes denominada los "Rolos", término éste usado para referenciar a las personas procedentes del interior del

país. Una vez vendieron la idea de que jóvenes delincuentes se encontraban boleteando y extorsionando, dieron golpes contundentes a la organización criminal. Ella no lo podía creer. No concebía como las víctimas recibían promesas de trabajo, legales e ilegales, para hacerlos viajar a zonas de orden público alterado para asesinarlas.

El relato suscitó, además de otros, un gran interrogante —¿Cómo podía un oficial exigirle a sus soldados resultados asesinando personas no comprometidas con el conflicto?— No encontraron ninguna respuesta. El sargento simplemente se sonrojó y bajó la cabeza. Momentos después, cuando la calma tranquilizó al militar, trataron de encontrar una salida digna al evento. No podían callar lo que se estaba gestando, tampoco arriesgar la carrera militar, ni mucho menos exponer la vida. Tomar el riesgo de la denuncia era botar por la borda quince años de servicio, perder el derecho a la vivienda y colocar en tela de juicio su honor militar. Ambos coincidieron en encontrar nuevamente confianza y credibilidad institucional, de ahí que al otro día buscaría la ayuda que tanto necesitaban en el Comando General.

—Sargento cómo se atreve a formular esa clase de denuncia, … no de injuria. Ninguna mente sana puede tener esos pensamientos atroces acerca de nuestros hombres—. Fue la respuesta recibida por parte del general. Seguidamente, a través de un grito encolerizado lo sentenció: —Llamaré a sus comandantes para que vean qué clase de subalternos son los que tienen. No me explico por qué no han detectado sus tendencias, ya lo debían haber botado de nuestra institución.

—Dígame sargento, ¿cuánto tiempo lleva en esa unidad?

—Mi General, tres meses.

—Sargento ¿en qué unidad militar laboraba antes?

—Mi General, era el responsable de las comunicaciones en la base de la brigada.

—¡Claro! ahí está la respuesta de su comportamiento sargento. Después de estar como niño bonito en la brigada lo mandaron a *tropelear*, pero eso no le da derecho a venir desprestigiando a sus comandantes y de paso a toda la institucionalidad. Antes de que me venga con el cuento de traslado de brigada le ordeno que termine su descanso y se presente inmediatamente ante su superior, él sabrá cómo recibirlo. Sargento piérdase de mi vista, no lo quiero volver a ver jamás menos cuando difama de nuestras Fuerzas Armadas—. Las palabras dejaron inmóvil al militar. —No escuchó sargento— añadió. —Como ordene mi General—. Fue la respuesta del suboficial antes de retirarse del comando.

Nunca se había sentido tan humillado como se sintió ante el General, no por la forma como lo trató sino por la forma como éste concebía la vida de quienes tenía la responsabilidad de defender, la vida de jóvenes que ilusionados confiaban en mejorar sus condiciones de vida. No entendía, si el general también era soldado ¿por qué le importaba un carajo que se estuviera asesinando obreros, indígenas y pobres para lograr posicionar la seguridad?, reflexionaba. La postura insensible del general frente a la existencia, además de decepcionarlo, lo abrumó. Se encontraba impotente ante la muerte planeada y orquestada en campos de batalla ficticios.

Por primera vez desde el momento de contraer nupcias tomaría una decisión sin los consejos de su esposa. La noche anterior le había dado ánimos para recuperar la confianza y la credibilidad institucional pero su experiencia con el comandante las debilitaba aún más. No podía confiar en absolutamente nadie y el general con sus palabras lo estaba confirmando. Si el máximo comandante pensaba de esa manera de ahí para abajo todos los soldados. Además éste lo había sentenciado a muerte al ordenarle presentarse a la Brigada Mó-

vil No. 15 como si nada hubiera pasado. Allí, en cualquier enfrentamiento, sus compañeros se encargarían de silenciarlo. Culparían a la guerrilla. Se lavarían las manos mostrando la barbarie de los terroristas, despidiéndole con todos los honores militares y dándole a su familia una miserable pensión. Sobre su cajón la bandera se volvería cómplice del mayor genocidio cometido por su institución. El general se había referido, entre otras cosas, a la lealtad, al servicio, al deber y al honor, palabras mismas que escuchaba a diario del mayor comandante del pelotón. El honor militar había sido reemplazado por el crimen, por la crueldad y éstos otorgaban prebendas para sus promotores. El daño en la honra jamás desaparecería.

El comandante se había negado a mirar el problema y no comprendió la gravedad. Se estaba asesinando a jóvenes analfabetas, desempleados, trabajadores y algunos consumidores de drogas. No eran simplemente muertes en combate sino ejecuciones a sangre fría, previamente planeadas donde se recurría a toda la infraestructura militar. El general no tenía la capacidad de sentir el dolor de las madres de Medellín, Monteria, Toluviejo, Sucre, Remedios, Risaralda, Pereira, Popayán, Ciudad Bolívar, Bosa y Altos de Cazucá. Aquellos hijos que le informaron a sus madres que se iban a trabajar a otra zona del país no alcanzaban a bajarse del bus cuando ya eran presentados como muertos en combate.

Después de quince años de lealtad ciega pensaba como subversivo, repasaba. Toda su vida había apoyado el accionar militar y hoy se encontraba cuestionándolo. Se encontraba caminando el sendero del deshonor, por eso dudó recurrir ante el Comando y la Procuraduría, entes que le cerraban las puertas para su denuncia. Tenía una opción tocar las puertas de la Fiscalía. De pronto allí encontraría servidores públicos leales a sus compatriotas, leales a la vida. Un mes después

se decepcionaría. A pesar de encontrarse bajo protección de testigos, el Fiscal General, abiertamente expresaba ante los medios de comunicación que a los jóvenes de Soacha no los habían asesinado solamente por ir a sembrar café.

Diez años después, desterrado de su patria, aborrecido por sus compañeros y sin la compañía de su esposa, se refugiaba en una taberna. Reflexionaba acerca de la vergüenza pero nuevamente ésta se apoderaba de su existencia. Sus manos sostenían un informe de la Unidad de Derechos Humanos donde concluían que cerca de 5.400 jóvenes habían sido dados de baja en operaciones militares a través de los denominados falsos positivos, de ahí su retraimiento. No valieron de nada las declaraciones de los generales que se enorgullecían manifestándose que debía haber cero tolerancia con los actos impropios en las fuerzas militares. Mientras hablaban de transparencia le exigían al Congreso ampliar el fuero militar y reformar la Justicia Penal Militar. A pesar de sus condiciones, definitivamente más que nunca, agradecía que lo hubieran desterrado sin honores del cuerpo militar. No podría hacer parte de una organización responsable de miles de asesinatos. La pena del destierro dolía pero más dolor generaba el olvido social por la muerte de los descamisados.

Alzó la copa con la intención de beber de un solo trago el licor, sin embargo el líquido no alcanzó a ser saboreado. Con un movimiento suave apartó el vaso de sus labios. La ocasión no ameritaba ni un trago, pensaba. Había perdido el honor militar, el cual nunca recuperaría, y eso lo dejaba en una situación de impotencia, soledad y abandono. Al releer el informe concluyó que no era solamente él quien había perdido la cualidad moral que los impulsaba a cumplir estrictamente los deberes ante los pobladores. Coroneles, mayores, capitanes, tenientes, suboficiales y soldados se encontraban confe-

sando. En todos, la virtud, la honestidad y el respeto eran simplemente palabras que no producían ningún efecto al pronunciarlas. Cerca de 5.000 integrantes de la organización castrense se encontraban comprometidos. Asesinar a sangre fría, a no combatientes, no tenía nada que ver con salvaguardar los intereses de la patria, la integridad del territorio y la soberanía de la nación, como rezaban los postulados militares, reflexionaba.

Calmadamente arrojó el trago contra la pared. Al levantarse de la mesa dejó sobre ella el dinero para cancelar la cuenta, y con la cabeza baja y los ojos enrojecidos abandonó el lugar.



Fotografía: Ángela M. Duarte H

EN ESTE PUEBLO NO HAY MEMORIA

A pesar del grosor de las tapias, las que sobrepasan los cincuenta centímetros de ancho, los vestigios de la violencia se evidencian en cada una de las paredes de la escuela. Con el tiempo, los muros se han negado a desaparecer prolongando en la memoria de los que aún continúan de pie, el miedo ante quienes siguen siendo sus verdugos. La quema obedeció porque en ella no solamente se enseña a leer, escribir y sumar, sino a conspirar, como gritaban los bandoleros al momento de incendiarla. El fuego dejó parches multicolores sobre las tapias de tonos naranja, negro, café, amarillo y gris, remembrando un pasado sedicioso. Las tapias, de la noche a la mañana, perdieron el color blanco intenso producto del hidrato de cal utilizado durante

la construcción. Al reparar los gruesos y largos maderos que sostienen el techo de la estructura, la nostalgia se apodera de cualquier observador, transportándolo a un estado de tristeza y melancolía. Algunas de las vigas presentan un color sombrío más que las otras. La voracidad del fuego revive en quien contemple las ruinas de la escuela. De no ser por la dureza del guayacán, *Tabebuia Chrysantha,* el techo ya habría caído.

El día de la quema, a los bárbaros no les bastó con encender puertas y ventanas. Con fusil en mano se dieron a la tarea de saquear los muebles que conformaban la biblioteca del único salón de clase. Todo lo escrito, era considerado insumo para lavarle el cerebro a los estudiantes. —Los libros son los causantes de que los niños aprendan a desobedecer cualquier autoridad— manifestaba abiertamente el político influyente de la zona, agregando que solamente se debía enseñar a sumar, multiplicar y restar, además de ciencias religiosas. Cartillas, cuadernos, libros, cartulinas, y las notas de calificaciones, avivaron la candela. Tan sólo se salvaron dos biblias que le fueron entregadas a quien dirigía la operación.

Como si se negasen a desaparecer, los textos que sirvieron de combustión permanecieron ardiendo durante siete días; pequeñas llamas consumieron lentamente cada una de las hojas. El fuego, antes de ejercer su fuerza devoradora, se dio tiempo de leer y repasar los párrafos, las oraciones y las líneas de los libros. Las palabras, elementos más imprescindibles de cualquier idioma para expresar y delimitar cosas, antes de desvanecerse danzaban rítmicamente sobre sí mismas. El dolor y el lamento de los vocablos se expresaba con fuertes y prolongados sonidos al arder. Antes de desvanecerse, las palabras, con variados trajes de colores, se convertían en destellos de la noche. Las obras que más demoraron en consumirse fueron

las del nobel Gabriel García Márquez, de pronto porque eran de una colección especial del Ministerio de Educación. *Memorias de mis putas tristes, El amor en los tiempos del cólera, El coronel no tiene quien le escriba, La mala hora, Cien años de soledad, Los funerales de la Mamá Grande y La increíble* y *triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, se negaban a desaparecer. Lo mismo sucedió con el libro de cabecera del docente, *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera.

La noche de la quema, escondidos entre los matorrales, sin que la vista de los sanguinarios inquisidores los detectara, el docente y algunos niños, con la lágrima seca y las palabras atrancadas, se atrevieron a contemplar los acontecimientos con desconsuelo. El miedo de la metralla, no los acobardó como tampoco, a pesar de las amenazas, logró desterrarlos de su terruño días después. Los más avanzados, aquellos que ya habían tenido la oportunidad de penetrar en el mundo literario, mirando el jolgorio de los pirómanos, le murmuraban en el oído al docente que simplemente se encontraban a las puertas del carnaval, máximo al verlos apurar el fuego con el líquido volátil inflamable que llevaban para su cometido. Los niños tenían toda la razón, puesto que se encontraban a tan sólo tres días de la cuaresma.

A pesar del regocijo de los victimarios y de la voracidad de la candela, no fueron capaces de acabar con el realismo mágico de Macondo. Frente a aquel pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía no los llevó a conocer el hielo, como en Cien años de soledad, sino que los condujo a conocer el fuego. La ingenuidad y la creatividad de los niños los transportaban a mirar más allá de las llamas devoradoras. Múltiples mariposas, de todos los colores, se desprendían de los libros revoleteando alrededor del fuego. Las polillas

se desvanecían, avivadamente en la oscuridad de la noche, impidiendo ser cazadas por sus verdugos. Los infantes y el maestro, fascinados con el espectáculo, contemplaban aquellos lepidópteros volando tan rápidamente que intentaban descubrir el lugar hacia donde se dirigían, pero éstos se dispersaban en el aire obligándolos a centrar la mirada en los que apenas comenzaban a volar. Absolutamente todos vivenciaron que la fábula de la quimera no era simplemente un cuento. Días después afirmaban, casi juraban, que un gigantesco monstruo milenario, que vomitaba llamas, que tenía cabeza de león, vientre de cabra y cola de dragón había llegado hasta la escuela de la vereda dándose a la tarea de devorar con fuego, libros, cartillas y cuadernos.

No bastó con la quema de la escuela. A la partida del ejército de cuatreros, éstos se dieron a la tarea de desvalijar las fincas adyacentes. De igual manera como en la época de la violencia partidista, el ganado, el café y los muebles, entre otros, se convirtieron en botines de guerra. Los facinerosos se encontraban preparados para arrasar con todo. Cerca de veinte camiones se necesitaron para cargar con las reses que juntaron en los predios del sector. Las doce camionetas y las ocho escaleras en que llegaron, se fueron cargadas hasta el tope, inclusive algunos mercenarios partieron montando algunas de las bestias conquistadas. De nada sirvió, que uno de los comandantes, se opusiera al saqueo de la casa del cura alegando que el sacerdote era uno de los suyos. No podían ser sordos a la voz de quien dirigía toda la operación, quien les ordenó que no tuvieran ninguna clase de indulgencia. Del sacerdote, quien nunca apareció, tenían conocimiento que se había atrevido a enterrar a un guerrillero abatido días atrás, de ahí que lo buscaran por cielo y tierra. —El cura comunista se acobardó—, gritaba rabiosamente uno de los integrantes del grupo paramilitar, sin dejar de putear y maldecir. La autoridad otorgada

por el comandante del grupo, alcanzó para que el conductor de uno de los vehículos, alzara con las imágenes de los santos de la iglesia. Algunas efigies sobrepasaban los cincuenta centímetros de altura y su peso excedía las dos arrobas. Ni los hábitos del sacerdote se salvaron. Del botín de la iglesia, el comandante solamente aceptó llevarse el cáliz, el copón de las hostias y el custodio, de pronto porque alguien le susurró de que eran de oro macizo.

Los tres únicos aldeanos que se dejaron apresar, fueron asesinados, sin misericordia alguna, en plena calle. El más viejo, junto con su perro, que no lo quiso abandonar, fue acribillado en la puerta de la iglesia. La puerta de madera, decorada en alto relieve con la escena de la última cena, fue saqueada; desde ese momento, el templo permanece con la puerta abierta, facilitando el encuentro de los campesinos con su Dios. La muerte del más joven no fue rápida, la de los otros sí. Como se negó a decir dónde se encontraban ocultos el cura y el profesor, lo amarraron de los pies a la parte trasera de una camioneta y con él, le dieron la vuelta al pueblo, a toda velocidad. Los gritos del desafortunado se escucharon hasta el último rincón de la comarca. Antes del último suspiro le hicieron el corte de franela. No hubo autoridad alguna que impidiera, tanto el asalto como la huida. Algunos se atrevieron a certificar, en nombre de su Dios, que tanto a la entrada del caserío como a la salida, se encontraba la milicia guardándoles la espalda. Nunca las autoridades reportaron el crimen, por lo que ninguna estadística oficial contabilizó la toma, los asesinatos y el robo. Oficialmente, la ocupación del caserío nunca existió, a pesar que cinco días después un campesino, con los cojones bien puestos, como le decían sus amigos, se atrevió a denunciar los hechos. Después de la denuncia, al campesino denunciante, nunca lo volvieron a ver, por lo que sus familiares se negaron a indagar sobre su paradero, de hacerlo, muy posiblemente terminaran como él, desaparecidos.

Tres grandes palos de madera, exhibieron las cabezas de los aldeanos, con el propósito, más que el de marcar el territorio, el de enviar un mensaje a los pobladores. A partir de la señal, los campesinos comenzaron a pagar la vacuna que les otorgaba el derecho de residencia. Las cabezas estuvieron expuestas a la entrada del pueblo, durante siete días, hasta que el cura Justiniano, olvidándose de las amenazas y de la fetidez, se atrevió a bajarlas para darles cristiana sepultura. Como no encontraron el resto de los cuerpos, las velaron en cómodas cajas rústicas de madera. A la misa de los muertos sólo asistieron el cura, el acólito y la loca del pueblo. Esta última, aprovechando su estado mental, no quiso abandonar su terruño. Al conocerse la osadía del sacerdote, los paramilitares le colocaron precio a su cabeza, no obstante, algunos acontecimientos impidieron la sentencia.

No se sabe a ciencia cierta, si por iniciativa propia o por la presión de los niños, los padres se dieron a la tarea de reconstruir la escuela, a un lado de la vieja edificación. La población no esperó tiempos de paz, y dejando atrás el miedo, acondicionaron un salón de clase, además de un pequeño cuarto para que el maestro pernoctara. Bastaron cinco mingas para construir el salón, la biblioteca, el escusado, el comedor y la cocina. La cocinilla, la construyeron con guadua y arcilla, la que una vez regresaron los niños era la más apetecida de la escuela, no tanto porque allí se llenaran las barrigas sino por el calor humano que se respiraba en el recinto. Con el tiempo, largas tertulias se llevaban a cabo en la cocinilla, de las cuales ni el profesor se escapaba. Frente a los utensilios de cocina, los niños dramatizaban y cantaban, incluso en algunas oportunidades los aparejos se convirtieron en instrumentos musicales. Las tapas de las ollas se convirtieron en platillos, las ollas en bongos y el rallador, con el tenedor, en guacharaca. Las mujeres, al mirar el fervor de sus maridos, no se hicieron

de lado y sin que nadie les sugiriera, se rotaban semanalmente el guisado de los alimentos. Las cuatro libras de arroz, dos de frijol, tres bolsas de pan y cinco de carne, enviadas por la gobernación, se multiplicaban a diario, siendo suficiente para la merienda de los dieciocho alumnos durante quince días.

El profesor y los padres de familia, ni menos los estudiantes, se atrevieron a pedir que aumentaran la remesa, ni mucho menos que mejoraran la calidad de los productos, de hacerlo, pensaban, que en lugar de beneficiarse perderían el poco mercado que les enviaban. Recién llegado el educador, intentó exigir que les mejoraran las condiciones, sin embargo cuando su superior le manifestó que no jugara con la lonchera que le daba de comer, desistió. A partir de allí, al inicio del periodo escolar, por su propia iniciativa, y con su propia pecunia, le entregaba a cada familia un pequeñísimo pollo que llevaba desde la ciudad. Las familias se encargaban de cuidarlo y engordarlo, entregándoselo a la cocinera, al momento que alcanzaba el tamaño suficiente para ser consumido. De igual manera, nunca faltó en la cocina el plátano, la ahuyama, la arracacha o la yuca, cualquier padre de familia, el día menos pensado, se aparecía con ellos a la escuela.

El gran tablero, que abarcaba toda una pared, se negaba a ser relegado. Era una vieja pizarra rectangular, de color verde, en el que se escribía aún con tiza de cal; rara vez le llegaban al maestro tizas de color. El piso del aula, ya no contaba con la baldosa, la que fuera donada años atrás por su benefactor, en el mismo momento en que el caserío estaba en formación. El azulejo fue despegado, cuidadosamente el día del incendio, siendo trasladado a la casa del pirómano que orquestó la quema. Algún osado se atrevió a preguntarle, meses después, la razón del por qué arrasaron hasta con el suelo de la es-

cuela. No encontraba ninguna relación entre la baldosa y los libros conspiradores. La respuesta fue tan ingeniosa, que además de ser la responsable de que aquella noche se consumieran cerca de veinte botellas de whisky, que llevó a todo el pueblo, tres días antes de cada cuaresma, a buscar en todos los rincones del caserío y en sus veredas, las guacas de las leyendas. La costumbre, desde la época de la independencia, era salir los días jueves y viernes santos, a media noche, a ver arder. Con el tiempo, los amantes de las chanzas sacaron provecho para burlarse de los ingenuos. La noche en que parientes y amigos salían a ver arder, los bromistas, con linternas intermitentes, hacían creer que las betas brillaban. Los incautos salían apresurados en sus jinetes en busca del tesoro. Al llegar al lugar donde la luz destellaba ya se había desvanecido y trasladado para el cerro de al lado, así los mantenían durante toda la noche. —¡Durante toda la vida los engatusan!—, le gritaba a los pobladores el profesor, quien se volvió crítico de la costumbre.

A fin de prolongar la historia, de generación en generación, el pirómano de escuelas, cada año, antes de la Semana Santa, se las ingeniaba para esconder en la región algún quimérico tesoro. Dejaba algunas pistas para que uno de sus secuaces lo encontrara. En todo caso, dos años después, cuando los mismos habitantes que azotó durante la cruzada paramilitar lo eligieron Gobernador, el piso italiano de la escuela lucía en los pasillos de su residencia. Con el tiempo, cuando ya se hallaba en la capital ocupando el cargo de Consejero de Estado, sus amigos y admiradores fomentaban la idea de que en los días de Semana Santa, gracias al todopoderoso y a su benefactor político, la naturaleza se encargaba de hacer brillar, con más intensidad, las betas y las guacas.

Como el profesor, que se encontraba el día de la toma, decidió abandonar la escuela, muchos meses después de la quema, algún

político con palabra, cosa que no era muy común, gestionó el envío de un nuevo docente. De no haberlo hecho, los hijos de los campesinos se convertirían en nuevos analfabetas. Familias enteras de la comarca, no contaban, dentro de su núcleo, con alguna persona que leyera o escribiera.

En el aula dos pedazos de madera redondos, enterrados en la tierra a una distancia de metro y medio, con una gruesa tabla sobre ella, hacen las veces de butaca. La firmeza del guayacán resiste el peso de cinco infantes, inclusive en algunas oportunidades ha soportado a ocho alumnos. De esta banca existen tres más en el salón. A unos veinte centímetros de ellas, se encuentran acondicionadas otras similares, de mayor altura, las cuales sirven de escritorio. Los niños de mayor estatura se acomodan en cinco rústicos pupitres individuales de madera. El maestro se las ingenia para lograr enseñar, en esas condiciones, a los alumnos que cursan los grados de primero a quinto de primaria. La biblioteca, poco a poco, recuperó los textos escolares, sin embargo el nuevo docente y los padres de familia se niegan a que en esta se albergue libros de García Márquez puesto que, según ellos, son lecturas inspiradas por el demonio, de ahí que fueran la causa de la quema de la escuela. Es tanta la aberración hacia el escritor y sus lectores, que quienes lo señalan de tener relaciones con el diablo, confunden el olor añejo del salón de clase con el azufre.

Al inicio del año escolar, el maestro recluta en las veredas a los infantes para que asistan a la escuela, de no alcanzar la cuota mínima de estudiantes esta desaparecerá. Para el profesor es una batalla campal convencer a los aldeanos de la necesidad de enviar a los niños a estudiar, quienes justifican su actitud manifestando, que no se necesita leer ni escribir para cultivar la tierra. Otros pueblerinos, les niegan la escuela a sus hijos, declarando que en ellos no se debe gastar

tiempo, ni mucho menos dinero, porque cuando menos se espera el ejército se los lleva a prestar el servicio militar obligatorio. Cuando esto no sucede, cualquier grupo ilegal los obliga a engrosar las filas de su organización. En un inició, el maestro intentó enseñar a leer y escribir a los padres de familia, pero fue amedrentado. Con el tiempo la guerrilla, acantonada desde que desterraron de la región a los paramilitares, realizó proselitismo político impartieron la orden de que todos los niños, sagradamente, debían aprender a leer y escribir.

No es de extrañar que durante el descanso de las actividades pedagógicas, algún infante encuentre pertrechos estropeados en la manga, lugar de recreo de la escuela. Muy cerca del plantel, en los caminos que comunica a las veredas, se han encontrado explosivos. Las minas fueron sembradas por la guerrilla, poco después de la quema de la escuela, justificándose en que garantizaban la defensa de la población, sin embargo han dejado niños amputados, no siendo raro que asistan a estudiar infantes en muletas. Una anécdota conmovedora, es la de un par de campesinos que al ir con sus hijos al pueblo pisaron, cerca de la quebrada, una de las minas. A los tres días fueron encontrados los cuerpos de los campesinos y sobre estos sus hijos ensangrentados. Al no contar con otros parientes, los niños tuvieron que salir para la ciudad donde a uno de ellos le amputaron una de las piernas. Frente al tema de las minas, la comunidad solo sueña con la paz para que con ella llegue el desminado prometido.

Ante la ausencia de instrumentos deportivos, los niños juegan con naranjas o limones, estos hacen las veces de balón, mientras tanto la bodega de la junta de acción comunal, guarda balones de fútbol, microfútbol, voleibol y baloncesto. Las personalidades prestigiosas de la población, reciben de las autoridades del municipio, las donaciones deportivas. Aún de los vestigios de la violencia, de la precaria

presencia del Estado y de la indiferencia de los líderes del pueblo, para los niños la escuela es la más hermosa casa de la región, de ahí que después de la jornada académica se queden por largas horas conversando, estudiando y jugando con el maestro.

Durante todo el año escolar, el guayacán que ambienta la escuela, sirve de sombra para que los niños se resguardaran del calor. Algún campesino ingenioso, colgó de una de las ramas una especie de columpio. La mecedora, no solamente es para la recreación de los infantes, durante las reuniones de padres de familia se ven a los viejos mecerse sobre ella. El árbol, de aproximadamente quince metros de altura y unos ochenta centímetros de diámetro, tiene algo de sagrado. Durante el periodo de la floración, las hojas verdes palmadas del guayacán desaparecen dejando su copa tupida con flores amarillas, las que presentaban dibujos rojizos en la parte de la garganta tubular de la campana. El espectáculo sólo dura de tres a cuatro días. Al caer las flores, alrededor del árbol, una gruesa alfombra de color se forma. Ningún campesino se atreve a pararse sobre ella, pero quien pasa por el lugar contempla el apogeo del altivo *tabebuia guayacan.* No es raro que pechirojos, barranqueros y cucarachos, aves de la región, osen posarse sobre aquel tapete natural.

***

En menos de lo que canta un gallo, los niños que presenciaron la quema de la escuela llegaron a la pubertad. El destino, tanto de las hembras como la de los varones, se encontraba demarcado desde antes del incendio. Las niñas no alcanzaron a experimentar la adolescencia cuando se convirtieron en las mujeres de los jornaleros, cuatro de ellas quedaron preñadas antes de los catorce años siendo atendidas por la partera del pueblo. Durante los últimos años Ángela,

fue señalada como la comunista del pueblo, al aconsejarle a las niñas no dejarse embarazar. Un fuerte escándalo sacudió a los habitantes del pueblo, al momento de enterarse que la partera enseñaba lo que era un condón. La osadía de propugnar un cambio en las relaciones sociales, para la liberación de la mujer y del varón, llevó al cura del pueblo a pedir su excomunión. A él, se unieron los pastores cristianos de la comarca, quienes no compartían que la partera y yerbatera, alentara a las niñas a sublevarse contra toda autoridad. Quien logró salir del caserío para emprender estudios universitarios, terminó de vendedora de minutos de celular en las calles de la gran ciudad, su compañero, que soñaba con ingresar a las Fuerzas Armadas, terminó de celador. Únicamente dos se dedicaron a las labores campesinas, los otros, motivados por el dinero, ingresaron a las bandas criminales que operan en la región.

Quien decidió ser escritor, a mano alzada, ante la ausencia de un computador, ha intentado en varias oportunidades escribir una novela acerca de la violencia de su pueblo, sin embargo, como él lo asevera, no sabe si ha perdido los recuerdos, o si su pluma se niega a escribir historias de la guerra, porque lo único que ha logrado escribir es el título de su obra, y unas cuantas líneas:

En este pueblo no hay memoria

Las mujeres campesinas durante 52 años parieron hijos para la guerra, sus hijos se vieron obligados a tomar un fusil, unos en ejércitos regulares, otros en ejércitos irregulares y otros en bandas criminales. En campos de batalla, reales y ficticios,220.000 hijos de campesinos, obreros, indígenas y desempleados, se mataron entre sí.

Las parteras de Urama Grande

Las parteras de Urama Grande
© Omar Eduardo Rojas Bolaños
2018